



QR-Code *Boletín Bibliográfico Electrónico*.

**Año 2. Número 5, marzo 2010**

**ISSN 1851-7099**

5

**Boletín Bibliográfico Electrónico**  
del Programa Buenos Aires de Historia Política



**PROGRAMA  
BUENOS AIRES  
DE HISTORIA POLÍTICA  
DEL SIGLO XX**

**Boletín Bibliográfico Electrónico**

*http://historiapolitica.com/boletin/*  
boletin@historiapolitica.com

publicación semestral del **Programa Buenos Aires**

ISSN 1851-7099

Domicilio del *Boletín*:  
Facultad de Humanidades - UNMdP  
Funes 3350  
7600 Mar del Plata, Pcia. Buenos Aires  
Argentina.

Staff

**Directora**

Marcela Ferrari

**Secretaria**

Mariana Pozzoni

**Equipo Editorial**

Sabrina Ajmechet  
Lucía Bracamonte  
Juan Luis Carnagui  
Juan Luis Martirén  
Ana Virginia Persello  
Ana Leonor Romero  
Nicolás Silliti  
María Inés Tato.

**Edición digital**

Nicolás Quiroga

## INDICE

## Dossier

Sobre *El estado burocrático autoritario, 1966-1973. Triunfos, derrotas y crisis*, de Guillermo O'Donnell.

Edición y presentación: Luis Alberto Romero (UBA – CONICET – UNSAM)

*Una de las mejores explicaciones de la historia política*, por Julio Melon Pirro (UNMdP- UNICEN)

*Ir más allá de O'Donnell*, por Daniel Mazzei (UBA)

*Entre la ciencia política y la historia, entre los actores y las estructuras*, por María Mercedes Prol (UNR)

*Un breve comentario a M.M. Prol, D. Mazzei y J. Melon Pirro*, por Guillermo O'Donnell (UNSAM)

*Epílogo a la nueva edición de El estado burocrático autoritario*, por Guillermo O'Donnell

## Reseñas

Adamovsky, Ezequiel, *Historia de la clase media argentina: apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-200*. Buenos Aires, Planeta, 2009. Por Mónica Bartolucci (UNMdP)

Amado, Ana, *La imagen Justa. Cine argentino y política (1980-2007)*. Buenos Aires, Colihue, 2009. Por Pedro Sorrentino (UNC)

Bartolucci, Mónica, *Pequeños grandes señores. Italianos y estrategias de ascenso social, Mar del Plata, 1910- 1930*. Buenos Aires, Prometeo, 2009. Por Yolanda de Paz Trueba (UNICEN)

Barry, Carolina, *Evita capitana. El partido peronista femenino, 1949-1955*. Caseros, Eduntref, 2009. Por Leandro Lichtmajer (ISES – CONICET - UNT).

Bataillon, Gilles, *Génesis de las guerras intestinas en América central (1960-1983)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008. Por Germán Friedmann (UBA – UNSAM - CONICET)

Belini, Claudio, *La industria peronista*. Buenos Aires, Edhasa, 2009. Por Silvia Badoza (CONICET)

Bertoni, Lilia Ana y Luciano de Privitellio (comps.), *Conflictos en Democracia. La vida política argentina entre dos siglos*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2009. Por Matías Bisso (UNLP – UNSAM)

Buchbinder, Pablo, *¿Revolución en los claustros? La Reforma Universitaria de 1918*. Buenos Aires, Sudamericana, 2008. Por Juan Manuel Romero (UBA).

Bustamante, Javiera y Stephan Ruderer, *Patio 29. Tras la cruz de fierro*. Con fotografías de Mara Daruich. Santiago, Ocho Libros Editores, 2009. Por Emilio Crenzel (CONICET – UBA).

Casullo, Nicolás, *Peronismo. Militancia y crítica (1973-2008)*. Buenos Aires, Colihue, 2008. Por Martina Garategaray (CONICET- UNQ)

Cattaruzza, Alejandro, *Historia de la Argentina, 1916- 1955*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2009. Por Romina Orlando (UBA-FLACSO)

Chatterjee, Partha, *La Nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2008. Por Silvia T. Alvarez (UNS).

Cheresky, Isidoro (comp.), *Las urnas y la desconfianza ciudadana en la democracia argentina*. Rosario, Homo Sapiens Ediciones, 2009. Por Facundo Salles Kobilanski (UBA - IIGG).

Domingues, José Mauricio, *La modernidad contemporánea en América Latina*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2009. Por María de las Nieves Agesta (UNS).

Feierstein, Daniel, *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina*. FCE, 2007 (reimpresión 2008). Por Cintia González Leegstra (CISH, UNLP – CONICET).

Feld, Claudia y Stites Mor, Jessica (coords.), *El pasado que miramos. Memoria e imagen ante la historia reciente*. Buenos Aires, Paidós, 2009. Por Andrea Torricella (CONICET- UNMdP).

Félix Ovejero, Lucas, *Incluso un pueblo de demonios: democracia, liberalismo, republicanism*. Buenos, Katz editores, 2009. Por Laura Cucchi (UBA-CONICET).

Fernández, Ana María y colaboradores, *Política y subjetividad. Asambleas barriales y fábricas recuperadas*. Buenos Aires, Biblos, 2008. Por Fernando Vissani (UNMdP).

Finocchio, Silvia, *La escuela en la historia argentina*. Buenos Aires, Edhasa, 2009. Por Laura Cristina del Valle (UNS).

Georgieff, Guillermina, *Nación y revolución. Itinerarios de una controversia en Argentina (1960-1970)*. Buenos Aires, Prometeo, 2009. Por Roberto Luis Tortorella (CONICET – UNMdP).

Gutman, Amy, *La identidad en democracia*. Buenos Aires, Katz editores, 2008. Por Ana Leonor Romero (Instituto Ravignani, UBA - CONICET).

Hora, Roy, *Los estancieros contra el Estado. La Liga Agraria y la formación del ruralismo político en la Argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2009. Por Juan Luis Martirén (CONICET – FLACSO- UNICEN).

LaCapra, Dominick, *Historia y memoria después de Auschwitz*. Buenos Aires, Prometeo, 2009. Por Santiago Cueto Rúa (CISH, UNLP - CONICET)

Licht, Silvia, *Agustín Tosco, 1930-1975. Sindicalismo clasista, socialismo y peronismo revolucionario*. Buenos Aires, Biblos, 2009. Por Ana Elisa Arriaga (UNC- CONICET)

Lida, Miranda y Mauro, Diego (coord.), *Catolicismo y sociedad de masas en Argentina: 1900- 1950*, Rosario, Prohistoria Ediciones, 2009. Por José Zanca (UdeSA – CONICET)

Melon Pirro, Julio César, *El peronismo después del peronismo. Resistencia, sindicalismo y política luego del 55*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2009. Por José Marilése (UNS - CONICET)

Mudrovcic, María Inés (ed.), *Pasados en conflicto. Representación, mito y memoria*. Buenos Aires, Prometeo, 2009. Por Silvina Jensen (UNS - CONICET)

Otero, Hernán, *La guerra en la sangre. Los franco-argentinos ante la Primera Guerra Mundial*. Buenos Aires, Sudamericana, 2009. Por María Inés Tato (CONICET – PEHESA, Instituto Ravignani, UBA).

Philp, Marta, *Memoria y política en la Historia Argentina reciente. Una mirada desde Córdoba*. Córdoba, UNC, 2009. Por Leandro Inchauspe (UNC).

Rapoport, Mario y Spiguel, Claudio, *Relaciones tumultuosas. Estados Unidos y el primer peronismo*. Buenos Aires, EMECE, 2009. Por Claudio Panella (UNLP).

Rein, Raanan, Carolina Barry, Omar Acha y Nicolás Quiroga, *Los estudios sobre el primer peronismo. Aproximaciones desde el siglo XXI*. La Plata, Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires “Dr. Ricardo Levene”, 2009. Por Lucía Santos Lepera (ISES - CONICET)

Sader, Emir, *El Nuevo Topo. Los caminos de la izquierda latinoamericana*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2009. Por Pablo Pérez Branda (CONICET – UNMdP)

Stawski, Martín Esteban, *Asistencia social y buenos negocios. Política de la fundación Eva Perón. 1948-1955*. Buenos Aires, Imago Mundi, 2009. Por Juan Cruz Fernández (UNS).

Svampa, Maristella y Pablo Stefanoni (comps.), *Bolivia. memoria, insurgencia y movimientos sociales*. Buenos Aires, El Colectivo- CLACSO Libros, 2007. Por Candela De Luca (CONICET).

Traverso, Enzo, *A sangre y fuego. De la guerra civil europea, 1914-1945*. Buenos Aires, Prometeo, 2009. Por Nicolás Sillitti (UBA).

Weitz, Eric, *La Alemania de Weimar. Presagio y tragedia*. Madrid, Turner Noema, 2009. Por Juan Luis Carnagui (CONICET – CISH, UNLP).

Zanatta, Loris, *Breve historia del peronismo clásico*. Buenos Aires, Sudamericana, 2009. Por María del Mar Solís Carnicer (IIGHI, CONICET - UNNE).

### Reseñas críticas y comentarios

Badaró, Máximo, *Militares o ciudadanos. La formación de los oficiales del Ejército Argentino*. Buenos Aires, Prometeo, 2009. Por Germán Soprano (CONICET- UNQ- UNLP)

Figes, Orlando, *Los que susurran*. Buenos Aires, Edhasa, 2009. Por Elisa Pastoriza (UNMdP).

Gallo, Ezequiel, *Vida, Libertad, Propiedad. Reflexiones sobre el liberalismo clásico y la historia*. Buenos Aires, EDUNTREF, 2008. Por Eduardo Zimmermann (UDES).

## Presentaciones de libros

Bohoslavsky, Ernesto, *El Complot Patagónico. Nacionalismo, conspiracionismo y violencia en el sur de Argentina y Chile (Siglos XIX y XX)*. Buenos Aires, Prometeo, 2009. Por Andrés Bisso (UNLP – CONICET)

Lobato, Mirta, *La prensa obrera*. Buenos Aires, Edhasa, 2009. Por Sylvia Saítta (UBA - CONICET)

## Comentario de libros relacionados

“El exilio político de los '70: entre el ‘olvido’ y la visibilidad como fenómeno colectivo”. Por Mariana Pozzoni (CONICET-UNMdP).

## Reflexiones

“La historia frente a los tiempos de la dispersión”, por Antonio Annino (Universidad de Florencia).

## Entrevista

“La ciencia política y la sociología en diálogo con la historia. Entrevista a Marcos Novaro”. Por Fernando M. Suárez (UNMdP).

## Presentación de colección documental

Comisión Provincial por la Memoria, Área Centro de Documentación y Archivo: Colección 7, *Universidad Nacional del Sur (1957-1975)*, 2009. Por Patricia A. Orbe (UNS – CONICET).

## NORMAS PARA EL ENVÍO DE MATERIALES

El *Boletín bibliográfico electrónico* del Programa Buenos Aires de Historia Política es una publicación de periodicidad semestral dedicada a la difusión de los avances de historia política referida –especial mas no exclusivamente- al período comprendido entre fines del siglo XIX y la actualidad.

El comité editorial espera y alienta la participación de investigadores en distintas instancias de formación, para que colaboren con él a través de contribuciones que integran distintas secciones del *Boletín*, sujetas a referato. Abre la posibilidad de enviar contribuciones para dos de ellas: reseñas y resúmenes de tesis de postgrado. Las reseñas son textos de hasta 700 palabras y los resúmenes de tesis, de hasta 1400.

Recibe, además, propuestas para participar con comentarios críticos, entrevistas o textos destinados a algunas de las otras secciones, las cuales quedarán a consideración del Comité Editorial.

Los documentos se enviarán por correo electrónico exclusivamente, en formato RTF o “.doc” (Word), a [boletin@historiapolitica.com](mailto:boletin@historiapolitica.com).

Las notas sólo se incluirán en los estados de la cuestión, las entrevistas y en artículos historiográficos. No se admiten en el resto de las secciones. Serán automáticas, con cifras árabes y siempre ubicadas a pie de página. Los apellidos incluidos en las notas usarán mayúsculas sólo en la primera letra. El título de la obra se incluirá en cursiva y el pie de imprenta se organizará de la siguiente manera: editorial, fecha y lugar de edición.

Deberá mencionarse la adscripción institucional y el e-mail de los autores, a continuación del nombre.

Publicamos el quinto *Boletín Bibliográfico Electrónico*, resultado del trabajo que ininterrumpidamente desarrollamos a lo largo de dos años y medio de trabajo. El uso del plural no es una cuestión de estilo. Por el contrario, sirve para poner de manifiesto una labor colectiva sostenida por un equipo editorial empeñado en poner a disposición de la comunidad de historiadores, los especialistas en otras ciencias sociales, los estudiantes de la carrera o de disciplinas afines y del público en general un panorama actualizado de las publicaciones recientes que tratan sobre la historia política argentina y, en menor medida, universal, correspondiente al período comprendido entre fines del siglo XIX y la actualidad. Una historia política entendida en sentido amplio, enriquecida por los avances que la propia disciplina experimentó en los últimos años y por el diálogo establecido con otras ciencias sociales.

Dentro de esos lábiles límites temporales y temáticos “necesariamente” el Boletín adquiere un carácter de miscelánea. Esto se hace evidente en el corpus de contribuciones reunidas en esta oportunidad que, como ya es conocido, adoptan la forma de reseñas breves, notas críticas y comentarios, presentaciones de libros y colecciones documentales, entrevistas, comentarios de libros relacionados.

A pesar de la diversidad, aunque también gracias ella, aparecen algunas cuestiones en este número que dan cuenta –parcialmente– del estado del arte. Una es el uso de fuentes no convencionales, cuya consulta es cada vez más frecuente. Fotografías, testimonios orales, material fílmico, prensa obrera –que constituyen la materia prima de numerosos de los libros reseñados–, ponen de manifiesto que se han instalado con total legitimidad “en la cocina” de los historiadores. Otra cuestión se refiere al tratamiento de temas escasamente transitados hasta hace poco tiempo atrás: el exilio, la memoria, los movimientos sociales, los complotos, los rumores y hasta los susurros han enriquecido la agenda de problemas abordada por la historia política y social. Estos temas se suman a otros más clásicos, que saludablemente continúan enriqueciendo la producción, entre los cuales el peronismo ocupa un lugar destacado. Por último, en otro orden, se destaca el impacto de las denominadas colecciones de alta divulgación, a través de las cuales destacados profesionales de la disciplina histórica proponen análisis

específicos de los temas de su especialidad a colegas historiadores formados o en formación pero, sobre todo, a un público amplio interesado en este tipo de problemas.

También en este *Boletín* la reflexión sobre la práctica historiográfica tiene un lugar destacado. En el caso del dossier referido al *El estado burocrático-autoritario...* de Guillermo O’Donnell, un clásico que navega entre la ciencia política y la historia, se manifiesta a través de las opiniones de historiadores que dan cuenta del modo en que la obra influyó sobre su propia formación y producción. Y en el de la sección que se inaugura con una conferencia de Antonio Annino –denominada, justamente, *Reflexiones*–, el historiador comparte su pensamiento acerca de la situación de incertidumbre que rodea a la disciplina histórica en la actualidad.

No tenemos más que invitarlos a la lectura y darles las gracias. A los autores porque siguen haciendo posible este *Boletín* y a los que lo leen, por su interés y porque esperamos contar entre ellos colaboradores potenciales.

**DOSSIER**

SOBRE EL ESTADO BUROCRÁTICO AUTORITARIO, 1966-1973. TRIUNFOS, DERROTAS Y CRISIS, DE GUILLERMO O'DONNELL

EDICIÓN Y PRESENTACIÓN:

LUIS ALBERTO ROMERO  
(UBA- CONICET- UNSAM)

En octubre de 1982, en plena crisis de la última dictadura militar, la Editorial de Belgrano publicó *El estado burocrático autoritario* de Guillermo O'Donnell. La historia de su escritura y edición, que O'Donnell recuerda en este Dossier, es tan interesante como reveladora de nuestro pasado político. También lo es la historia de su lectura.

Este libro ha tenido al menos dos públicos lectores, con formaciones y expectativas diferentes: politólogos e historiadores. Los primeros se han ocupado principalmente de su dimensión teórica. El BA, como se lo conoce habitualmente, resultó entre ellos una herramienta analítica formidable. Como ocurre con las contribuciones teóricas importantes, ha generado continuadores y críticos, epígonos y detractores. Con el BA se ha producido una cierta cosificación, de la que O'Donnell ha escapado por su notable fertilidad intelectual, que le ha permitido aportar al debate politológico otros muchos conceptos tan explicativos como desafiantes.

El libro ha tenido otros lectores, quizá menos interesados en la discusión conceptual que en la reconstrucción de un pasado cercano, tan conflictivo como confuso, en el que O'Donnell ha logrado poner orden. Es posible que el autor haya presentido esta segunda línea de lectura. En su Advertencia Preliminar de 1982 sugiere que quienes no quieran encarar la "ardua lectura" de los conceptos presentados en el capítulo I pueden "comenzar directamente por el II, a partir del cual el texto es menos abstruso"; de todos modos el autor recomienda volver a las definiciones conceptuales iniciales, luego de transitar la parte más narrativa.

No es solo la preocupación conceptualizadora la que diferencia ambas partes. Quien compare una y otra encontrará en la segunda, además de un relato inteligente de la historia política, una pasión y angustia por su materia de estudio que a menudo desborda la rigurosa ingeniería conceptual.

Leído hoy, este clásico que ya se acerca a los treinta años actualiza una discusión, permanentemente retomada, entre la ciencia política y la historia política. Sin la ciencia política, los historiadores no podemos vivir. Pero convivir con ella no siempre es fácil. Probablemente algo de eso esté ocurriendo en el campo de la ciencia política. Eso hará que nuestros encuentros entre ambas cofradías resulten cada vez más fructíferos.

El libro de O'Donnell, imposible de publicar en 1976, incómodo en 1982, apareció en las vísperas mismas del proceso de construcción de nuestro actual campo historiográfico y fue pronto un clásico en los cursos

de historia. Sin duda ha dejado una huella entre los historiadores argentinos. Este Dossier se propone recuperar la perspectiva de quienes, en distintos momentos, lo leyeron como alumnos de historia, lo discutieron en sus clases, como profesores de historia, y lo usaron en sus trabajos, como investigadores de historia.

Hemos pedido a tres historiadores, de diferentes edades, una opinión sobre el mérito y la significación de libro. Julio César Melon Pirro (1959) se doctoró en la Universidad Nacional del Centro. Es profesor en esa universidad y en la Nacional de Mar del Plata. Es autor de *El peronismo después del peronismo. Resistencia, sindicalismo y política luego del 55* (2009). Daniel Mazzei (1965) se doctoró en la Universidad de Buenos Aires, es profesor en esa universidad y autor de *Medios de comunicación y golpismo: la caída de Illia* (1997). María Mercedes Prol (1970) hizo su maestría en FLACSO y se doctoró en la Universidad de Buenos Aires. Enseña en la Universidad Nacional de Rosario y prepara un libro sobre el primer peronismo en Santa Fe.

Guillermo O'Donnell ha escrito una página comentando estos textos y nos ha autorizado a reproducir el "Epílogo" que acaba de escribir para una nueva edición de su libro.



En 1982 Guillermo O'Donnell publicó el que seguramente sigue siendo el libro más difundido entre los muchos que jalonan su carrera, *1966-1973, El Estado burocrático autoritario, triunfos, derrotas y crisis*. Es un libro de teoría política, es un libro de historia, y ha influido en la formación de los cultores de las ciencias sociales, los historiadores entre ellos.

Conviene recordar que en esta obra el autor procede a analizar el Estado y el régimen político que inaugura el golpe del general Onganía. Allí define al Estado como garante y organizador de las relaciones sociales capitalistas, en afinidad con una perspectiva marxista que comienza por negar la chance de que el Estado como tal pueda ser considerado como un agente más o menos "neutral" de un interés general. No es este Estado sin embargo mero garante de la burguesía, sino que su acción tiende a "acolchar" las relaciones entre las clases y, por lo tanto, a acotar la racionalidad microeconómica de cada uno de los miembros de la clase dominante en beneficio de su funcionalidad, dado que el objetivo de largo plazo no es sino el de la reproducción de aquellas relaciones sociales. Más aún, en varios recodos de este camino, O'Donnell considera que el Estado puede tomar medidas que favorezcan a las clases subalternas y hasta a enfrentarse a las clases dominantes.

El libro apuesta, de entrada, a explicitar un estatuto complejo en el que se definen las ecuaciones y los términos del análisis a la vez que en una medida inusual entre los científicos políticos apela a la historia para explicar los antecedentes y el advenimiento de la realidad a estudiar. La posibilidad de "movimiento" que esto conlleva, sin embargo, no deriva principalmente de dicho vínculo, claramente anunciado en el título del primer capítulo<sup>1</sup>, sino de un recurso a la empiria que se mantiene a lo largo de sus quinientas páginas. Pese a su alto nivel de formalización teórica, pues, no solo es un libro de historia por el devenir de sus páginas —que, además, apuntemos, es un devenir *in crescendo*, de historia política<sup>2</sup> sino por la concepción misma del origen del tema, explícita en el relato sobre la aparición de esta original tipología de Estado.

En esencia, dicho relato señala que en el agotamiento del proceso de sustitución de importaciones pueden hallarse las claves de un proceso que por una parte exigió capitales que solo podían proveer las empresas transnacionales y que por la otra limitaban el lugar político de los sectores populares. Las experiencias de Arturo Frondizi en Argentina y de Juscelino Kubitschek en Brasil, y la tematización del desarrollo, permitieron entender que el "despegue" o *take off* rostowiano imponía controlar la movilización popular y, a la vez, introducir una cuota de orden, jerarquía y subordinación de los sectores de la economía nacional en un contexto en el que —debía entenderse también— no habría espacio suficiente para albergar los intereses emergentes

<sup>1</sup> Capítulo I: Antecedentes teóricos e históricos para el estudio del estado Burocrático Autoritario", pp. 13-63.

<sup>2</sup> El Capítulo II analiza la "implantación del BA"; los tres capítulos siguientes se dedican a examinar las tendencias internas del gobierno y los grupos de poder durante el gobierno de Onganía; el IV analiza la "Crisis y caída" del régimen luego del Cordobazo y en los cuatro últimos la complejidad y velocidad de los acontecimientos políticos ganan espacio a expensas de la alteración de las bases del modelo. Sus títulos son los que siguen: VII. Levinston: la "nacionalización" del BA; VIII. La salida democrática o el jardín de los senderos que se bifurcan; IX. Crisis económica y violencia política y X, Curioso final de una triste historia.

del proceso industrial transnacionalizado y los derivados de la concepción nacional populista prevaleciente hasta entonces.

El libro de O'Donnell planea, entonces, en tanto libro de historia, sobre estos presupuestos: una activación popular que no termina de ser controlada y una inestabilidad política derivada, entre otras cosas, de la dificultad para encontrar referencias de la nación que consumen esa subordinación. Si estos son los fundamentos del *big bang* del Estado Burocrático-Autoritario hay que decir que contrariamente a las pretensiones de la Revolución Argentina que constituye su principal materia de referencia, las posibilidades de estabilización no derivaban de sus premisas. Uno de los principales problemas radicaba precisamente en el hecho de que este capitalismo dependiente era modernizador, esto es, suponía y aspiraba a potenciar y a profundizar el desarrollo nacional sobre una base industrial extensa. La clave de emergencia del nuevo modelo que se perfila en sus páginas, así como de su historia, no está solo determinada por la capacidad preservada de los sectores subalternos para bloquear dicha empresa de modernización, sino también por aquella falta de orden, jerarquía y subordinación entre sus principales actores.

Consecuentemente, en el libro se examinan detalladamente diversos episodios de crisis económicas y políticas en las que el comportamiento racional del núcleo dinámico de la economía pone en peligro el proceso de reproducción de las condiciones básicas del funcionamiento económico y, consecuentemente, la estabilidad de los gobiernos. Dado que la racionalidad de cada actor es la que impulsa los mecanismos que los enfrentan, la finalización de esta escalada debe venir desde "afuera", esto es, desde algún actor que esté en condiciones de acotar los objetivos maximizadores ilimitados y orientados por la racionalidad microeconómica sectorial. La misión de ese "alguien", y la prueba de su eficacia, emanan y radica en su capacidad de reimplantar condiciones en la que los comportamientos de los actores generen resultados que vuelvan a ser *percibidos* como normales y satisfactorios. O'Donnell encuentra que esta circunstancia es propia del capitalismo dependiente altamente transnacionalizado de los años 60 y 70 y es la clave de la emergencia y funcionamiento de esta tipología de Estado, denominada *burocrática autoritaria*, cuya base social es la gran burguesía oligopólica y transnacionalizada. Concretamente dicha fórmula describía la alianza entre los militares, los grupos de tecnócratas y esa gran burguesía con el objeto de recomponer el orden en beneficio de los sectores más concentrados y dinámicos de la economía, despolitizando a la sociedad y contribuyendo a desmovilizar a los sectores populares activados por las experiencias populistas y manifiestos, sobre todo, a través del poder de los sindicatos.

La perspectiva teórica de O'Donnell prevalece con poca competencia en todo enfoque dedicado a estudiar el nuevo autoritarismo en los países más avanzados del sur de América Latina, esto es, además de Argentina, Brasil, Chile y Uruguay. Aunque su visión se aplica a varios de los regímenes militares que sacudieron a Latinoamérica durante los '70 y '80, el ejemplo omnipresente en la obra fue el gobierno de Juan Carlos Onganía y sus epígonos de la "Revolución Argentina". El modelo postulado por el autor, es más citado que seguido en los trabajos de los historiadores de los años 66-73, y es también infaltable entre las referencias bibliográficas de los cursos de grado y

postgrado que aspiren a explicar la historia argentina del siglo XX. Las coordenadas de la interpretación y de la exposición histórica están, a mi criterio, bien amarradas a su posibilidad de supervivencia, si nos detenemos en la relación entre la génesis del modelo, donde prevalece la teoría, y su desarrollo, fracaso y final, donde reina la historia. El régimen de Onganía, recordemos, pretendía imponer un proyecto de largo alcance, dotando al Estado de una organización tecnoburocrática capaz de poner fin a las pujas intersectoriales y políticas que conmovían de manera cíclica a la sociedad argentina, de allí el presupuesto de los “tiempos”. En el “tiempo económico” el control de la inflación y la ganada eficiencia productiva eliminarían definitivamente los obstáculos al desarrollo. Luego vendría el “tiempo social” que al resguardo de una economía modernizada no discurriría conflictivamente, y al final del camino, es sabido, aguardaba un tiempo en el que la política ya no sería una amenaza al desarrollo y a la paz social sino, por el contrario, su reaseguro. Ocurrió que a principios de 1969, precisamente cuando los resultados del primer tiempo comenzaban a dar sus frutos, se hizo evidente que dicha prelación no podía sostenerse habida cuenta de que las características de la movilización social que sobrevenían al calor del crecimiento exigían una inviable acentuación, y no dilución, del orden represivo. Contrariamente a lo esperado, el Cordobazo y la guerrilla luego alteraron las bases de sustentación del modelo BA y el país se deslizó nuevamente por la pendiente de inestabilidad política que afectó a los epígonos de la Revolución Argentina y culminó en que los militares dejaran el poder desprestigiados y dejaran al país en un escenario de difícil resolución democrática.

La pretensión de O'Donnell de conciliar, es decir, explicar, las realidades latinoamericana y argentina en particular, con referencia a las de Europa y Estados Unidos es una perspectiva obligada en el que seguramente sea el más destacado de los cultores de las ciencias políticas en nuestro medio. De hecho, si su explicación del modelo BA sirvió entre otras cosas para dejar muy en claro las notables diferencias con los regímenes autoritarios de entreguerras, dicha pretensión lo siguió acompañando cuando en los noventa nos sugirió que las “democracias delegativas” se distanciaban obviamente de los regímenes autoritarios pero también de las democracias liberales contemporáneas, por defectos en la división de poderes y fallos en los organismos de un Estado que, además, no se extiende de modo homogéneo ya que hay zonas “marrones” donde hay, a lo más, una “ciudadanía de baja intensidad” y donde la legalidad estatal, sencillamente, no llega. El Estado B-A se publicó tarde, digamos, varios años después de que se escribiera o finalizara. Resulta inevitable eludir aquí un pensamiento derivado de algunas de las sugerencias de este libro que hizo historia, y confesar la avidez por un debate que daba la vigencia del aforismo crociano que aludía a que toda historia es, o debía ser, historia contemporánea, vincule al O'Donnell de hoy, más institucionalista que el de ayer, con la oportunidad de un desarrollo agroindustrial cuya posibilidad es manifiesta pero cuya capacidad de inclusión social parece menor que la del desarrollo económico que propiciaba el Estado BA. En cuanto a mi experiencia personal como investigador, apenas he incursionado en el período al que se consagra el libro, y tampoco me he relacionado conceptualmente con la mayor parte de los presupuestos teóricos de la obra de O'Donnell. Sí estuve

por razones de índole temática más atento a las teorías del “juego imposible” con el que el autor propuso explicar las posibilidades y los límites de la política en el período inmediatamente precedente, esto es, desde la caída de Perón hasta la asunción de Onganía, y en particular a sus “reglas”, que considero siguen siendo útiles para explicar aquel período. En su momento ese modelo de funcionamiento fue comentado o criticado por ser demasiado estricto, pero quiero hacer notar aquí que la mentada rigidez esta más emparentada con su aspiración “matemática” que con criterios formalistas y históricos. Cuando elaboré mi tesis doctoral, “laudé” a favor del autor como historiador, y en detrimento de algunas críticas provenientes del campo de las ciencias políticas en ocasión de analizar la elección de convencionales constituyentes de 1957, cuyos resultados habían sido considerados la base de la contabilización del “capital” de cada uno de los “jugadores”<sup>3</sup>.

En tiempos distantes de aquellos en que como alumnos sucumbíamos ante la teoría que explicaba la historia reciente, pródigos en trabajos monográficos o en análisis temática y temporalmente acotados, renuentes a las conceptualizaciones ambiciosas, los historiadores suelen considerar el libro de O'Donnell como un relato particularmente valioso de la historia argentina contemporánea. Me cuento entre quienes así lo valoran, y vuelto sobre sus páginas considero incluso que es una de las mejores explicaciones de una historia política general que nunca deja de ser una historia social, ni aun cuando se concentre en crónicas apretadas de coyuntura, merced a la operatividad del marco teórico que lo sostiene.

<sup>3</sup> Los resultados de la elección de convencionales constituyentes de julio de 1957, el primer “test” electoral para el peronismo proscripto y otras fuerzas políticas que pugnaban por participar del escenario nacional fueron, la base del “cálculo” para futuras alianzas. El trabajo de O'Donnell fue criticado ya que la estimación inicial del “capital” de los participantes del juego fue hecha sobre los resultados de las elecciones de Constituyentes de 1957, considerada como “no importante” según el modelo de referencia, habida cuenta de que no estaban en disputa la presidencia y las gobernaciones de las provincias. Consideré que el historiador puede aceptar que en el caso de elecciones “importantes” los electores estén (potencialmente) dispuestos a sacrificar sus preferencias partidarias individuales en beneficio de otras opciones, pero que para los peronistas en particular, la que se tomaba como base del “juego” era una elección “importante” en el sentido de que la proscripción empujaba naturalmente hacia el “sacrificio de sus preferencias.”

A casi 30 años de su publicación, *El Estado Burocrático-Autoritario*, de Guillermo O'Donnell, sigue siendo referencia obligada a la hora de estudiar los regímenes autoritarios en general, y la autodenominada "Revolución Argentina" en particular. Varias generaciones de historiadores, sociólogos y politólogos nos hemos formado con ese libro de O'Donnell que ha impuesto en el lenguaje académico una serie de categorías tales como "BA", "normalización", "paternalistas", o "nivel de amenaza". Recuerdo que quienes ingresamos a la Universidad a mediados de la década de 1980 estudiábamos la "Revolución Argentina" con *El Estado Burocrático-Autoritario*, al que complementábamos con un notable artículo de Juan Carlos Pontantiero<sup>1</sup>. Casi dos décadas después ningún programa de Historia Argentina contemporánea puede prescindir de aquellos textos clásicos. Uno de los secretos de esa continuidad es que permiten comprender la crisis de la Argentina posterior a 1955 en toda su complejidad sin dejar de ser inteligibles y didácticos.

Durante la década de 1970, antes de la publicación de su libro, el interés de Guillermo O'Donnell por los regímenes autoritarios, modernizadores y tecnocráticos se manifestó a través de una serie de artículos en los que desarrolló cómo funcionan, triunfan, entran en crisis y fracasan los autoritarismos burocráticos. En esta serie de artículos sobre el proceso de "modernización" de la sociedad argentina a partir de la segunda mitad de la década de 1950 se destaca "Modernización y golpes militares",<sup>2</sup> donde realiza un análisis profundo e inteligente acerca del comportamiento de los militares en dos niveles estructurales: el del estado de la sociedad nacional y el de la organización militar. O'Donnell centraliza su investigación en el estado de la organización militar a partir del enfrentamiento entre *azules* y *colorados* en un contexto de alta modernización durante el cual ese Ejército "profesional"<sup>3</sup> se había convertido en la excepción de una sociedad donde continuaban las condiciones del pretorianismo de masas entre los sectores civiles de la sociedad. Otro ejemplo es el imprescindible "Estado y alianzas en la Argentina,

1955-1976"<sup>4</sup>, una de las más logradas interpretaciones del período 1955-1966, en el que busca comprender por qué fracasaron, una y otra vez, los intentos de establecer una dominación política permanente en la Argentina.

En julio de 1981, Guillermo O'Donnell publicó *El Estado burocrático autoritario*, como un intento de contribuir a desentrañar esa forma de dominación que llama "autoritarismo burocrático" a partir del estudio de un caso. El texto había sido terminado casi cinco años antes pero, como reconoce el autor en la introducción, ese libro no era publicable en el contexto de la tragedia que vivía la Argentina "un país arrasado por crisis, violencia y patrones autoritarios".

Uno de los aportes más importantes del libro lo encontramos en el primer capítulo donde el autor, especialista en política comparada, analiza los antecedentes de otros casos similares en Brasil, Chile y Uruguay en las décadas de 1960 y 1970. Allí mismo avanza en un análisis de carácter teórico sobre el Estado que culmina en la caracterización de esa particular forma de Estado que denomina burocrático-autoritario. Quienes estudiamos relaciones civiles-militares hemos prestado particular atención al segundo capítulo ("implantación del BA") en el cual plantea la tripartición de las corrientes militares de las Fuerzas Armadas que se corresponden con los tres "tiempos" de la Revolución Argentina, y las tres presidencias del período. Esa clasificación de las corrientes internas del Ejército para el período 1966-1973, habitualmente citada en casi todos los estudios sobre esa etapa, se ha transformado en un tópico de referencia casi obligada ya que resulta muy útil al momento de realizar una periodización de la "Revolución Argentina". Es particularmente interesante la inclusión de un sector "paternalista" en medio de la tradicional (y simplificada) dicotomía nacionalistas-liberales. Por otra parte, la detallada descripción de cada una de las facciones, parece adaptarse muy bien a cada uno de los tres presidentes del período, a tal punto que podríamos preguntarnos si no fueron construidas a partir de la imagen que tiene el autor de cada uno de ellos, ya que nunca explica quiénes era los altos jefes que integraban cada uno de estos sectores.<sup>5</sup> Esto se debe a que, como lo reconoce el propio autor, realizó la caracterización de cada una de las facciones a partir de entrevistas en los altos rangos y que es solo "especulativa en los rangos más bajos".<sup>6</sup> Esta interpretación de las facciones de las Fuerzas Armadas ha opacado nuestra

**1** Pontantiero, Juan Carlos, "Economía y política en la crisis argentina: 1958-1973", *Revista Mexicana de Sociología*, vol.38:2, abril-junio de 1977, págs. 531-565. Se trata de un análisis del "empate" entre fuerzas políticas y sociales a partir de la crisis de hegemonía planteada por Antonio Gramsci.

**2** O'Donnell, Guillermo, "Modernización y golpes militares", *Desarrollo Económico*, vol.12, n°47 (oct.-dic.1972).

**3** Siguiendo esta línea argumental llega a la conclusión que las Fuerzas Armadas se vieron "obligadas" a intervenir en 1966 para evitar la amenaza de una nueva fraccionización producida en ese contexto de pretorianismo de masas. Lo que Guillermo O'Donnell llama "profesionalización" no se corresponde a la clásica definición de Samuel Huntington sino que se aproxima a la expresión *new professionalism* que introduce Alfred Stepan en su estudio sobre el caso brasileño.

**4** O'Donnell, Guillermo, "Estado y alianzas en la Argentina, 1955-1976" *Desarrollo Económico*, vol.16, n°64, (ene-mar. 1977).

**5** Para una crítica a este aspecto del trabajo de O'Donnell véase Scott Mainwring, "Autoritarismo y democracia en la Argentina: una revisión crítica", *Desarrollo Económico*, vol.24, n°95 (octubre-diciembre de 1984).

**6** Véase Guillermo O'Donnell, *El Estado Burocrático Autoritario, 1966-1973*. Buenos Aires, EB, 1981, nota 4, pág. 117.

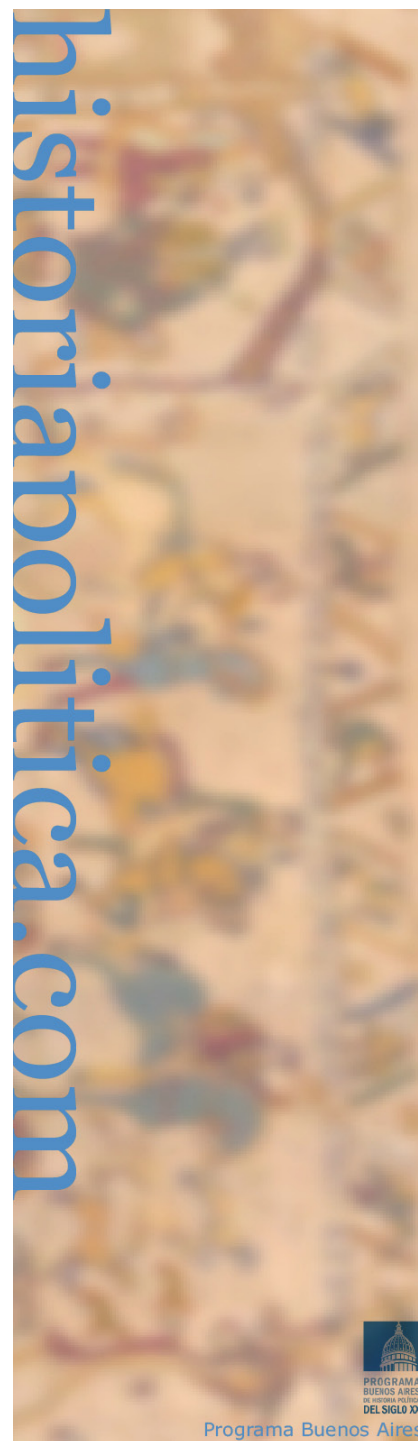
visión de amplios sectores castrenses que, en la base de la pirámide militar, se acercaban al peronismo.

Desde la historiografía se han aceptado –casi sin críticas– esas categorías. Han pasado 30 años y no hemos avanzado demasiado en el estudio de ese Estado Burocrático Autoritario que se autodenominó “Revolución Argentina”. Nos hemos quedado con O'Donnell, arropados por la comodidad de su lectura inteligente e inteligible. Sigue siendo muy común aplicar la caracterización de las facciones a toda la “Revolución Argentina”. Pero, ¿podemos mantener esa tripartición?, ¿puede hoy un estudio empírico sustentar la existencia de esas facciones?, ¿existía, en la práctica, esa diferencia entre nacionalistas y paternalistas o se trata de una especulación? Incluso podríamos poner en duda algunas de las categorías utilizadas: ¿Por qué paternalista? ¿Acaso participacionistas o simplemente corporativistas no se acercan más a la descripción de esos sectores que acompañaron al general Onganía?

Los historiadores de la política debemos revisar la visión estática de O'Donnell a la luz de la variable temporal. La realidad de las Fuerzas Armadas argentinas era más compleja. Deberíamos preguntarnos cómo evolucionan las facciones militares a lo largo de todo ese período, particularmente luego de las grandes movilizaciones populares de 1969-1970. Así, por ejemplo, un análisis de esa particular coyuntura que fue el levantamiento de los regimientos de Azul y Olavarría, en octubre de 1971, que significó un golpe definitivo al proyecto lanussista del Gran Acuerdo Nacional, muestra, en primer término, una trama más compleja entre los sectores que se llaman a sí mismos nacionalistas que van desde un populismo filo-peronista hasta formas extremas de lo que Stanley Payne llama la derecha radical, y, en segundo lugar, la inserción del peronismo entre los oficiales más jóvenes. Dejar de lado estos aspectos no permite explicar la profunda crisis militar de 1973 ni el surgimiento de una corriente que algunos llamaron “peruanista”<sup>7</sup>, cuya expresión más acabada fue la gestión Carcagno-Cesio (mayo-diciembre de 1973) que contó con un fuerte respaldo entre los cuadros intermedios.

Nuestra historiografía no ha podido superar el texto de O'Donnell para el período 1966-1973. Ningún otro logró captar la crisis en toda su complejidad, ni articular tantas variables como el *Estado Burocrático Autoritario*. Quizá pasen todavía muchos años hasta que se escriba otro libro con la riqueza de análisis y la visión de conjunto del que nos ocupa. Pero también ya es tiempo de que nos decidamos a desafiar a los clásicos, a desacralizarlos, a revisar algunos de sus planteos, de sus hipótesis. ¿No habrá llegado el tiempo de que los historiadores nos decidamos a ir más allá de O'Donnell?

<sup>7</sup> Referencia al gobierno revolucionario iniciado en Perú entre 1968 y 1975 y encabezado por el general Velazco Alvarado.



*El Estado Burocrático Autoritario* (BA) constituye una detallada investigación sobre las distintas etapas del régimen político de la denominada Revolución Argentina, entre 1966 y 1973. En ese marco, la obra aborda, como lo indica su título, la emergencia, implantación y crisis de un tipo de Estado *históricamente específico* de una sociedad capitalista, y una forma de dominación autoritaria. Este trabajo ofrece elementos que explican los porqué de la inestabilidad política que siguió a los populismos latinoamericanos, el autoritarismo, el descrédito de la democracia política, y los por qué de una idea de ciudadanía (su dimensión jurídica y política) que quedó desde muy temprano sepultada frente a otras construcciones identitarias, tales como Nación y Pueblo.

El texto se inscribió en el cruce de dos disciplinas, la ciencia política y la historia, y puede pensarse como continuación de otros trabajos efectuados previamente por el autor. Entre ellos, aquellos que refieren a los dilemas que enfrentó la primera propuesta modernizadora previa a la configuración del BA. Este dilema consistía en que los políticos que emprendieron la modernización necesitaron captar para acceder a las posiciones de poder conforme a reglas formales, y a causa de su debilidad, el apoyo de los sectores populares urbanos –identificados en el caso argentino con el peronismo proscripto. Pero, por otro lado, la propuesta modernizadora produjo la trasnacionalización de la estructura productiva urbana, y la misma requirió una regresión en la redistribución del ingreso y en la activación popular que habían generado y luego procurado controlar los regímenes nacional-populares. Allí se mostró que los problemas que surgían de la modernización tenían un carácter estructural que excedían la proscripción del peronismo, aunque esta proscripción acentuaba el carácter irresoluble del dilema, y le otorgó un tinte particular que lo diferenció del resto de los países subidos a la ola modernizadora. *El Estado BA* se propuso en primer término controlar todas las expresiones de la activación popular y profundizar con cierta estabilidad la modernización, favoreciendo los intereses de la burguesía urbana ligada a las empresas trasnacionalizadas, pero a corto plazo sólo logró encender la movilización popular.

En el libro, G. O'Donnell aclara que comenzó esta investigación en 1971, la culminó en 1974, la misma adquirió forma de libro en 1976 y se publicó en Argentina recién en el año 1982, durante la transición hacia la recuperación democrática. Por lo tanto, su producción atravesó dos épocas y se inscribió en el marco de distintos debates. Su autor demostró el engarce existente entre modernización y autoritarismo de una forma distinta, mucho más compleja y menos etapista o secuencial, de la perspectiva que ofreció previamente la sociología de la modernización. Si bien esta última hizo su aparición preliminar entre mediados y fines de

los años '50 y su objetivo fue principalmente dilucidar en clave funcionalista la dinámica de los regímenes nacional populares, puede observarse cierto revival en los '70 para explicar las formas de autoritarismo que le siguieron a aquellos regímenes. También discutió con las versiones más simplistas de la Teoría de la Dependencia. A la vez, un tercer contrapunto, a mi criterio, se entabló con los economistas, respecto de los factores que ayudaban a entender las crisis económicas recurrentes, el estancamiento argentino y la inestabilidad.

El mismo fue sintetizado en 1976 en un artículo titulado *Estado y alianzas en la Argentina, 1956-1976*<sup>1</sup>. Como se sabe, algunos economistas situaron la explicación de las crisis en las características de la estructura productiva, las divisas necesarias para la industrialización provenían de la exportación de productos agropecuarios, esta producción tenía un volumen fijo y a su vez estos productos constituían y constituyen bienes salarios. La fase ascendente del ciclo, en la que se favorecía al sector urbano generaba un cuello de botella, una crisis de balanza de pagos y a esta le seguían medidas recesivas, modificaciones en el tipo de cambio para impulsar la exportación y achicar la demanda interna, que favorecían la entrada de divisas y perjudicaban al sector popular y al sector menos concentrado de la burguesía industrial. O'Donnell propuso repensar este patrón de explicación y lo hizo desde una perspectiva sociopolítica. Las variables económicas no alcanzaban por sí solas para comprender el cambio en la fase del ciclo. Ubicó el eje en la estructura de clases y las alianzas de fracciones de clase (ofensiva y defensiva) que en procura de alcanzar sus intereses específicos impulsaban el cambio de fase. Consideró necesario observar la capacidad de movilización del sector popular urbano, su autonomía frente al Estado, generada desde principios de siglo, su incidencia en la distribución de recursos, así como los porqué de la inexistencia de una alianza entre la fracción más concentrada de la burguesía industrial y la gran burguesía agraria, y también la debilidad del Estado. Hoy podemos pensar que en esa explicación de los fundamentos de la inestabilidad, la política permanecía subordinada al clivaje de la estructura social y a los intereses de clases. Allí el modelo constituido por las alianzas y las fases del ciclo no encajaba exactamente con los acontecimientos de la coyuntura histórica. Pero tanto esa subordinación como la tendencia a construir un modelo se disipó en *El Estado BA*, en el libro aparece en detalle el desarrollo del proceso histórico y sus actores. A diferencia de los debates explícitos o implícitos con la sociología y los economistas no parece haber existido un contrapunto directo con los historiadores, debido a que éstos no abordaban por ese entonces procesos más

<sup>1</sup> O'Donnell, Guillermo, "Estado y alianza de clases en la Argentina, 1956-1976", en O'Donnell, G., *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Buenos Aires, Paidós, 1997.

recientes. Sin embargo, en la coyuntura de producción de *El Estado BA*, buceaban en el pasado para comprender ciertos dilemas de la situación presente, los porqué del estancamiento económico y, para tal efecto, miraban la génesis y las transformaciones de la estructura económica, desde el modelo agroexportador hacia adelante. Predominaba el análisis de las estructuras antes que el de los actores. Otra parte había caído bajo los influjos del esquema secuencial de la sociología de la modernización y con ella de la dupla modernización/integración.

En la introducción de la edición de 1982 el autor advierte que el capítulo uno, titulado *Antecedentes Teóricos e Históricos para el estudio del Estado Burocrático Autoritario*, constituye una parte conceptual que el lector puede obviar, pero fue ese capítulo el que más me interesó desde que accedí al libro cuando cursaba Historia Argentina del Siglo XX en los primeros años de 1990, y esa influencia perdura hasta hoy. Como mencionamos antes, es un texto que atravesó, desde que se produjo la investigación hasta que finalmente se publicó, al menos dos épocas y con esas marcas debe ser interpretada la *batería básica* de conceptos que articularon la indagación histórica, batería asociada a lo enunciado más arriba. Tales conceptos remiten a distintos registros: el político- institucional y el social. Aunque surgen del abordaje de un contexto histórico específico, sirvieron de guía y han sido de gran utilidad para la investigación que he emprendido. Entre los mismos se destacan: Estado y aparato estatal, gobierno, régimen político, y los distintos niveles de una crisis. En procura de encontrar una definición de Estado que supere la excesivamente institucionalista, O'Donnell expuso que el Estado se objetiva en un conjunto de aparatos e instituciones, pero en esencia actúa como organizador y garante de las relaciones sociales capitalistas y de las clases implicadas en esa relación. No es externo a ellas, es parte constitutiva de la misma. Esta comprensión es sociocéntrica y a primera vista parece también subordinar la política a la relaciones sociales, pero la nociones de gobierno y régimen político dotan de más complejidad a la de Estado. Con su aplicación se disipa la perspectiva sociocéntrica, y entran las instituciones gubernamentales propiamente dichas, el aparato estatal, sus elencos, los objetivos que se plantearon, sus contradicciones y las distintas formas de representación política que no están ligadas necesariamente a las fracciones de clases o a las relaciones inter o intraclasses. Luego se comprueba rápidamente que el desarrollo de la investigación desborda la conceptualización efectuada en dicho capítulo. Este desarrollo indica la tensión de quien tiene ciertas certezas teóricas, se rehúsa a abandonarlas y, al mismo tiempo, se niega a encuadrar un desarrollo histórico en un conjunto de conceptos. La política se piensa por la política misma, las estructuras pasan a un segundo plano y los actores significativos pasan a primer plano, tales como las Fuerzas Armadas.

Entonces se observa las dificultades en la construcción de liderazgos, sus desacuerdos internos, la incapacidad de la corporación para constituir un actor homogéneo. Sus disímiles ideas en torno a la figuración de lo social, el corporativismo, los objetivos para generar un Estado fuerte, racionalizado y eficiente, y las ambigüedades de las alianzas que entablan con los técnicos. Aparecen también las corrientes dentro del movimiento obrero, y el impacto de un acontecimiento como el Cordobazo en los distintos actores. Los actores no permanecen iguales a sí mismo, se van transformando a lo largo del proceso. En un contexto de producción en que no era tan habitual hacerlo, O'Donnell mostró que hay muchas mediaciones entre las clases y las acciones políticas.

La obra muestra capacidad para articular diversos registros de análisis: las transformaciones de la economía, en la sociedad y la política, lejos de cualquier tipo de determinismo. Su autor fue capaz además de combinar temporalidades, insertar una perspectiva de larga y mediana duración narrando casi en el transcurso de los acontecimientos. La historia política ha incursionado recientemente en los procesos sociales y políticos de la Argentina de la segunda mitad de siglo XX, especialmente en los que se iniciaron luego de la caída del primer peronismo. Al hacerlo, los historiadores cuestionaron, quizá implícitamente, lo que pudo haber parecido una perspectiva sociocéntrica de la política, así como el predominio de las estructuras, y pasaron directamente a los actores, preservando la autonomía de lo político. Sin embargo, puede ser necesario mirar un poco hacia atrás y retomar algunos elementos para el análisis político que ofrece *El Estado BA*, recuperar conceptos que contribuyan a articular registros y dosificar el temor a la lógica de las estructuras y los modelos. Al ofrecer una red de conceptos de distinto tipo que están en la base de la estructura del relato histórico y mostrar las tensiones que nacen de esta combinación, *El Estado BA* se ha transformado en una obra que tiene una vigencia indiscutible y resiste el paso del tiempo.

Agradezco a Luis Alberto Romero la generosa decisión de volver a mi libro sobre el BA e invitar a tres historiadores a comentarlo. Este libro tiene una historia, tanto macro como personal, que los comentaristas recuperan adecuadamente y a la que vuelvo en el *Epílogo*, aquí reproducido, a una reedición del mismo que pronto publicará Prometeo Libros.

Me resulta particularmente grato el reconocimiento de estos historiadores ya que, aunque con las limitaciones emergentes de no serlo, siempre he creído -a contramano de las corrientes hoy dominantes en la ciencia política- que la historia es una dimensión absolutamente indispensable para el adecuado entendimiento de los fenómenos y procesos políticos.

Y no me resulta menos grata la invocación que hace expresamente Mazzei pero que también está claramente implícita en los otros textos, de “ir más allá de

O'Donnell”. Que la invocación no sea a ignorar o a desechar de plano sino a superar es la máxima aspiración de un autor, sobre todo cuando se trata de un texto escrito en lo que, al ritmo de la política argentina, es un ya largo tiempo. Espero asimismo que este generoso retorno a mi libro sirva para recordarnos los horrores por los que hemos atravesado, especialmente por parte de una nueva y pujante generación de historiadores.

EPÍLOGO A LA NUEVA EDICIÓN DE *EL ESTADO BUROCRÁTICO AUTORITARIO* (Buenos Aires, Prometeo Libros, 2009).

GUILLERMO O'DONNELL

Agradezco a Prometeo Libros, y personalmente a sus directivos Oscar Carioli y Raúl Álvarez, por su generosa decisión de publicar una nueva edición de esta obra.

El libro tiene una curiosa historia, que en parte ya he contado.<sup>1</sup> Pero me tienta volver a hacerlo con algo más de detalle porque es todo un símbolo de muy malas épocas que nos ha tocado vivir.

Ya en mi primer libro, *Modernización y Autoritarismo*,<sup>2</sup> propuse dos temas centrales a mis valores y preocupaciones teóricas. Uno, que en América Latina estaba surgiendo un tipo de dominación autoritaria (que denominé burocrático-autoritario, BA) al que era importante distinguir de otras formas autoritarias ya reconocidas y estudiadas. El otro, que a las excelentes razones que había para oponerse a los BA era no menos importante agregar que los caminos contra y a partir de ellos debían dirigirse hacia el logro de la democracia, por difícil o improbable que pareciera en algunas circunstancias.

El planteo que hice en ese libro se originó en los BA que fueron inaugurados en Brasil en 1964 y en Argentina 1966, aunque poco después de su publicación, confirmando los temores que en el mismo expresé se

agregaron a la lista Chile y Uruguay. A fines de 1971 regresé a nuestro país luego de tres años de estudios de post-gradó en ciencia política en la Universidad de Yale. Cuando se produjo la publicación de *Modernización y Autoritarismo* a fines de 1972, ya había decidido complementarlo con un detallado estudio del BA inaugurado en 1966. Esto lo emprendí activamente, ayudado por un grupo de estudiantes de la Universidad del Salvador, a quienes agradezco en el Prólogo de la edición original, reproducido en el presente libro. Estábamos entonces en 1974, cuando la violencia que ya se desataba desde muchos lados agregó, a mi propósito de reconstruir el período autoritario que entonces terminaba, la tremenda preocupación -expresada en la última parte de este libro- de que esas violencias, y las crisis que las acompañaban, amenazaban la reinstalación de un BA aún más represivo y destructivo que el anterior.

En esas circunstancias, la posibilidad de publicar los resultados de la investigación que había emprendido no sonaban demasiado promisorias, máxime cuando, ya en 1973, la gente de Paidós, asustada por los ataques que la violencia de la derecha comenzó a hacer contra quienes publicaban libros “subversivos” (máxime uno que tenía en el título una palabra tan poco adecuada como

<sup>1</sup> En *Catacumbas*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2009.

<sup>2</sup> Buenos Aires, Paidós, 1972.

“autoritarismo”) retiró prudente y silenciosamente mi libro de circulación; los ejemplares de *Modernización* que quedaban en las librerías fueron devueltos a Paidós (donde un par de veces me dijeron con aire resignado que “Así están las cosas...”) o, como en el caso del excelente poeta y dueño de la Librería Norte, Héctor Yánover, se escondían para venderlos a cautos compradores. Se convirtió, como veremos, en mi primer pero no último incunable...

Fue así que cuando llegó el golpe de Marzo de 1976 yo ya tenía este libro prácticamente terminado, con la investigación completada y el texto casi por completo escrito. Pero el libro obviamente ya no era publicable, guardé el manuscrito en la casa de mis padres y me limité a hacer algunas referencias al mismo como “de próxima publicación” en Documentos de Trabajo del CEDES, parte de los cuales se han publicado en el ya mencionado *Catacumbas*. Más tarde, a fines de 1982, fue publicado (con algunos agregados que le hice entonces) no casualmente cuando el “Proceso” estaba en claro derrumbe y su represión, aunque por cierto no extinguida, había disminuido. Pero el surrealismo continúa, porque publicarlo fue decisión personal del, en el contexto, valeroso director de la Editorial de Belgrano, otro excelente poeta, Luis Tedesco. Aunque ya estábamos a fines de 1982, aún quedaban muchas brujas sueltas, tanto que lamento que publicar este libro le costara el puesto a Tedesco; según este declaró después, esto “me valió la renuncia a la Universidad de Belgrano, porque algunos amigos del rector, Porto, le dijeron que yo estaba publicando literatura subversiva.”<sup>3</sup> Por supuesto, los pocos ejemplares que habían sido distribuidos desaparecieron de las librerías y nunca pude saber el destino corrido por el resto -aunque me imagino que, como el libro es voluminoso, algo debe haber rendido vendiéndolo como papel viejo. De manera que, por esas vueltas de la vida, mis dos primeros libros se convirtieron en casi instantáneos incunables...

Siguiendo con el surrealismo, mi segundo, por un tiempo “no-libro”, tuvo otra consecuencia. Por entonces yo era Investigador Independiente del CONICET y, como tal, debía presentar anualmente informes resumiendo mis tareas y acompañando los textos, inéditos o no, que había escrito. Supongo que esos informes, en los que daba cuenta de los documentos de trabajo del CEDES y de la investigación para el presente libro, no gustaron a las entonces autoridades del CONICET, férreamente enroladas en la extrema derecha del BA -lo cual por cierto no es poco decir. Ellas adoptaron un procedimiento que, aunque minúsculo en sus consecuencias respecto de los mucho más horribles que entonces se perpetraban en vidas y cuerpos, reflejó el mismo estilo que el de

los jefazos del “Proceso”: mi legajo en el CONICET desapareció y yo fui borrado como investigador, como si nunca hubiera pertenecido al mismo. En consecuencia, hacia mediados de 1978 el CONICET dejó de acusar recibo de mis informes y de mis pedidos de respuesta, así como -por supuesto- de pagar mi sueldo. En la década del 80 hice algunas gestiones que tropezaron con funcionarios que, luego de consultar gruesos biblioratos en los que yo no aparecía por ningún lado, llegaban a la conclusión que yo debía ser un loco que invocaba, vaya a saber por qué, la condición de investigador del CONICET. Sólo después de nuevas gestiones, en 2007 el Directorio de esta institución me dio finalmente la satisfacción moral de emitir una resolución en la que formalmente reconoce el insólito procedimiento (y arbitraria exclusión) que acabo de relatar.

Esta es como se puede ver, una mini historia que palidece hasta casi desvanecerse frente a los tremendos horrores que se cometieron esa época. Pero al menos quiero creer que es un testimonio de la des-ciudadanización que todo tipo de autoritarismo, incluyendo por cierto los BA, impone de múltiples maneras a todos. Quisiera también que quede como testimonio de crítica y a la vez de esperanza de que se abran caminos hacia una democracia que ahora hemos conseguido en aspectos básicos pero que aún nos falta mucho para perfeccionarla.

Buenos Aires, Octubre de 2009.

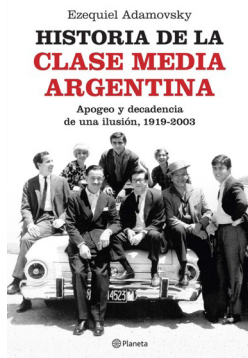
<sup>3</sup> En [www.laideafija.com.ar/especiales/tedesco/tedesco4.html](http://www.laideafija.com.ar/especiales/tedesco/tedesco4.html) extraído de *La Idea Fija* año 3, n.5, 2002-2003; entrevista de L. Longhi a Luis Tedesco.



**RESEÑAS**

EZEQUIEL ADAMOVSKY, *HISTORIA DE LA CLASE MEDIA ARGENTINA: APOGEO Y DECADENCIA DE UNA ILUSIÓN, 1919-2003*. BUENOS AIRES, PLANETA, 2009, 538 PÁGINAS.

POR MÓNICA BARTOLUCCI  
(UNMDP)



El libro *Historia de la clase media argentina, apogeo y decadencia de una ilusión. 1919-2003*, concentra varios objetivos, en un momento oportuno del proceso histórico político de la Argentina. La obra recientemente editada por Ezequiel Adamovsky es fruto de un estudio de largos años, en el cual el autor pone en el centro de la escena a la – eternamente- cuestionada clase media argentina.

Desde su título y la fotografía de tapa, el lector algo entrenado puede imaginar la historia cultural de una clase social que promete homogeneidad y que a lo largo de los años ha tenido su momento de éxito a mediados de siglo XX y su fracaso en los inicios del siglo XXI. Al iniciar la lectura del mismo las cosas no parecen tan claras. La clase, como imaginábamos, no es homogénea y el análisis se orienta no ya a describir pautas culturales de un determinado segmento social sino al estudio de “la identidad de clase media” que surgen desde diferentes registros de la producción intelectual, de los documentos de pequeñas y grandes instituciones económicas o políticas, de discursos oficiales y privados, tendientes a disciplinar a una sociedad en continua mutación.

Desde el inicio se muestra lo tardía que fue la instalación del concepto de clase media en los textos, analizando el conjunto de escritos elaborados por autores clásicos de la reflexión sociológica de la primera mitad del siglo XX. Ingenieros, Bunge, Martínez Estrada representan una visión binaria de la sociedad argentina. Esta tesis se afianza luego en los siguientes capítulos cuando analiza las ideas que se difunden “desde arriba” para

ordenar a la sociedad argentina. Hay allí un repaso de los textos intelectuales publicitarios, educativos y políticos como así también un atinado análisis de los tópicos trabajados por la historia urbana y social respecto de las prácticas de la clase social en cuestión.

Otros capítulos se ocupan del viejo tema de la conciencia de clases, pero ahora mirada no desde la obrera sino desde esta, nunca bien definida por el autor, clase media. En ellos analiza los distintos reclamos provenientes de diferentes ocupaciones y profesiones para ver si la conciencia de clase media estaba o no instalada como parte de la vida gremial. En esa lógica se recorre los manifiestos de docentes, médicos, empleados de comercio, bancarios o actores en los que no se encuentran signos evidentes de autoidentificación. Eso mismo sucede en los textos políticos analizados posteriormente.

En un proceso cronológicamente ascendente se llega al peronismo. Analizado a través de la historiografía clásica, sostiene la tesis de que la mayor politización planteada a partir de las divisiones sociales, contribuyó a que naciera - recién a partir de ese momento- una poderosa identidad de clase media, por supuesto asociada al antiperonismo. Una mirada excesivamente dicotómica del autor, deja para mejor ocasión el estudio de las intersecciones entre las diferentes clases, tomando en cuenta valores, actitudes, consumos y hasta imaginarios durante la sociedad peronista.

Lo que sigue es conocido por mencionado, pero deficitario en sus estudios de casos. El giro a la izquierda de los años sesenta, la actitud de la clase media durante el signo del neoliberalismo y el supuesto individualismo de las “sospechosas” clases medias caceroleras.

Quisiera retroceder hasta el inicio de este libro y poner en discusión algunas cuestiones. En el capítulo 2, Adamovsky aborda de modo fugaz el desarrollo histórico argentino desde la formación del estado nacional en adelante para lectores necesitados de procesos lineales y simplificadores. Repite su tesis, adelantada ya en la introducción del libro: “que el proyecto europeizador liberal de las dirigencias argentinas fue

la contracacara del desprecio por la cultura bárbara local”. La perspectiva teórica que esgrime es aquella que considera que la modernización de la estructura social se constituyó, más que como una realidad, como un mito. Después de revisar estadísticas comparativas entre 1869 y 1914 en las que los empleados públicos, los empleados privados, los educandos, los comerciantes y los profesionales crecen en número, Adamovsky juzga que si los resultados de cambio son evidentes, su significado es más difícil de establecer. Su visión es que en la Argentina de entonces no hubo modernización sino profundización del proceso capitalista, hubo ganadores y perdedores y que lejos de ser una sociedad igualitaria, se estructuró con desigualdad y opresión. Es en este capítulo –al que ofrecemos todos los reparos- donde la postura teórica del autor aparece, a nuestro criterio, teñida de una parcialidad de la que el libro nunca va a poder desprenderse. Lejos de desconocer las desigualdades sociales que provocan las sociedades en procesos de desarrollo o de cambios económicos, encontramos en el análisis un descrédito historiográfico hacia los múltiples estudios que desde una perspectiva macro o microhistórica demuestran que el proceso de modernización si existió y que, por supuesto, fue matizado. Si tenemos en cuenta la movilidad social por regiones, las jerarquizaciones sociales por origen o procedencias étnicas, barriales, regionales, los itinerarios sociales por profesiones, los trabajos locales, lejos de desmentir la mirada germaniana tan criticada, la confirman.

Las virtudes del libro radican, sobre todo, en el esfuerzo del autor por escribir para el gran público y en la difusión de las obras de historia social que tomaban a la clase media como objeto de deseo o como posición social a la que aspiraba ocupar la mayoría de la población argentina. El trabajo de Adamovsky es una primera aproximación general al tema y una excelente manera de abrir una discusión sobre lo que aún falta realizar. En ese sentido, si bien la obra tiene el privilegio enunciado por el mismo autor de ser “la primera historia de la clase media” muestra también que no debe ser la última.

En *La imagen justa. Cine argentino y política (1980-2007)*, Ana Amado pone nuevamente en cuestión y en tensión la relación de algunas expresiones cinematográficas del cine argentino con formas de participación y expresión de grupos políticos de las últimas tres décadas. Particularmente el análisis se centra en las formas estéticas asumidas por directores de cine cuyas películas agrupadas en tres grandes temáticas: los que se inspiraron en aspectos ideológicos del peronismo (Segunda parte del libro), los que construyeron relatos vinculados a diversas problemáticas surgidas como consecuencia de la dictadura militar (Tercera y Cuarta parte) y los que indagaron en algunos estilos de películas y series de televisión surgidas luego de la crisis del año 2001 (Quinta parte).

Ana Amado inscribe su abordaje desde la perspectiva de “la teoría de los autores”, es decir, dando una fuerte preponderancia a la figura del director como responsable ideológico y estético del discurso cinematográfico. Para ello construye en la primera parte del libro, el marco de análisis desde el cual se aborda esta relación entre cine y política. Presenta las perspectivas desde donde se realizará la lectura del tema: filosófica, psicoanalítica y sociológica, recurriendo a textos de Deleuze, De Certau, Freud, Lacan, H. González, E. Laclau, entre otros. En este apartado hace además una descripción del contexto histórico cultural y anticipa algunos conceptos teóricos a partir de los cuales serán abordadas, a lo largo de los siguientes capítulos, cada una de las películas elegidas para el análisis. De esta manera, el capítulo 2 se concentra en analizar de manera comparativa las propuestas narrativas de las películas de Pino Solanas de la década del ochenta, *El exilio de Gardel* (1985) y *Sur* (1988) con las películas del mismo realizador

en su etapa previa a la dictadura de 1976, *La hora de los hornos* (1968) y *Los hijos de Fierro* (1975), bajo la impronta del concepto de “mito”. Particularmente se concentra en la alegoría de los personajes principales de cada una.

El capítulo 3 toma aspectos de la estética del peronismo bajo la mirada del cine documental, como por ejemplo en *Pulqui, un instante en la felicidad de la patria* (Alejandro Fernández Moujan, 2006) y *Perón, sinfonía de un sentimiento* (Leonardo Favio, 1999), puestos en diálogo con las obras del artista plástico Daniel Santoro, vinculada a una estética asociada al populismo.

Los capítulos de la tercera parte (4 y 5) analizan el problema de la representación artística sobre temáticas que abordan las consecuencias de la dictadura militar de 1976. Se contraponen discusiones a propósito de las películas sobre el genocidio del pueblo judío en la 2ª guerra mundial que involucran aspectos sobre la memoria colectiva de los acontecimientos y la (im) posibilidad de poder representar el horror. Aspectos que también atraviesan las películas argentinas en consideración: *Un muro de silencio* (Lita Stantic, 1992) y *El ausente* (Rafael Filipelli, 1988).

En la cuarta parte, “Estrategias de memoria y filiación”, se ponen en contraste las producciones cinematográficas realizadas por protagonistas de los años setenta (“del lado de los padres”) con la de los H.I.J.O.S. de esa generación (“del lado de los hijos”). Resulta interesante el análisis por la heterogeneidad temática, ideológica y estética que plantea cada película y los múltiples disparadores que surgen a partir de las indagaciones realizadas por la autora.

Finalmente, en la quinta y última parte del libro, son abordadas algunas las películas y series de televisión de algunos directores surgidos o



consagrados después de la crisis del 2001 como Adrián Caetano, Pablo Trapero y Lucrecia Martel. De esta última realiza un análisis en profundidad sobre los complejos significados de la inquietante trama narrativa y estética de su película, *La ciénaga*.

Los últimos 30 años de la historia argentina han sido abundantes en hechos y circunstancias políticas y sociales de muy diversa índole, que en muchas oportunidades tuvieron una enorme carga trágica. De manera simultánea, algunos autores cinematográficos han catalizado en diversas proposiciones estéticas esa densidad de acontecimientos y sus consecuencias, los que son descriptos y analizados profusamente desde una perspectiva que pone el acento en aspectos que abordan directa o circunstancialmente temáticas afines a la sensibilidad de movimientos populistas.

MÓNICA BARTOLUCCI, *PEQUEÑOS GRANDES SEÑORES. ITALIANOS Y ESTRATEGIAS DE ASCENSO SOCIAL. MAR DEL PLATA, 1910-1930*. BUENOS AIRES, PROMETEO, 2009, 128 PÁGINAS.

POR YOLANDA DE PAZ TRUEBA  
(UNICEN)



Desde finales del siglo XIX, Argentina comenzó a experimentar los signos del progreso, de la mano de quienes soñaron hacer del país una nación moderna. La integración al mercado mundial y la llegada de miles de extranjeros, dinamizaron la economía y complejizaron el paisaje social, haciendo que muchos pueblos se transformaran paulatinamente en ciudades.

Mar del Plata no quedó ajena a este proceso y entre 1880 y 1930 recibió importantes oleadas de inmigrantes, que se asentaron en un poblado dedicado en sus primeros tiempos a la explotación agropecuaria. De la mano del crecimiento de la ciudad y la diversificación de la economía local, algunos de ellos lograron transitar el camino del ascenso social y formar parte de las burguesías urbanas, aquéllos que la autora denomina, *pequeños grandes señores*. Desde una perspectiva microhistorica (y a partir de una combinación de fuentes tales como escrituras de propiedad de lotes, hipotecas, contratos de sociedades colectivas, protestos, contratos de alquiler, Censos Nacionales y entrevistas orales), Bartolucci propone estudiar la racionalidad subyacente en los comportamientos y ambiciones de un conjunto de inmigrantes, en su mayoría italianos, que en los primeros años del siglo XX aparecían

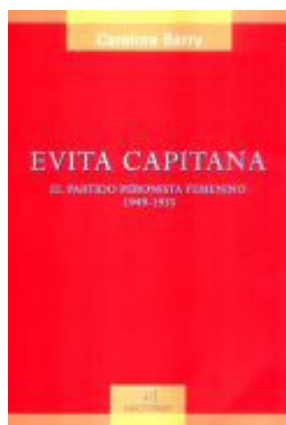
como el grupo dinamizador del circuito económico de la ciudad. Para ello, atiende a dos cuestiones fundamentales: la acumulación de capital a partir de la participación de los sujetos en el mercado de tierras urbanas y la inserción y ascenso en el mercado de trabajo, especialmente en la industria de la construcción. Entre los operadores más activos del mercado de tierras urbanas, la autora destaca a los pequeños comerciantes, los jornaleros, los propietarios ausentitas y –especialmente– los italianos dedicados a la construcción, quienes revelan una actitud claramente inversora, de cara al ascenso social. Así, los constructores, albañiles, yeseros, carpinteros de obra, etc., que se vinculaban a ese rubro en crecimiento, eran los más activos entre los compradores y vendedores.

En tal sentido, las prácticas analizadas han permitido a Bartolucci matizar aquellas ideas tradicionales que señalan a las sociedades en pleno desarrollo capitalista como espacios donde los mercados se regulan a sí mismos a partir de la oferta y la demanda, quedando en un segundo plano las relaciones personales, que serían de carácter marginal. Por el contrario, el análisis de los mercados de tierras y trabajo en Mar del Plata, permite a la autora afirmar que éstos estuvieron atravesados por los vínculos personales de los protagonistas que los conformaron. Y el caso de la construcción muestra el peso gravitante de esas redes. Tal como se afirma, un mundo de parientes, amigos y paisanos se entrelazaban para llevar adelante estrategias eficaces en pos de alcanzar los objetivos planeados, en una sociedad en la que todavía funcionaban los arreglos informales y de palabra entre personas que tenían algún lazo que los unía.

Claro que a las posibilidades que presentaba una ciudad en expansión,

particularmente a partir del loteo de terrenos urbanos, se agregaba el valor adicional que fue adquiriendo el lugar, al transformarse en la villa balnearia de la elite argentina. El carácter de centro de veraneo, hizo de Mar del Plata un lugar diferente, donde surgieron actividades diversas como la hotelería y la construcción que crecieron, diferenciándola de otros pueblos de la provincia. Así, en base al estímulo provisto por la actividad turística, la incipiente industria de la construcción se desarrolló aceleradamente y dinamizó durante décadas el circuito económico de la ciudad.

Finalmente, por todo lo expuesto, el libro ofrece una interesante contribución al estudio del ascenso social y la modernización en la Argentina del período trabajado, enriqueciendo el modelo clásico al plantearse nuevas preguntas en un contexto de gran singularidad como el de Mar del Plata. Lejos de mostrar la trayectoria de los exitosos, la autora afirma haber rescatado historias particulares que le han permitido dar cuenta del modo en que operaban aquellos que tenían como único capital la astucia y la racionalidad del implantado.



Coronado por el nombre de la marcha que, al igual que “los muchachos”, entonaban las militantes peronistas, el libro de Carolina Barry constituye un análisis exhaustivo sobre un tópico escasamente trabajado en la literatura sobre el período: el proceso de inclusión política de las mujeres desarrollado a través del Partido Peronista Femenino (PPF). *Evita Capitana*, adaptación de la tesis doctoral en Ciencia Política presentada en la Universidad Católica Argentina, transita dos ejes problemáticos. Por un lado, el proceso de formación del PPF, su fisonomía interna y reglas de funcionamiento, la selección de los dirigentes y el rol que asumieron en la estructura partidaria. Por otro lado, la experiencia subjetiva de las mujeres que, lideradas por Eva Perón, irrumpieron en la vida política argentina transformando las prácticas y tradiciones previas en el marco del singular proceso de ampliación de la ciudadanía materializado durante el peronismo. Recuperando conceptos del politólogo Angelo Panebianco, Barry sostiene que la inclusión política de las mujeres al peronismo se estructuró en base a un “partido carismático puro” que, difundido desde el centro hacia la periferia por medio de una táctica de penetración territorial, expresó una simbiosis total entre la identidad de la organización y la de su líder.

Paralelamente a esta trama mayor, la autora imbrica una serie de cuestiones de interés superlativo para entender la evolución del PPF, tales como sus relaciones con la rama masculina del Partido Peronista, los alcances de su organización interna, el lugar otorgado a las mujeres en el discurso oficial y el despliegue de ámbitos de socialización encarnados en las Unidades Básicas.

El libro se divide en once capítulos, organizados en cuatro secciones. El conflictivo itinerario que atravesó la coalición liderada por Perón entre el escenario previo a las elecciones de 1946 y la Asamblea Nacional que en 1949 sentó las bases del PPF es el tema del primer capítulo. El siguiente trata sobre la gestación del liderazgo de Eva Perón y el proceso de politización de las mujeres peronistas afianzado desde los “centros cívicos”. En la segunda parte del libro Barry explora la organización y funcionamiento del PPF. Abre esta sección un análisis de su puesta en marcha y las causas de su organización como estructura autónoma de las demás ramas del peronismo, mientras que su propagación territorial hasta formar una estructura a nivel nacional es analizada en el capítulo cuarto. Seguidamente, Barry reflexiona sobre el lugar que el discurso peronista otorgó a las mujeres en un contexto de redefinición de su rol social. Los capítulos seis y siete tratan sobre las Unidades Básicas, espacios vertebrales de socialización de las mujeres nucleadas en el PPF a través de los cuales se articuló la penetración territorial del partido. La tercera parte del libro se ocupa de la participación del PPF en la arena electoral desde noviembre de 1951. La particular experiencia en la que las mujeres votaron y fueron votadas por primera vez en la historia argentina fue escenario del rutilante bautismo electoral del PPF, cuyos resultados favorables

apuntalaron el triunfo de Perón. En efecto, el peso electoral de las mujeres fue clave para la reelección presidencial, aporte que tuvo como correlato el otorgamiento de cuotas de representación inéditas para la época. El proceso de selección de candidatas, las circunstancias que atravesó el empadronamiento femenino y el rol de las mujeres en la campaña electoral son analizados en esta sección, al igual que las circunstancias que rodearon el “renunciamento histórico” de Evita a la vicepresidencia de la Nación. Finalmente, la cuarta parte del libro se ocupa del rol asumido por las mujeres peronistas en el Congreso y el declive del partido desde la muerte de su líder. Resaltan aquí los vanos intentos por “reemplazar lo irremplazable” que caracterizaron el itinerario del PPF hasta 1955 y signaron los intentos posteriores de reorganización.

En síntesis, en base a un importante bagaje documental *Evita Capitana* explora en profundidad los múltiples planos de un actor político clave de los años peronistas, cuyos alcances acompañaron el trágico destino de su impulsora y que, según Barry, “tuvo como mayor fortaleza la que al mismo tiempo era su mayor debilidad: el liderazgo carismático de Evita”.

GILLES BATAILLON, *GÉNESIS DE LAS GUERRAS INTESTINAS EN AMÉRICA CENTRAL (1960-1983)*. MÉXICO, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, 2008, 373 PÁGINAS.

POR GERMÁN C. FRIEDMANN  
(UBA-UNSAM-CONICET)

Gilles Bataillon, sociólogo especializado en la América Latina contemporánea, se propone explicar los motivos que llevaron al estallido de la guerra civil nicaragüense entre 1978 y 1979, y a los enfrentamientos armados entre guerrillas y fuerzas del orden en El Salvador y en Guatemala desde 1978 a fines de los años ochenta.

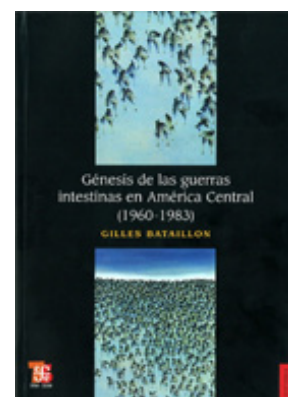
La obra está compuesta por seis capítulos. El primero de ellos analiza la situación política y social guatemalteca, salvadoreña y nicaragüense de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Sin desconocer la pertinencia de estudios previos que enfatizaron en la dependencia económica, la hegemonía del sector agroexportador, la exclusión de las clases subalternas y la existencia de regímenes patrimonialistas, Bataillon examina y acentúa otras particularidades de la región como la fragmentación territorial, la tenue unificación nacional y el surgimiento de nuevos estratos sociales, realidades que reforzarían las desarticulaciones de dichas sociedades.

El segundo capítulo se detiene en el crecimiento económico experimentado por la región en las décadas de 1960 y 1970, y en las mutaciones de lo que el autor denomina proceso modernizador. Bataillon centra su atención en un aspecto descuidado por la bibliografía: el papel del Estado a partir de los años sesenta. Señala cómo la modernización “desde arriba”, iniciativa y obra del Estado, provocó una serie de reformas que contribuyeron a una liberalización sociopolítica, al favorecer la movilización de ciertos grupos hasta entonces relegados a posiciones subalternas. Este proceso habría coadyuvado a la aparición de tensiones de nuevo cuño, las cuales a su vez formarían el contexto de los conflictos bélicos de fines de los años setenta y de la siguiente década. El tercer capítulo explicita el

sustento teórico de la obra. Bataillon considera oportuna la utilización del término “guerra civil” para el caso nicaragüense porque, señala, cuando se inició la lucha contra Somoza en 1978, se produjo la articulación e incluso la fusión de unas movilizaciones que al comienzo tenían un carácter heterogéneo. Por el contrario, la implantación de los conflictos armados en El Salvador y Guatemala obedecería a lógicas diferentes. Allí, la escalada bélica tendría como telón de fondo la convergencia de diversos tipos de movilización; pero se habría tratado de coincidencias parciales, enmarcadas en circunstancias coyunturales.

Pronunciándose contra las explicaciones que han prevalecido en los análisis del desarrollo de las luchas centroamericanas, Bataillon señala que ni la rigidez de los sistemas políticos ni el incremento de los medios con que contaban los grupos de oposición podían por sí solos suscitar movilizaciones radicales o dar lugar a conflictos bélicos generalizados. El autor toma como punto de partida las nociones de “contexto” y de “cultura política” para dar cuenta de las particularidades de la gestación de una situación bélica duradera. La primera noción le permite aprehender el marco en el que evolucionan los diferentes protagonistas y las modificaciones que sus interacciones provocan; la segunda, le da acceso a la manera de descifrar las acciones y estrategias de los múltiples actores presentes.

Los siguientes tres capítulos (dedicados respectivamente a Nicaragua, El Salvador y Guatemala) presentan un pormenorizado relato, país por país, que le sirve para discernir las modalidades específicas de cada uno y comparar los diferentes procesos de instauración de la violencia. Muy inteligentemente el autor pone de relieve que, lejos de ser inmutables, los diversos protagonistas del



drama centroamericano se han ido conformando y redefiniendo al ritmo mismo de los acontecimientos. Así, muestra cómo la dinámica y la radicalización del proceso conforman actores e ideas que no estaban dados desde el principio. También resulta interesante el entrelazamiento que muestra entre lo político y lo religioso. Bataillon no ve aquello simplemente como el signo de una función política de la religión, sino que considera que su mayor visibilidad en momentos de movilización y de crisis es un claro indicio de su presencia en otros niveles y en otros momentos de la experiencia social.

Tras las conclusiones, donde se realiza un balance de las principales hipótesis sostenidas en el cuerpo principal del texto, se incluye una completa cronología que resulta muy útil no sólo para contextualizar el presente trabajo sino también para todos aquellos interesados en la historia centroamericana contemporánea, quienes sin duda encontrarán en este trabajo de Bataillon una obra de consulta ineludible.

POR SILVIA BADOZA  
(CONICET)



*La Industria Peronista. 1946-1955: políticas públicas y cambio estructural*, de Claudio Belini, es una reelaboración de su tesis doctoral defendida en el año 2004 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Se enmarca en la renovación encarada en los últimos años por una nueva generación de historiadores que intentan esclarecer, desde diversas perspectivas, el siempre convocante fenómeno peronista. Por cierto, el proceso de revisión del peronismo clásico presenta un desarrollo desigual. Mientras la atractiva historia política ha motivado numerosas investigaciones, la problemática económica, particularmente los temas referidos a la industria, han merecido menor atención y han producido escasos resultados.

La obra de Belini aborda las políticas públicas industriales del peronismo, período clave del proceso de industrialización por sustitución de importaciones (ISI) y de reorientación de la economía hacia el mercado interno. Se propone indagar los objetivos de la política industrial y sus resultados en términos de crecimiento, cambios en la estructura de la industria y generación de empleo. Para ello analiza seis industrias (siderurgia, automotriz, maquinaria agrícola, electrodomésticos, textil y cementera) que iniciaron su actividad con anterioridad al gobierno de Perón y lideraron el crecimiento industrial y

tecnológico de la segunda posguerra, como el sector de las actividades metal-mecánicas. La combinación de los estudios sectoriales y el análisis de la relación entre los principales actores de la instrumentación de las políticas industriales (gobierno, burocracia estatal y cámaras empresariales) permite iluminar los factores que mediaron entre los propósitos y los logros de las políticas públicas, distanciándose de los estudios que señalan la contradicción entre discurso y resultados.

Respondiendo al objetivo declarado de “indagar los factores que mediaron entre las metas iniciales y los resultados”, Belini realiza un estudio sobre las metas expuestas en los planes quinquenales, las reformas e innovaciones institucionales y la aplicación de distintos instrumentos: crédito industrial, régimen de industrias de interés nacional, permisos previos de cambio, cuotas de importación y tipos de cambio preferenciales para la introducción de materias primas y maquinarias. La combinación de una profunda investigación empírica y la perspectiva teórica neoinstitucionalista de Peter Evans es el camino elegido para desentrañar el papel desempeñado por la burocracia estatal en el lineamiento y ejecución de las políticas públicas y para esclarecer la relación, no exenta de tensiones, entre la burocracia y los empresarios en la negociación de los contenidos y características de las políticas sectoriales.

El estudio presenta dos etapas diferenciadas en las características de la política industrial y los vínculos entre el empresariado y el estado. La primera muestra una burocracia que delinea un Primer Plan Quinquenal sin participación de la dirigencia industrial. La política sectorial que emerge de este plan se caracteriza por la aplicación errática de varios instrumentos, entre los cuales sobresale el crédito. La crisis de 1949 marca el

inicio de la segunda etapa, signada por desequilibrios macroeconómicos originados en el sector externo. En este marco se formula un Segundo Plan Quinquenal cuyo propósito es avanzar en la sustitución de importaciones con el objetivo de alcanzar una industria más integrada. En esos años, la relación entre la burocracia y las cámaras empresariales adquiere una nueva dinámica, expresada en acuerdos sectoriales que favorecen particularmente a algunas industrias como la automotriz, maquinaria agrícola y producción de laminados.

La indagación se conecta con una discusión más amplia sobre la política de autarquía económica del peronismo, pensada por muchos autores como similar a la encarada por Franco entre 1939 y 1950. Belini refuta esta afirmación, mostrando que la industria local compitió con las importaciones hasta comienzos de la década de 1950. Los cuadros y gráficos presentados para las industrias de cemento y de hilados de algodón, dos actividades con trayectoria previa al peronismo, muestran incluso una reversión coyuntural en la sustitución de importaciones durante la segunda mitad de los años cuarenta.

Este libro se puede leer en paralelo con los trabajos sobre crédito industrial escritos por Rougier y Girbal-Blacha y el estudio sobre el estado empresario de Belini-Rougier. Su enfoque, centrado en los diversos sectores de la industria, expone la complejidad y heterogeneidad de los avances de las transformaciones del sector manufacturero en la segunda posguerra y constituye un aporte a los estudios de las ramas industriales en un período más amplio, que excede los límites del gobierno peronista, convirtiéndose en un trabajo de referencia para un tema poco explorado por la historiografía económica.

LILIA ANA BERTONI Y LUCIANO DE PRIVITELLIO (COMPS). *CONFLICTOS EN DEMOCRACIA. LA VIDA POLÍTICA ARGENTINA ENTRE DOS SIGLOS. BUENOS AIRES, SIGLO XXI, 2009, 240 PÁGINAS.*

POR MATÍAS BISSO  
(UNLP - UNSAM)

Los compiladores de este libro alertan acertadamente acerca de que los trabajos incluidos en el mismo toman como espacio de investigación, análisis y reflexión el campo de *lo político*, según la definición de Pierre Rosanvallon y no sólo de *la política*. Esto redundará en una mirada de la historia política que va mucho más allá de las cuestiones tradicionalmente trabajadas en esa línea como elecciones, partidos, líderes y la gestión del estado. Es así que desde una perspectiva amplia que incluye aspectos identitarios, culturales, de construcción de ciudadanía y prácticas políticas concretas, los distintos artículos se ocupan de temáticas de la historia nacional en el período que va desde la caída de Rosas hasta la revolución militar de 1943. Esta amplitud de mirada, todavía bastante novedosa para nuestro medio, da como resultado un compendio de trabajos que se ocupan de temas, en su mayoría ya abordados por la historiografía nacional, pero presentados en una complejidad que supera la unilinealidad de planteos más tradicionales. Acontecimientos como la reforma electoral de Sáenz Peña, aparecen en el libro matizados en su condición de *hitos*, para ser releídos en términos de hechos enmarcados en procesos más profundos, que aún en su novedad nunca estuvieron exentos de continuidades con su pasado inmediato. El artículo de Ana Virginia Persello y Luciano de Privitellio apunta precisamente a rever la mirada clásica sobre la ley Sáenz Peña, a la que califican de “insistente, indulgente y superficial”. Lejos de la idea de que la reforma marcó una bisagra que separaba la época del fraude de la de la transparencia electoral, los autores nos presentan a través del ojo de los contemporáneos un escenario en el que el impacto de la reforma fue sentido como limitado e incompleto. Así se desprende del análisis de los debates dados por los legisladores ante la decepción que presentaba para algunos de ellos el resultado de una reforma

que no parecía haber podido eliminar el hiato entre sociedad y política, y que ni siquiera aseguraba la transparencia de los procedimientos. Eso explicaría el mantenimiento de un espíritu regeneracionista, que pretendía a través de “reformas de la reforma” enderezar el proceso de cambio, aún más a partir del desencanto generado por la llegada del yrigoyenismo al poder y lo que muchos de los reformadores veían como el mantenimiento del esquema personalista y de gobierno elector, heredado del roquismo.

En este mismo camino de enriquecer temáticas de la historia nacional, Lilia Ana Bertoni se ocupa de los conflictos entre el estado nacional y la iglesia católica de fines del siglo XIX y principios del XX. La autora analiza dicho conflicto enmarcándolo en el escenario político argentino, donde los actores no eran sólo el estado y la iglesia, y en el que incluso la relación entre ellos era dinámica y cambiante. Desde ese análisis ubica en la segunda presidencia de Roca el momento a partir del cual la iglesia argentina logró abandonar su postura defensiva ante los avances del estado liberal, y comenzó un camino de ampliación de sus ámbitos de influencia acompañado por un proceso ideológico, sostenido desde sectores laicos y eclesiásticos, que postulaba al catolicismo como rasgo fundamental de la nacionalidad.

En el trabajo de Hilda Sábato se nos presenta un análisis de las prácticas políticas de los liberales porteños desde mediados del siglo XIX. Una vez más la autora logra profundizar el análisis de *lo político* en un período que habitualmente ha sido presentado como de disputa entre *grandes hombres* por *grandes ideales*. El estudio de Sábato permite diferenciar dicho período y sus formas de hacer política de las del *orden conservador* propiamente dicho y, a la vez, señala distancias pero también similitudes de la época abordada con respecto a la posterior a la reforma saenzpeñista.



María Inés Tato aborda la cuestión siempre apasionante de la relación entre nacionalistas y conservadores, aportando consideraciones relacionales entre personajes, grupos, redes e ideologías que nos ayudan a comprender la relación ambigua entre estos grupos políticos.

Paula Seiguer retoma la mirada política de la actividades religiosas, pero para cuestionar los conceptos de “iglesias de trasplante” e “iglesias de injerto” a través del estudio de los casos de las iglesias anglicana y metodista en nuestro país a fines del siglo XIX y principios del XX. Carolina Gonzalez Velasco analiza las huelgas de actores de 1919 y 1921 a la luz de las tensiones identitarias relacionadas con lo artístico, lo gremial y lo empresarial.

María Victoria Grillo y German Claus Friedman trabajan la influencia del avance de los fascismos en la escena nacional. La primera se ocupa de la fascistización de emigrados e instituciones italianas en la Argentina de los años 20, y el segundo del contexto de aparición de la Comisión Investigadora de Actividades Antiargentinas, dedicada a combatir la infiltración nazi desde una visión *argentinizadora* del rol de la educación y el estado, sustentada por un nacionalismo crecientemente exclusivista.



POR JUAN MANUEL ROMERO  
(UBA)



En *Revolución en los claustros*, el historiador Pablo Buchbinder ofrece un relato sintético y original sobre la Reforma Universitaria de 1918, uno de los hechos políticos más gravitantes de la primera mitad del siglo veinte argentino. Acontecimiento de gran alcance e influencia en toda América Latina, en la Reforma aparecen cifrados con igual importancia nudos problemáticos de la historia política, social y cultural de la época. Muchos de estos planos han sido abordados ya por otros investigadores. Existe un vasto caudal de trabajos que dieron cuenta de la riqueza y complejidad del fenómeno. En este libro, Buchbinder asume una perspectiva en la que el análisis de la Reforma es puesto en relación con la historia de las universidades argentinas, tema sobre el que el autor ha realizado, además, otros aportes considerables. Se trata de un abordaje original, que proyecta a un primer plano aspectos poco analizados por la bibliografía anterior, colocándose así en el marco del debate historiográfico.

Su desarrollo se encuentra entramado por recorridos personales de estudiantes y autoridades, ideas y debates, y coyunturas claves.

El punto de partida del relato lo constituye la ocupación de la Universidad de Córdoba, que llevó adelante un grupo de estudiantes en septiembre de 1918. Buchbinder filia el origen de los conflictos con las tensiones producidas desde 1884 por efecto de la Ley 1.420, en el marco del proceso de modernización que tuvo lugar en las últimas décadas del siglo XIX. En Córdoba, la universidad más antigua del territorio rioplatense, las resistencias de la universidad escolástica a los cambios operados por la ley tuvieron una intensidad particular. Las diferencias en el modo en que la Reforma tuvo lugar en las universidades de Córdoba, La Plata y Buenos Aires, son exploradas por el autor a través del análisis del perfil institucional de cada una de ellas y sus situaciones particulares. También en este sentido, la aparición del movimiento estudiantil adquiere especificidad, a la luz de las reivindicaciones concretas que fueron parte del programa reformista. Éstas tuvieron que ver principalmente con cuestiones de la vida institucional de las universidades: renovación de los elencos profesoriales, modernización de los programas y los planes de estudio, reglamentos para las evaluaciones, etc. El carácter marcadamente corporativo de los reclamos contrasta igualmente con el rol ejercido por el naciente movimiento estudiantil en países

como Perú y Cuba.

La estrecha vinculación entre la universidad y las corporaciones profesionales es una de las claves explicativas de los límites que encontró el movimiento reformista. La presión social de los sectores medios, que acudían a las universidades en busca de un título profesional, determinó el perfil de la educación superior en mayor grado que algunas de las aspiraciones que animaron la Reforma. Otras de ellas, en cambio, tuvieron un impacto y pervivencia que permite interrogar con nueva luz las tensiones de la universidad actual. Con estructura similar a la de otros libros de la colección "Nudos de la historia argentina", el libro de Pablo Buchbinder se encuentra compuesto por tres capítulos divididos a su vez en varias secciones. En el primero de ellos, el historiador se ocupa de la situación de las universidades en los momentos previos a la Reforma, y del surgimiento de los primeras organizaciones estudiantiles. En el segundo capítulo aborda los acontecimientos más notables del conflicto, y los debates y discusiones suscitados en ese contexto. Por último, en el tercer capítulo trabaja sobre los alcances y límites del movimiento, dando cierre con las conclusiones a un relato que no por divulgativo se priva de ser polémico.

JAVIERA BUSTAMANTE Y RUDERER STEPHAN, *PATIO 29. TRAS LA CRUZ DE FIERRO. CON FOTOGRAFÍAS DE MARA DARUICH*. SANTIAGO, OCHO LIBROS EDITORES, 2009, 200 PÁGINAS.

POR EMILIO CRENZEL  
(CONICET- UBA)

*Patio 29. Tras la cruz de Fierro*, de Javiera Bustamante y Stephan Ruderer, con fotografías de Mara Daruich, examina la historia del "Patio 29", localizado en el cementerio general de Santiago de Chile, lugar que fuera utilizado como espacio de enterramientos clandestinos de personas detenidas y desaparecidas por la dictadura del general Augusto Pinochet (1973-1990).

El libro, dirigido a un público amplio interesado en los legados, luchas y dilemas vinculados a la historia de violencia política de Chile y el Cono Sur de América latina, describe y analiza la historia del "Patio 29" y muestra cómo ella condensa el horror de las violencias ejercidas por la dictadura de Pinochet, en especial la que instaló la desaparición forzada de personas para tramitar el duelo en la esfera pública y privada. También saca a la luz las iniciativas de los denunciantes de estos crímenes por tornarlos visibles y hacer justicia; la lucha por la recuperación de la memoria y la identidad de las víctimas y, finalmente, las iniciativas oficiales recientes desenvueltas por la presidenta Michelle Bachelet para constituir al lugar como monumento histórico nacional en el marco de una política más amplia que favorezca el ejercicio de la memoria social de la dictadura y sus crímenes.

El libro se compone de una introducción que presenta el compromiso intelectual y político de sus autores, prosigue con una serie de capítulos destinados a presentar la historia de la constitución de sitios de memoria en Chile y sus capítulos centrales están dedicados a narrar la historia del "Patio 29". En cada uno de ellos, el texto es acompañado por fotografías alusivas las cuales se destacan por su calidad y sensibilidad con el fin de, según señalan los autores, contribuir a reforzar la visibilidad de esta historia y de sus actores y oficiar de documento adicional a la palabra

escrita.

A través de los capítulos se relata que, desde enero de 1974, en el "Patio 29" fueron sepultados como NN (abreviatura del latín, *Nomen Nescio*, nombre desconocido en español) víctimas de la dictadura chilena, personas de escasos recursos económicos fallecidos en la vía pública y en instituciones psiquiátricas. Así, "subversivos", pobres y "locos" compartieron ese destino común. Hacia 1979 un trabajador del cementerio denunció ante la Vicaría de la Solidaridad la inhumación ilegal de cientos de cadáveres en el "Patio 29". En 1991 el Grupo de Antropología Forense exhumó 107 sepulturas NN encontrando, en ellas, 126 cuerpos. Este hallazgo suscitó el comentario del dictador Pinochet quien irónicamente afirmó: "que economía más grande". Entre 1992 y 2002 los restos fueron examinados en la Unidad de Identificación del Servicio Médico Legal, identificándose a 96 NN y devolviéndoles los restos a sus familiares. Sin embargo, a partir de dudas expresadas por otros peritos forenses, y tras exámenes realizados en la Universidad de Glasgow, Escocia, y Granada, España, pudo comprobarse errores significativos en el proceso de identificación de los cuerpos.

A raíz de ello, en 2006, el Servicio Médico Legal volvió a examinar los restos y concluyó que 48 identidades estaban erróneamente individualizadas y sobre otras 37 existían dudas. Debido a esta situación, fue creada una Comisión Presidencial y una Comisión investigadora en la Cámara de Diputados para avanzar con la investigación. Actualmente, los restos están siendo examinados en la Universidad de Texas, Estados Unidos. De este modo, el libro a partir de la reconstrucción de la historia de un sitio emblemático de

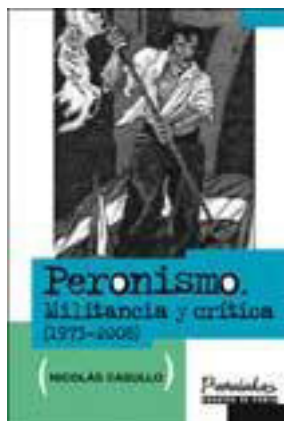


la violencia política ejercida por la dictadura chilena ilustra su horror, el inacabado proceso de duelo, conocimiento y reconocimiento que suscita el crimen de la desaparición, la infatigable lucha de los familiares y allegados de los desaparecidos por conocer la verdad, establecer justicia y hacer memoria y las intervenciones de una serie de actores: la Iglesia Católica, el Estado y los profesionales y especialistas que han participado, a lo largo de treinta y cinco años y con sentidos diversos, del proceso de ocultamiento o del intento de restablecer las identidades vulneradas a los desaparecidos.

Finalmente, la obra incluye una serie de apéndices testimoniales y documentales que incluyen cartas, entrevistas, noticias aparecidas en la prensa gráfica y documentos de archivo, así como links a través de los cuales el lector puede ampliar su información sobre el tema y un CD que incluye un video, música y fotografías.

NICOLÁS CASULLO, *PERONISMO. MILITANCIA Y CRÍTICA (1973-2008)*. BUENOS AIRES, COLIHUE, 2008, 290 PÁGINAS.

POR MARTINA GARATEGARAY  
(CONICET - UNQ)



*Peronismo. Militancia y crítica* reúne escritos de Casullo para distintas revistas entre 1973 y 2008. Más allá de la heterogeneidad contextual de estos textos, que abarcan más de 30 años, los mismos buscan expresar “una visión peronista de izquierda intelectual nacional y crítica” y cuentan una historia, narrada en primera persona: la persistencia de “las pulsiones del mito peronista refugiado en los peronismos “reales”” (p. 16).

De este modo, Casullo comienza analizando “El mito peronista” no sólo como introducción a la obra sino más bien como punto de encuentro sobre el que se abroquelan los artículos allí reunidos. Si bien el mito encuentra en 1945 su fecha fundacional y se consuma durante los 18 años de proscripción, son los años setenta los que dan lugar a la “construcción definitiva de la sustancia mítica del peronismo” y también, al “lento principio de su fin” (p.40). Es así que el relato vuelve continuamente sobre esos años y el pasado militante del autor, haciendo que el “significado de los ‘70 en la biografía personal” se convierta en

“el epicentro de este libro”.

El libro está estructurado en tres partes. La primera, titulada *Cenizas de los ‘70 y versiones de una historia* aborda la militancia peronista y sus debates internos. Integran esta sección una serie de artículos escritos en febrero de 1973 para el diario *La Opinión* sobre las elecciones nacionales en la Argentina desde el siglo XIX a la fecha, con la clara intención de trazar una línea de continuidad en la historia nacional: “Estamos hablando de 1946 o de 1973. Es lo mismo” (p.68), como también una Carta (nunca enviada) a Jarito Walter compañero y jefe de redacción de la revista *El Descamisado* en la que discute los peligros de reemplazar peronismo por montonerismo.

La segunda parte *Exilio y militancia reflexiva* engloba los escritos del exilio mexicano entre 1977 y 1981 publicados en la revista *Controversia* (según el autor, “Las (notas) más significativas”). En ellos se propone pensar el por qué de la derrota de las vanguardias y el futuro democrático. En ese camino hay notas que van desde la lectura que de “lo sindical” construyó el peronismo revolucionario en un intento por desentrañar los orígenes de la “mala interpretación”, pasando por el análisis de los textos de Rodolfo Walsh a la conducción de Montoneros, hasta una crítica a la izquierda marxista y socialista en una clave nacional y popular.

En la tercera parte *Retorno y crítica intelectual sobre las muertes del peronismo* se suceden notas sobre el regreso al país y los debates en torno a la derrota electoral, la renovación peronista, el menemismo, el fenómeno del Frepaso de la mano del “Chacho” Álvarez y el Kirchnerismo abordados desde distintos espacios

como las columnas de *Primera Plana*, *Unidos*, *La mirada*, *Página 12* y *Lezama*, y el documento *Por qué nos vamos* (renuncia pública de 26 intelectuales al Partido Justicialista). Todos estos artículos reconstruyen los convulsionados años del peronismo a partir de miradas que se repliegan en los setenta. Esta perspectiva le permite al autor afirmar que la derrota de 1983 fue la culminación de la crisis de 1973-1974; la crisis política, es la crisis de una cultura política (la peronista) y el sujeto popular también se identifica con los años setenta: “son los padres (hoy más viejos) del ‘73, son los jóvenes (hoy adultos) del ‘73, son los niños (hoy jóvenes) del ‘73.” (p.192). El peronismo en los ochenta fue el “fruto de un proceso que se precipita con la frustración revolucionaria del 73”, y la renovación resultó una caricatura de otros tiempos. Recién el kirchnerismo buscó fechar su nacimiento político en “los valores éticos de los ‘70” convocando “a los espíritus errantes de una vieja ala progresista que hace mucho tiempo atrás pensaba hazañas nacionales y populares de corte mayor.” (p. 251).

Los artículos en tono ensayístico y de reflexión compilados en este libro presentan un modo sugestivo de visitar el pasado y explorar el presente. La tragedia, resultante de la derrota del proyecto de liberación en los años setenta, se presenta como la matriz sobre la cual Casullo vuelve en reiteradas oportunidades para pensar y desentrañar la pervivencia del “mito” en “los peronismos reales”.

ALEJANDRO CATTARUZZA, *HISTORIA DE LA ARGENTINA, 1916-1955*. BUENOS AIRES, SIGLO XXI, 2009, 264 PÁGINAS.

POR ROMINA C. ORLANDO  
(UBA- FLACSO)

El libro *Historia de la Argentina, 1916-1955* de Alejandro Cattaruzza forma parte de la colección Biblioteca Básica de Historia dirigida por L. A. Romero de la editorial Siglo XXI, pensada para combinar investigaciones especializadas y de difusión. En esta obra, un aspecto favorable es la fluidez en la lectura sin abandonar la dimensión analítica que caracteriza al autor. El uso de imágenes y de fuentes de primera mano enriquece el texto y le brindan academicismo y rigurosidad en el estudio del período.

En su libro, Cattaruzza analiza en profundidad el aspecto político, sin desconocer las dimensiones sociales e ideológicas del período de la historia argentina que se inicia con la llegada del radicalismo al poder en 1916 y que finaliza con el golpe de estado de 1955.

El libro está estructurado en cuatro partes que se corresponden con distintos períodos: 1880-1916, 1916-1930, 1930-1943 y 1943-1955. En cada apartado, se analizan los cambios y continuidades de las esferas política, social y económica. En esta propuesta, los aspectos culturales e ideológicos, el contexto europeo de las guerras mundiales, el ascenso de los fascismos y la crisis de 1929, así como su reelaboración por parte de los intelectuales en la Argentina, ocupan un lugar importante.

A lo largo de su trabajo, el autor ahonda en los temas políticos y establece las relaciones con los aspectos ideológicos del período. Para A. Cattaruzza, la política y sus actores, eje analítico del libro, se rigen por un conjunto de reglas propias, distintas a las del campo económico o social, y las acciones de los sujetos tienen por objetivo central triunfar en éste. Las reinterpretaciones y las nuevas ideas acerca del pasado son un punto central en la obra: el autor explicita

así los debates que enfrentaban a los intelectuales sobre los cambios en el país, sobre todo, acerca del fenómeno del surgimiento del peronismo.

A partir de este planteo, el libro examina tres grandes núcleos problemáticos de la historia nacional: los gobiernos radicales, los golpes de estado y el primer peronismo.

La primera parte se revela como una introducción a las transformaciones originadas dentro del régimen conservador para centrarse en la cuestión de la apertura de la democracia de la década de 1910.

Mientras tanto, en la segunda parte, el autor se centra en los efectos del proceso de democratización durante los gobiernos radicales. Las diferencias internas del partido gobernante, la inmigración masiva y los primeros conflictos sociales son interpretados a la luz del surgimiento de una cultura de masas -extraña al análisis de los intelectuales de la época.

En la tercera parte analiza el período transcurrido entre los golpes de estado de 1930 y el de 1943. Las intervenciones políticas, el fraude y el factor militar son elementos esenciales de la elaboración. En este sentido, Cattaruzza examina el accionar de los intelectuales en tanto actores políticos orgánicos y como críticos de la realidad. Este es, según el autor, un período en el que el pasado se reinterpreta mientras que la sociedad se transforma con la aparición cada vez más fuerte de los trabajadores y del ejército en la escena política.

La última parte estudia la llegada del peronismo al poder, las disputas políticas que giran en torno a la figura de J. D. Perón y las nuevas necesidades de legitimación a partir de la aparición de las masas en la escena política. En este período se modifican dos factores: la economía brinda mejores condiciones de vida

y los trabajadores ocupan el centro de la vida política y social en la Argentina. A su vez, Cattaruzza investiga las dimensiones sociales, económicas y culturales que se gestan durante el primer peronismo y que conforman su trama interna. Así también, se detiene en la interpretación de los conflictos como el del gobierno peronista y la Iglesia católica.

En síntesis, es un libro de divulgación que no sólo seduce a quienes estudian historia argentina, sino que democratiza el saber a través de un lenguaje y una estructura sencilla, sin abandonar la complejidad y solidez analítica de los temas que presenta.





**LA NACIÓN  
EN TIEMPO  
HETEROGÉNEO**

y otros estudios subalternos

partha chatterjee

SIGLO XXI EDITORES CLACSO CEPIS

Partha Chatterjee se inscribe en el grupo de estudios subalternos, desde el cual se cuestiona la historia de las naciones contada por las élites, en pos de una nueva narrativa de los sectores subalternos, auténticos sujetos de la misma.

Entendida la nación en tiempo heterogéneo, esta compilación de ensayos producidos entre 1998 y 2003, y organizada en cuatro partes, desarrolla una réplica al mapa intelectual y al poder político impuestos por Occidente bajo la impronta de la modernidad ilustrada, y una ruta de liberación para el mundo poscolonial, particularmente las regiones surasiáticas y en especial el país del autor, la India.

Según Chatterjee, los conceptos tradicionales de Ciencia Política utilizados en las teorías occidentales para ser aplicados de manera universal, no reflejan, en su historicidad, la realidad del mundo poscolonial. De ahí que, su objetivo consista en redefinir y modificar tales conceptos con la finalidad de comprender los procesos que tienen lugar en países poscoloniales, remitiéndose para ello a autores de cuño occidental y marxista, principalmente Antonio Gramsci y Michel Foucault.

En la "Apertura", bajo el título de "Quinientos años de amor y miedo", plantea la conflictiva relación histórica entre la metrópolis y la India, que resulta en un dominio sin hegemonía. Ante la crisis del concepto de Occidente (asociado a principios de igualdad) y

del propio proyecto de modernidad ilustrada, surge la necesidad de crear nuevas formas de orden social, político y económico.

En la segunda parte, "Naciones y nacionalismo", el autor remite a Benedict Anderson, quien, a través de la noción de comunidad imaginada, postula que la nación habita dentro de la modernidad, inherente a un tiempo vacío y homogéneo, sin registro del pasado. En un capítulo especial, trata dicha noción como una utopía moralmente ilegítima, debido a su pretendida universalización, para desarrollar luego su tesis según la cual las naciones viven en un tiempo heterogéneo y real.

En la tercera parte, "Modernidad, sociedad política y democracia", el autor postula conceptos que explican el carácter heterogéneo y real de la nación y que se constituyen en el centro medular de su trabajo. La promesa abstracta de soberanía popular como principio de legitimidad, visto desde la justificación ética de la democracia, es reemplazada por la práctica de la política de los gobernados referida a las estrategias que sirven para forzar a que los gobernantes gobiernen según sus preferencias. Mientras la promesa se encuentra representada por la noción jurídica de ciudadanos (portadores de derechos, participantes del estado nación, imagen de lo homogéneo), y la sociedad civil (conductora última de las demandas ciudadanas), la práctica lo está por la noción política de los grupos de población (carentes de derechos, excluidos del estado nación, imagen de lo heterogéneo) y la comunidad articulada en la sociedad política (ámbito real, escenario del disciplinamiento, la administración de la gobernabilidad y de la resistencia), llegándose en este recorrido al verdadero sentido de la democracia.

El epílogo, desplegado en tres capítulos

donde expone la complejidad del imperio global dirigido por Estados Unidos, representa una praxis de su planteo teórico, sea por constituir parte de la realidad de las cosas o una aspiración a transformarla. El último capítulo, "¿Se están, por fin, aburguesando las ciudades en India?", actúa como el verdadero epílogo al recuperar los conceptos redefinidos a través del libro y ponerlos en juego en el propio escenario político actual. Aunque con dudas, cierra su exposición con la convicción de que las muchedumbres tienen las claves últimas de la transformación.

Chatterjee, a través de la adecuada articulación organizativa de la obra en torno a un proyecto de dominación en crisis y una resistencia interna erosiva, otorga una verdadera interpretación de conjunto sobre lo político, tanto en la teoría como en la praxis, desde nuevas categorías de análisis tributarias de un discurso fragmentario. Si bien puede generar interrogantes sobre la forma en que se conjugan las categorías de grupos de población, comunidad y sociedad política, y sus propios significados, indudablemente plantea una teorización propia que opta por vías genuinas y permite análisis comparativos del mundo poscolonial. La obra propicia, así, un debate amplio en torno a las posibilidades de modificar las relaciones entre el centro y la periferia, y de dar nuevos significados a la comunidad y al estado moderno. Finalmente, avanza también en la controversia que atraviesa la propia izquierda en la búsqueda de las estrategias de liberación y del mapa interpretativo para lograrlo, en el marco de las prácticas democráticas.

ISIDORO CHERESKY (COMP.), *LAS URNAS Y LA DESCONFIANZA CIUDADANA EN LA DEMOCRACIA ARGENTINA*. ROSARIO, HOMO SAPIENS EDICIONES, 2009, 530 PÁGINAS.

POR FACUNDO SALLES KOBILANSKI  
(UBA - IIGG)

*Las urnas y la desconfianza ciudadana* se inscribe en una línea de análisis político ya ampliamente identificada con las investigaciones de Isidoro Cheresky y su equipo. En esta compilación la apuesta interpretativa se hace en el contexto del proceso electoral del año 2007, aunque también se extiende a la significación del conflicto agropecuario de 2008 para la arena partidaria. El libro está estructurado de la siguiente manera: una primera parte consiste en una discusión teórica y conceptual sobre los efectos de las fluctuaciones en el comportamiento electoral de los ciudadanos y los roles de los partidos políticos. La segunda parte se refiere a la aplicación de esos recursos analíticos a casos subnacionales. En ella la selección de casos responde a una inquietud interpretativa sobre el efecto de las transformaciones partidarias en el marco subnacional, como así también su repercusión en el plano nacional.

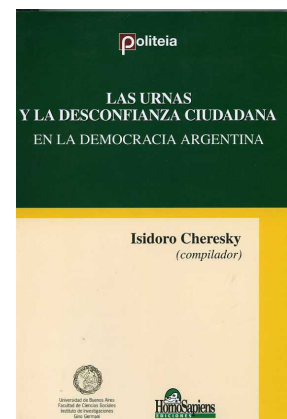
La primera parte compendia una serie de trabajos que retoman el argumento del desalineamiento político en el sistema partidario argentino. ¿Cómo tramitaron los partidos su relación con su entorno, con la organización partidaria y con el gobierno después de la crisis institucional de 2001? Tal parece ser la pregunta que guía a esta primera sección. De esta forma, las lecturas sobre la experiencia del gobierno de Néstor Kirchner sirven para enmarcar las discusiones sobre la transformación de su lugar en el marco de un régimen democrático en crisis, tanto estructural como coyunturalmente. Los cuatro autores que contribuyen en esta sección, a saber, Isidoro Cheresky, Osvaldo Iazetta, Hugo Quiroga y Gerardo Scherlis Perel, discuten qué consecuencias podría tener justamente este gobierno para el sistema de partidos argentinos. Fundamentalmente los ejes de

la discusión pasan por la forma en que los partidos tramitan su adaptación al nuevo escenario de representación política, partiendo de la menor identificación partidaria en la ciudadanía y la promoción de liderazgos no duraderos, sino también en la emergencia de formas de representación de intereses no necesariamente vinculadas a la actividad partidaria, como los movimientos sociales.

Esto ha repercutido, según ellos, en una reorientación organizativa de los partidos políticos argentinos. Relegando su condición de agentes de representación de alineamientos más o menos definidos en la arena política, éstos debaten su viabilidad electoral en la capacidad de acceder a recursos públicos. Resulta interesante destacar en este punto que los autores coinciden en que los desafíos continúan una vez que acceden al gobierno. En esa clave se intentan analizar entonces las nuevas condiciones de gobernabilidad que enfrentó el PJ-FPV durante el primer gobierno kirchnerista, así como también con miras al gobierno de Cristina Fernández de Kirchner.

Los trabajos de la siguiente sección son estudios de caso que intentan evaluar desde contextos subnacionales la eficacia que tuvo la estrategia de reorganización partidaria ensayada por el FPV-PJ desde el gobierno nacional en un contexto de fluctuación de identificación partidaria. Estos nos remiten a escenarios que responden a provincias que se encuentran tanto en lo que Edward Gibson y Ernesto Calvo llaman provincias metropolitanas o periféricas, a saber, Buenos Aires, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Córdoba, Mendoza, Santa Fe y Santiago del Estero. El común denominador de todos estos casos es la alternancia partidaria y la preeminencia en todo el arco político de estrategias coalicionales

con fines electorales por parte de los partidos políticos. A modo de guisa, los trabajos sobre la provincia de Buenos Aires y el conurbano retoman de manera bien clara el argumento central de esta compilación. En todos estos artículos se registra un escenario partidario fragmentado y heterogéneo en el que el liderazgo kirchnerista se desenvuelve como actor pivotal. Valiéndose básicamente de un análisis cualitativo de las estrategias de campaña de partidos locales, estos artículos concuerdan en la preponderancia de un factor de proximidad. La convivencia entre oficialismos locales y nacionales está bien descrita en el capítulo sobre La Matanza. A modo de cierre, es importante destacar la riqueza del trabajo ideográfico de estos artículos, aunque el alcance coyuntural de sus conclusiones pueda convertirse en su peor verdugo.



JOSÉ MAURÍCIO DOMINGUES, *LA MODERNIDAD CONTEMPORÁNEA EN AMÉRICA LATINA*. BUENOS AIRES, SIGLO VEINTIUNO EDITORES - CLACSO COEDICIONES, 2009, 269 PÁGINAS.

POR MARÍA DE LAS NIEVES AGESTA  
(CONICET - UNS)



Analizar la modernidad contemporánea en América Latina desde un punto de vista (*semi*) periférico pero no colonizado es la tarea que ha asumido el sociólogo brasileño José Maurício Domingues en éste, su último libro. Tal desafío impone varias consideraciones de orden conceptual que el autor plantea explícitamente en la introducción y en el transcurso de los capítulos a medida que examina la realidad latinoamericana de manera general y en sus manifestaciones nacionales.

La primera de estas reflexiones, eje de toda la argumentación, se refiere a los contornos que adquiere la modernidad de Latinoamérica en su vinculación con los denominados países centrales. En este sentido, Domingues recupera la división centro-periferia propuesta por la teoría de la dependencia en tanto permite dar cuenta de los diferenciales de poder que atravesaron y atraviesan las relaciones entre los Estados occidentales y las naciones de América Latina en el proceso de constitución de la modernidad. El autor discute, de esta manera, con las posturas contemporáneas que rechazan estas nociones invisibilizando los desequilibrios de poder que caracteriza(ron) los vínculos entre ambas regiones.

Aceptar estos términos del debate no supone renunciar a la especificidad de procesos históricos latinoamericanos. La incorporación del concepto antropológico de *agencia* pretende

justamente problematizar el planteo dicotómico e introducir un factor de dinamicidad que niegue la pasividad de las áreas marginales restituyéndoles su potencial creativo. A diferencia de las concepciones *occidentocéntricas* de carácter evolucionista que conciben a la realidad de Latinoamérica como un reflejo degradado de los países más avanzados, el autor propone una *teoría civilizacional* en la cual la modernidad es entendida como una civilización global y heterogénea que adquiere rasgos propios en cada contexto regional aunque mantiene un horizonte de expectativas compartido.

La continuidad en el imaginario conduce a la segunda reflexión teórica que transita el libro: la persistencia actual de la experiencia moderna en lo que Domingues denomina la “tercera fase” de la modernidad iniciada hace tres décadas. De nuevo, esta propuesta le permite posicionarse de manera crítica frente a las teorías posmodernas y sostener la existencia, no de una época radicalmente diferente, sino de una nueva etapa de la modernidad que impone a las sociedades latinoamericanas tensiones irresueltas. Factores institucionales e imaginarios como la ciudadanía, el Estado y la nacionalidad, el capitalismo, el racismo y la patriarquía se encuentran aún vigentes bajo formatos inéditos o de larga data, suministrando parámetros para la acción en algunos casos, limitando y contradiciendo sus avanzadas modernizadoras en otros.

Cada uno de los capítulos que conforman el cuerpo del texto articula estos argumentos fundamentales con el análisis de tres ejes que cuentan con sus propios recorridos históricos y conceptuales. En “Derecho, derechos y justicia”, las ideas de democracia, ciudadanía y libertad igualitaria son abordadas como *abstracciones reales* que constituyen el horizonte emancipatorio de la modernidad latinoamericana contemporánea, el núcleo del proyecto progresista y el principio movilizador

de las demandas sociales. La tercera fase de la modernidad se caracteriza por la convivencia conflictiva de esta tendencia con el autoritarismo y el neoliberalismo que acentúan la tensión ya existente entre los valores de libertad, igualdad y solidaridad y las fuerzas de dominación y desigualdad presentes en las iniciativas modernizadoras.

La dimensión de la economía política adquiere protagonismo en el segundo capítulo titulado “Desarrollo, globalización y búsqueda de alternativas”. Aquí, Domingues examina las transformaciones sufridas por el proceso económico de América Latina a partir de la crisis del modelo de regulación estatal vigente hasta principios de la década de 1980. La reestructuración de los mercados de trabajo, la reprimarización de la economía, la desigual innovación tecnológica y el desequilibrio entre la producción y el consumo en el marco del neoliberalismo hegemónico son algunos de los elementos centrales de una política económica signada por los intereses del capital internacional y las ofensivas modernizadoras de las clases dominantes locales. El programa democratizador convive así con las situaciones de exclusión, pobreza y desigualdad.

Finalmente, “Identidades y dominación, solidaridad y proyectos” explora el proceso de configuración de subjetividades colectivas heterogéneas en la Latinoamérica contemporánea a partir de los conceptos de familia, género, nación, clase y generación. Sujetos a sucesivos *desencajes*, los individuos y las colectividades lideran estos giros modernizadores descentralizados construyendo una realidad plural y compleja que impone la necesidad de crear formas de solidaridad y de responsabilidad que fortalezcan la cohesión social frente a los problemas de la población latinoamericana.

DANIEL FEIERSTEIN, *EL GENOCIDIO COMO PRÁCTICA SOCIAL. ENTRE EL NAZISMO Y LA EXPERIENCIA ARGENTINA*. BUENOS AIRES, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, 2007 (REIMPRESIÓN 2008), 405 PÁGINAS.

POR CINTIA GONZÁLEZ LEEGSTRÁ  
(CISH / UNLP - CONICET)

En esta obra, Daniel Feierstein realiza un estudio comparativo del genocidio nazi y las prácticas sociales genocidas en la Argentina durante la última dictadura. De esta manera, propone pensar el genocidio como una tecnología de poder que busca reorganizar las relaciones sociales existentes.

El libro consta de tres partes –además de la introducción y la conclusión–, que a su vez están divididas en tres apartados cada una. En la primera, encontramos reflexiones sobre algunas cuestiones teóricas, como la definición de genocidio y la discusión filosófica sobre la diferenciación entre el “ser” y el “hacer” –en tanto el genocidio nazi supondría la persecución de un ser, el ser judío, y el caso argentino la persecución de un hacer, la acción política, idea que Feierstein va a discutir fuertemente.

Según el autor, la sacralización del Holocausto ha llevado a desacralizar otras experiencias sociales que podemos llamar genocidios o prácticas sociales genocidas, sin afirmar por eso que se trate de exactamente lo mismo que el fenómeno nazi.

Feierstein distingue cinco tipos de genocidio: preestatal, constituyente, colonialista, poscolonial y reorganizador. Le interesa analizar específicamente este último, que tiene por objetivo transformar las relaciones sociales hegemónicas en el interior de un estado-nación y que también puede ser llamado genocidio concentracionario.

La segunda parte revisa las distintas interpretaciones sobre el genocidio nazi. En primer lugar, las teorías de la unicidad –*uniqueness*– del fenómeno alemán, que llevan a la incapacidad de comparar con otras experiencias, negando de esta manera la existencia de otros genocidios. Luego, las formulaciones de Enzo Traverso, quien rastrea los antecedentes del fenómeno nazi en las modalidades genocidas del colonialismo europeo de los siglos XIX y XX. Más adelante analiza la discusión sobre la inenarrabilidad del Holocausto, la propuesta de Hayden White de

una voz media –ni activa ni pasiva– para narrar el horror, la distinción de Todorov entre memoria literal y memoria ejemplar, el libro de Arendt sobre el juicio a Eichmann y el de Bauman, “Modernidad y Holocausto”. En el último apartado de la segunda parte, Feierstein distingue seis etapas en el proceso de reformulación de relaciones sociales que se dio en Alemania: la construcción de una otredad negativa, el hostigamiento, el aislamiento, las políticas de debilitamiento sistemático –resquebrajamiento físico, psíquico y selección de algunas víctimas–, el aniquilamiento material y la “realización simbólica” de las prácticas sociales genocidas.

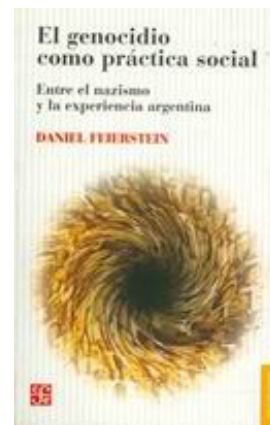
En la tercera y última parte del libro, el autor analiza el caso argentino. En el primer apartado estudia las principales explicaciones que se produjeron sobre los sucesos acaecidos durante la última dictadura. En primer lugar, la versión militar de la “guerra sucia contra la subversión”, que a su vez tiene distintas variantes –no es lo mismo la explicación de Videla y Bignone, más legalista, que la de Camps o Massera, donde la guerra contra la subversión justifica cualquier acción. Luego, la “teoría de los dos demonios” la cual, según Feierstein, representa un intento exitoso de igualación de víctimas y victimarios. También la de la guerra civil, de Juan Carlos Marín, la del estado terrorista, de Luis Eduardo Duhalde y la de sobrevivientes como Pilar Calveiro y Luis Mattini, entre otros autores.

Feierstein rescata las versiones de O'Donnell, Romero, Calveiro y Duhalde, en tanto estos autores diferencian la figura de las víctimas de la de los victimarios, sin por eso “despolitizar” a las víctimas. Y esta clara diferenciación es una de las características principales que el autor valora de la idea de prácticas sociales genocidas.

En el siguiente apartado, son analizados los distintos momentos del genocidio argentino, siguiendo el esquema de las

seis etapas, delineadas anteriormente para el caso alemán. Es importante destacar que Feierstein incluye en la sexta etapa, “realización simbólica”, el discurso del Nunca Más. Cita a Elsa Drucaroff, quien trabajó con las múltiples posibilidades abiertas por el sintagma Nunca Más: al escuchar “Nunca Más” uno puede preguntarse Nunca Más qué. La respuesta implícita sería Nunca Más la lucha por otras relaciones sociales, más justas y solidarias.

Ésta es la tesis de Feierstein, que sostiene en el último apartado sobre la lógica concentracionaria, y en la conclusión. Finalmente, el autor reflexiona sobre la crítica al concepto de genocidio, basado en la idea de que éste supondría la despolitización de los hechos ocurridos. Feierstein afirma que, lejos de despolitizar los hechos que tuvieron lugar en Argentina, esa interpretación supone despolitizar otros genocidios, como el alemán, basándose en explicaciones en términos de fenómenos irracionales.





CLAUDIA FELD Y JESSICA STITES MOR (COMPS.), *EL PASADO QUE MIRAMOS. MEMORIA E IMAGEN ANTE LA HISTORIA RECIENTE*. BUENOS AIRES, PAIDÓS, 2009, 384 PÁGINAS.



*El pasado que miramos* explora algunos aspectos de la historia reciente desde la intersección de los estudios de memoria y los estudios visuales. Este encuentro le otorga gran parte de su riqueza y originalidad. Ante la ausencia de fotografías, filmaciones, en fin, imágenes de la desaparición de personas, los autores de esta obra colectiva afrontan el desafío de mirar el pasado (imaginar) pese a todo.

Los trabajos aquí reunidos comparten una interpretación compleja de las imágenes, equilibrando el estudio de su contenido y los contextos de su creación, uso y preservación. A partir de una definición amplia de imagen, los y las autoras combinan variados registros visuales (fotografía, cine, documental, televisión, artes visuales) con testimonios orales, pruebas judiciales y escritos diversos. La valoración de la agencia de las imágenes -aspectos centrales en los conocidos trabajos de Georges Didi-Huberman, Hans Belting, Thomas Mitchell y Griselda Pollock- es una de las características de los análisis de las re-presentaciones visuales agrupadas en este texto. La pregunta que los une apunta no sólo a aquello que las imágenes muestran de su referente, sino, principalmente, a los modos en que éstas construyen sentidos sobre nuestro pasado en la memoria social.

Prologado por Andreas Huyssen y

con una introducción a cargo de las compiladoras, los capítulos que componen *El pasado que miramos* están organizados en cuatro partes temáticas. En la primera, “*El testimonio y la cámara*”, se analiza la relación entre las construcciones audiovisuales y el relato testimonial en sus versiones filmica y televisiva. Sandra Raggio focaliza su atención en “La Noche de los Lápices” y en el modo en que la película se transformó a partir de sus usos sociales en un testimonio en sí mismo, como si fueran imágenes de archivo. Claudia Feld, por su parte, analiza los distintos modos de representación televisiva de los testimonios sobre la desaparición desde 1984 a la actualidad.

En la segunda parte, “*Política e imágenes: visualizar los setentas*”, Mirta Varela reconstruye distintas configuraciones interpretativas de la masacre de Ezeiza (1973) y por qué en la actualidad este símbolo coloniza la representación de acontecimientos de esa época. En una línea similar, Valeria Manzano examina “Garaje Olimpo” y los modos de imbricación de los ‘70s y los ‘90s en la construcción de este relato sobre el pasado dictatorial. Cerrando este apartado, Lorena Verzero focaliza su lectura en el cine documental como “prótesis de la memoria” en respuesta a demandas sociales actuales.

En la tercera parte, “*Las fronteras de la representación*”, las autoras analizan las estrategias de representación e intervención en la memoria colectiva por parte de cineastas. Jessica Stites Mor sostiene que la metáfora del sur en Solanas condensó la visión sobre el pasado dictatorial y el presente democrático en torno a las nociones de exilio y desplazamiento. De gran utilidad metodológica resultan las advertencias de Carmen Guarini sobre los sentidos que cada imagen utilizada en el cine documental traería consigo al momento de incluirla. A partir de su propia experiencia como cineasta, Guarini problematiza la noción positivista de archivo como una ventana abierta al pasado, la cual congelaría ese pasado al darle el único sentido, y expone diversas estrategias para la construcción de memorias como procesos activos.

POR ANDREA TORRICELLA  
(CONICET - UNMDP)

En la última parte, “*La fotografía como práctica de la memoria*”, Emilio Crenzel reconstruye la historia de las imágenes utilizadas en la investigación de la CONADEP y en el informe *Nunca más*. Crenzel concluye que a pesar de la fuerza constativa de las imágenes al certificar lo que los testimonios afirmaban, su sentido no fue independiente de este marco de exhibición. Con un tono de suspicacia frente al uso social como evidencia de las fotografías, Kerry Bystrom se pregunta por el adormecimiento reflexivo que esta sobreexposición de imágenes provocaría. Para la autora, las apuestas artísticas de León Ferrari y Marcelo Brodsky entorpecen esa lectura obvia e inmediata de las imágenes analógicas forzando al espectador a replantearse lo que está observando, ejercitando una mirada crítica. El último capítulo, a cargo de Ludmila da Silva Catela, se centra en las trayectorias de las imágenes personales de los desaparecidos. A partir de su uso en tres contextos: el espacio doméstico, el cuerpo de las madres en el espacio público y los museos y salas de conmemoración, la autora analiza cómo las imágenes transforman sus sentidos en cuanto cambian de contextos de enunciación.

La pregunta por los usos sociales de las imágenes y la manera de llevarla adelante constituye, a mi entender, un aporte central a los estudios sobre la historia reciente y la historia en general. Además del atractivo y la actualidad social de las temáticas interrogadas, encuentro como mayor aporte de este heterogéneo grupo de trabajos el abordaje de las imágenes visuales como artefactos que poseen una vida (muchas vidas) y tienen la capacidad de trocar sus sentidos y agenciar otros según los contextos en los que se inscriban. *El pasado que miramos* enfatiza la necesidad de un análisis crítico de la experiencia visual en la construcción de la memoria social sobre el pasado.

LUCAS FÉLIX OVEJERO, *INCLUSO UN PUEBLO DE DEMONIOS: DEMOCRACIA, LIBERALISMO, REPUBLICANISMO*. BUENOS AIRES, KATZ EDITORES, 2008, 357 PÁGINAS.

POR LAURA CUCCHI  
(UBA-CONICET)

En este libro, Félix Ovejero analiza exhaustivamente el esqueleto conceptual de distintas propuestas normativas para el diseño de las instituciones democráticas: desde aquellas inspiradas en la tradición republicana que abogan por sistemas de gobierno fuertemente participativos, hasta las versiones más extendidas de democracia liberal de mercado.

El diagnóstico que guía esta exploración es que el deterioro de la cultura cívica, que es señalado frecuentemente como el problema central de las democracias actuales, surge de problemas derivados de las propias instituciones liberales y no de la democracia como sistema de gobierno. En base a esto, Ovejero da cuenta de otro modelo democrático posible, para el cual el conjunto de principios del republicanismo podría servir como guía.

Para argumentar en pos de esta alternativa al dilema entre libertad y democracia propio de la tradición liberal, el autor desmadeja, en las primeras dos partes del libro, los laberintos conceptuales del republicanismo y del liberalismo. En ellos muestra que la desconfianza sustantiva del último frente a la democracia, se contrapone al compromiso profundo de la tradición republicana con este sistema de gobierno. Este vínculo se funda en que, para ésta, los procesos deliberativos se traducen en leyes justas que aseguran la libertad, sólo en la medida en que se garantiza una máxima participación ciudadana.

El autor nos advierte entonces que sólo debemos resignarnos a la versión liberal de la democracia

y a sus problemas, siempre que compartamos su pesimismo antropológico, esto es, si no esperamos nada de los ciudadanos. A este problema dedica la tercera parte de su obra, donde se interroga por la existencia o ausencia de disposiciones cívicas en la ciudadanía. En esta concluye que puede encontrarse un sustrato de virtud que, de establecerse las condiciones para su desarrollo, podría dar lugar a ese otro tipo de democracia fundada en la participación, a una *democracia republicana*.

En la cuarta y última parte, Ovejero se adentra en un territorio estrictamente teórico, donde examina, respectivamente, las fundamentaciones instrumentales, históricas y epistémicas de la democracia, y los límites de cada una de ellas. Muestra allí que las instituciones democráticas pueden encontrar justificación en principios normativos claramente distintos, pero que “sólo el caso epistémico... hace de la democracia la gramática colectiva del ejercicio de la racionalidad práctica” (p. 324), lo que constituye la herramienta para sortear las patologías actuales de esta forma de gobierno.

Esta obra invita al lector a reflexionar en torno de la posibilidad de configurar otro modelo de democracia, alejado del liberal e inspirado por las ideas republicanas de deliberación fundada en la participación ciudadana, y de defensa de la libertad, no ya como freno a las intromisiones como plantea la tradición liberal, sino como ejercicio del autogobierno. Propuesta que se apoya, en



definitiva, en la existencia de ese sustrato de disposiciones cívicas que este autor plantea como condición a desplegar. Por lo provocativo de esta apuesta, así como por su claridad conceptual en la exposición de los intrincados caminos de esas dos tradiciones políticas, *Incluso un pueblo de demonios...* constituye un aporte importante para los debates actuales en torno a los problemas de la democracia moderna.

POR FERNANDO VISSANI  
(UNMDP)



*Política y subjetividad...* es el resultado de diversos trabajos realizados por el equipo de investigación de la Cátedra I de Teoría y Técnica de Grupos de la Facultad de Psicología de la U.B.A. que, al calor de las jornadas del 19 y 20 de diciembre del 2001, se acercó a indagar los imaginarios políticos de algunas de las experiencias de acción colectiva que conformaban ese proceso: cacerolazos, asambleas barriales y fábricas recuperadas.

Los diferentes artículos que componen el libro, de los cuales gran parte de ellos fueron escritos en simultáneo a los hechos, están organizados en tres partes, no sólo por orden cronológico, sino por el objeto de estudio que abordan. La primera reúne siete capítulos que dan cuenta de las experiencias de las asambleas barriales. Dichas asambleas son presentadas como espacios/tiempos caracterizados por la *potencia del vacío* en torno a la consigna “*que se vayan todos*” (y las nuevas formas de política que esto implica), la *fuerza de la diversidad* (de clase, género, edad, etc.), la *radicalidad de la inmediatez* y la *brutal vertiginosidad* con la

cual se conforman. Además, su particularidad está en que inventan o innovan en prácticas políticas cotidianas de diversas formas: apropiándose de algo estatal (ya sean locales o tierras en desuso), autogestionándose y organizándose horizontalmente, entramando nuevas formas de sociabilidad solidaria, etc. Lo público y lo privado pierden su sentido tradicional, las asambleas crean espacios / tiempos ni privados ni estatales sino vecinales y comunitarios.

Sin embargo, la puesta en marcha y la duración de estos espacios colectivos no es sencilla. Las/os autoras/es estudian las constantes tensiones que operan hacia adentro de las asambleas, como aquellas que se dan entre *democracia directa-representativa*, *asambleas-Estado*, *asambleas-organizaciones políticas*, *asambleas-comisiones* o *comedor barrial-olla popular*.

La segunda parte del libro, compuesta por tres capítulos, se centra en las distintas experiencias de fábricas recuperadas. Tomando como referencia el caso de la fábrica Brukman se analiza lo que significó para los/las obreros/as el pasaje de una estrategia de supervivencia (ocupar la fábrica frente a la inminente pérdida de la fuente de trabajo) a nuevas formas políticas como la autogestión (signada por la toma de decisiones en asamblea y la organización de los/as trabajadores/as en comisiones). Estos cambios en las prácticas de las/los obreras/os conllevan un cambio en sus subjetividades, ya sea acerca de cómo se conciben ellos mismos, cómo se organizan e incluso cómo se relacionan con los diferentes actores que participan en la recuperación de la fábrica (desde organizaciones políticas o sociales

hasta los antiguos proveedores). Al igual que en el caso de las asambleas barriales, este cambio en el imaginario político y la invención de nuevas formas de política no es sencillo sino que también presenta tensiones en el interior de las fábricas sin patrón. Tensiones en relación con los distintos grados de compromiso entre los compañeros/as, diferencias ideológico-políticas, entre ilusiones y adversidades, en cuanto a la conformación del nuevo espacio (integrar nuevos socios o asalariados), etc.

Para los autores estas experiencias inventan formas de resistencia a la exclusión social en torno a diferentes dimensiones: *productiva* (producción sin patrones, gerentes ni división del trabajo estricta), *política* (adopción y defensa de la autogestión y la autonomía), *legal* (utilización de las actuales leyes a favor de las fábricas recuperadas, como la formación de cooperativas o la estatización bajo control obrero) y *subjetiva* (relaciones de solidaridad y comunitarias).

En la tercera parte del libro Ana Fernández, retomando los procesos abordados en los capítulos anteriores, analiza las posibilidades de construcción de lógicas colectivas de la multiplicidad, la posibilidad de pensar experiencias que vayan más allá de las políticas de la diferencia.

*Política y subjetividad...* es un libro fundamental a la hora de pensar en las nuevas formas de acciones políticas que emergieron a partir del 19 y 20 de diciembre de 2001. Partiendo de la radicalidad que significa la autonomía de dichos procesos hace hincapié en la necesidad de construir nuevas herramientas teóricas y de investigación que permitan dar cuenta de dichas experiencias frente a la limitación de las categorías políticas clásicas.

SILVIA FINOCCHIO, *LA ESCUELA EN LA HISTORIA ARGENTINA*. BUENOS AIRES, EDHASA, 2009, 211 PÁGINAS.

POR LAURA CRISTINA DEL VALLE  
(UNS)

En medio de lo que se considera el deterioro de la educación con señales tan preocupantes y manifiestas como la falta de lectura y la violencia escolar, la autora se propone realizar en este libro un análisis de la escuela desde otra perspectiva. Así, en *La escuela en la historia argentina* analiza la prensa educativa desde la segunda mitad del siglo XIX hasta la actualidad, utilizando una mirada reflexiva. El interés del trabajo es presentar dichas fuentes como espacios en los que se discutió y hasta se renovó la educación y también como ámbitos desde los cuales se expresaron creencias, se impusieron preferencias sobre materiales para utilizar en las aulas y modelos de enseñanza, y hasta se establecieron relaciones con las culturas política, religiosa, académica, etc. En este sentido, la hipótesis de la autora es que en la actualidad, ese imaginario pedagógico que se construye a partir de las revistas periódicas de educación que adquieren los docentes, y que llamará de “consejos pedagógicos”, está ganando la batalla frente al ámbito académico de la educación y el de las políticas públicas.

Para contextualizar el análisis de las publicaciones educativas, las ubica dentro del género revista considerando que, dadas sus características, remiten a la propia vida moderna por su información, por su periodicidad, por lo rápido de su lectura, y porque la expansión de su circulación hizo posible el acceso de diversos públicos a sus páginas. Esta circunstancia las hizo poseedoras de un carácter democrático y plural por los intercambios, las opiniones y las discusiones que generaban y que permitían. En Argentina, la prensa educativa fue alentada desde el siglo XIX y también se difundieron revistas de otros lugares del mundo a través de publicaciones como *El Monitor de la Educación Común*,

órgano del Consejo Nacional de Educación. En este sentido, es interesante destacar que desde el siglo XIX hasta la actualidad, el Estado intervino sosteniendo sus publicaciones educativas a lo largo del tiempo.

Entre los siglos XIX y XX la autora destaca la existencia de trescientas cincuenta revistas educativas, lo cual le permite establecer una periodización a partir de los propósitos que persiguieron quienes las publicaron. Sumado a esto, pudo clasificar diferentes tipos de revistas en función de si se trataba de publicaciones sobre el sistema educativo y las instituciones escolares; si eran para docentes; o para un tipo particular de educación (pública, privada, etc.); o para el apoyo y la inclusión educativa; si eran de educación no formal; o si pertenecían al campo de la pedagogía o de las ciencias de la educación.

El análisis de los *Anales de la Educación Común*, publicados desde 1858, desmitifica la creencia de que la historia de la educación escolar argentina comenzó en el siglo XIX y que tuvo como figura clave a Sarmiento. Lo nuevo fue el sistema educativo, la educación y las escuelas existían desde antes, y en esa construcción es paradigmático *El Monitor de la Educación Común* porque, desde 1881, mostró a los lectores (sobre todo a inspectores y funcionarios escolares) cómo debía organizarse ese sistema.

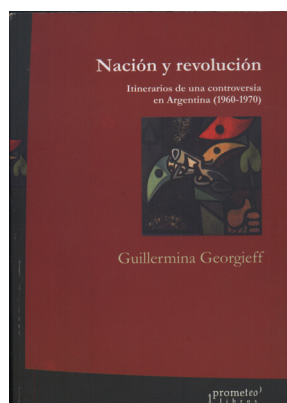
A lo largo de tres capítulos, la autora analiza minuciosamente las revistas hasta la actualidad y las caracteriza aún con los subtítulos que presenta y que contextualizan las miradas reflexivas que propone sobre cada una de las publicaciones. La periodización que establece se organiza en función de las revistas del siglo XIX (capítulo 3), las de la primera mitad del siglo XX (capítulo



4) y las de la segunda mitad del siglo XX (capítulo 5).

Resulta impactante el nombre del último capítulo, “Hacia el nuevo siglo”, porque luego de mencionar que comienza con la mayor crisis política y social que haya vivido la Argentina, analiza las revistas oficiales que comenzaron a editarse desde el 2000 y las revistas de consejos pedagógicos publicadas por la editorial bahiense EDIBA. Un análisis minucioso del pacto entre estas últimas y sus lectores le permite establecer que dichas publicaciones brindan recetas para la práctica diaria a la vez que ofrecen un vocabulario para el “yo docente”; y además la llevan a sostener su hipótesis inicial respecto de que los editores y los lectores de esas revistas de consejos pedagógicos son quienes están ganando la batalla por el imaginario pedagógico en Argentina.

POR ROBERTO LUIS TORTORELLA  
(CONICET- UNMDP)



Dentro del extenso archivo filiable con el género del ensayo de interpretación nacional en la historia de las ideas en Argentina, Georgieff propone en su estudio un análisis cuya especificidad está ajustadamente delimitada. Una primera ribera se encuentra en el recorrido que la tematización de la cuestión nacional ha tenido en el pensamiento de las distintas tradiciones culturales y políticas de las izquierdas. La segunda es situacional y remite a un módulo epocal al que la academia ha ido insuflándole una corporeidad conceptual cada vez más definida en las últimas décadas; esto es, los años '60 de la pasada centuria. Los fundamentos últimos de este recorte se encuentran, por un lado, en la preocupación sobre la difundida percepción según la cual las izquierdas se volcaron inéditamente al tema nacional durante la etapa inaugurada con la caída del peronismo y, por otro, en el propósito de la autora de situar históricamente la cuestión en función de encontrar las razones que explican la intensidad y la fijeza de aquella imagen. Con el problema así definido, Georgieff señala como factor explicativo decisivo el diálogo entre marxismo y nacionalismo ocurrido en virtud de los reposicionamientos políticos e ideológicos instados por la cuestión peronista y por la reverberación producida por el tercermundismo, el conflicto chino-soviético, la revolución cubana y la renovación del pensamiento marxista en el continente

europeo. El *corpus* de fuentes está constituido por la obra más saliente de un heterogéneo conjunto de intelectuales y militantes políticos cuyas perspectivas se juzgan tan modélicas como representativas del campo de las izquierdas argentinas de los '60. No obstante, en *Nación y revolución* el primado se encuentra menos en establecer la variedad de las especies interpretativas ofrecidas en torno del objeto "nación" que en sostener como postulado una serie de convergencias ecuménicas: la disposición revisionista de la historia nacional, el talante antiimperialista, el latinoamericanismo y la apelación a la noción de "pueblo" como categoría definitoria de un sujeto colectivo de identificación.

El capítulo inicial revista la discusión sobre la nación en el interior del marxismo desde el siglo XIX, partiendo de las concepciones originales de Marx y Engels y llegando hasta la polémica entre Nairn y Hobsbawm, sin omitir reseñar mojones señeros del debate instituidos en las figuras de Bauer, Stalin, Lenin y Gramsci para el viejo continente, y en las de Justo, Ingenieros, Mariátegui, Mao Tse Tung y Guevara respecto de la recepción y producción sobre este tema en espacios de la periferia capitalista. La sección siguiente, complementaria de la anterior, focaliza en la formación de un "campo nacional-revolucionario" en Argentina en los '60 como producto de la crisis política y del concomitante proceso de radicalización en el que se vieron incursas franjas de la militancia partidaria, el sindicalismo, el catolicismo y el campo cultural. La difusión del marxismo y la peronización de amplios sectores sociales acompañan la constitución de una "nueva izquierda" y la consolidación de una izquierda peronista, lo que habilita fluencias recíprocas.

De aquí en adelante, Georgieff concentra el esfuerzo analítico en el abordaje del problema nacional

en la obra de los intelectuales seleccionados. Así, los capítulos III y IV establecen la centralidad del discurso histórico en virtud de una concepción que ubicaba a la memoria colectiva como capital de disputa y a la historia como vía privilegiada en orden a definir la singularidad argentina. El común pilar marxista y el diagnóstico compartido de la ausencia de una nación moderna consumada no ocultaban el carácter performativo de la querella, naturaleza que se vislumbraba en las disparidades proyectivas en relación con el tipo de revolución a realizar. Esta preceptiva regulaba también las elaboraciones sobre el "otro explicativo" del malestar nacional: el imperialismo (capítulo V), fenómeno cuya definición como hecho externo o interno a la nación sentenciaba la contienda entre revolución nacional y revolución socialista y la potencialidad de una alianza con fracciones burguesas. Indisolublemente ligado al antiimperialismo se reinstaló el horizonte de la unidad latinoamericana (capítulo VI), sea como la superación de una "balcanización" operada sobre una comunidad cultural preexistente, sea como estrategia de liberación nacional y social, matizando la potencia eurocéntrica del marco categorial de la reflexión sobre la nación. Finalmente, esta última valoración incluye en Georgieff al concepto "pueblo", "debilitado" y reformateado en una noción abierta e historizada que listaba como sinónimo de "nación", constatadas las dificultades de intelección exclusivamente clasista de la sociedad local. Empero, la obcecada pervivencia del antagonismo peronismo-antiperonismo resultaría un obstáculo inexpugnable para las empresas de síntesis de marxismo y nacionalismo popular.

AMY GUTMAN, *LA IDENTIDAD EN DEMOCRACIA*, BUENOS AIRES, KATZ EDITORES, 2008, 307 PÁGINAS.

POR ANA LEONOR ROMERO  
(RAVIGNANI, UBA - CONICET)

Como fuerza motora, la igualdad definió las características de la expansión y de la práctica democrática. Su tensión con la noción de libertad individual organizó parte de la reflexión teórica sobre sus posibilidades reales de concreción. ¿Cómo asegurar la libertad y la igualdad para todas las personas? ¿Cómo preservar los derechos de las minorías frente a los dictados de la mayoría? Estos dilemas irrumpieron en el debate público luego de que la crisis epistemológica de principios de los 70, y la actuación de los denominados nuevos movimientos sociales impugnaran el modelo democrático basado sólo en la mayoría. Frente a este desafío, distintas innovaciones teóricas normativas promovieron una nueva comprensión de la práctica democrática y el análisis de la relación entre los diseños institucionales, el modo de participación de los sujetos y sus valores en la política.

En esta línea, Amy Gutman -quien desarrolló propuestas normativas de democracia deliberativa- debate en *La identidad en democracia* sobre el papel de los grupos identitarios en la práctica democrática. La libre asociación posibilita a los sujetos concretar sus intereses; no obstante también propicia la formación de grupos, como los identitarios, con reclamos diferenciales que impactan en el diseño de una política igualitaria. La autora atiende al papel de estos grupos -específicamente de los organizados y no gubernamentales- cuyo peso político aumentó en las últimas décadas. Al nuclear a las personas de acuerdo a como se definen, conllevan aparejada una carga de expectativas atribuidas a sus miembros y a sus comportamientos. En general, el debate público y académico forma sus juicios de valor discerniendo sobre el carácter moral

de estas expectativas.

Desde un enfoque político, la autora postula que estos grupos no son buenos o malos en sí mismos; no son fuente última de valor para la práctica democrática. Propone juzgarlos por su utilidad en la democracia -entendida aquí como un concepto de ética política que designa el compromiso público de tratar a los individuos como agentes éticos- la que debe asegurar a todas las personas, sin distinción de su adscripción identitaria, la libertad y la igualdad civil. Gutman postula tres principios fundamentales de una democracia justa: igualdad ante la ley, igualdad de libertades e igualdad de oportunidades, como parámetro fundante para ponderar los grupos y como criterio para el accionar del Estado democrático.

A partir de estos principios, despliega un análisis crítico de los argumentos de los defensores y detractores de los grupos identitarios para bosquejar las zonas de conflicto político y ético en la toma de decisiones del Estado. Cada uno de los cuatro grupos que clasifica -culturales, voluntarios, adscriptivos y religiosos- reúne un conjunto de debates éticos propios, surgidos de su presencia en el accionar político.

En el capítulo uno desmonta las polémicas alrededor de las demandas realizadas por los grupos culturales. Entendidos como los que son portadores de un modo de vida abarcador, le proporcionan al sujeto, miembro a su vez del estado democrático, un contexto de elección. Cuando las opciones ofrecidas por el grupo cultural entran en contradicción con las del estado democrático, queda afectada tanto la posibilidad de toma de decisión del sujeto como la soberanía del Estado. En el capítulo dos, en el caso de los grupos de



adscripción voluntaria, enfoca otra zona conflictiva que emerge del derecho de éstos de excluir. El dilema planteado -cómo congeniar el ejercicio de libertad de quien es excluido con el derecho a excluir- es resuelto por Gutman al dilucidar el papel que debe cumplir el estado democrático. Si la asociación distribuye un bien público no puede excluir, y por lo tanto el Estado no debe fomentarla.

En los capítulos tres y cuatro examina las dificultades que se presentan a partir del accionar de los grupos de adscripción -aquellos basados en características no optativas de los sujetos- y los religiosos: aquellos que presentan objeciones de conciencia. Al cuestionar políticas estatales, para combatir la discriminación u objetarlas por sus creencias, motivan la movilización y el debate político. Para ambos grupos, la autora subraya la importancia de evaluar el contexto de acción y su compromiso ético: cómo modifican las políticas del Estado y también cuáles son sus posiciones para lograr una mejor justicia democrática.

El libro reincorpora la mirada política a un problema generalmente abordado éticamente; habilitando la comprensión del lugar de los valores en la práctica democrática.

ROY HORA, *LOS ESTANCIEROS CONTRA EL ESTADO. LA LIGA AGRARIA Y LA FORMACIÓN DEL RURALISMO POLÍTICO EN LA ARGENTINA*. BUENOS AIRES, SIGLO XXI, 2009, 216 PÁGINAS.

POR JUAN LUIS MARTIRÉN  
(CONICET – FLACSO- UNICEN).



Que la elite terrateniente pampeana ocupó uno de los sectores más altos en la economía argentina durante el auge del modelo agroexportador es una hipótesis que nadie se atrevería a discutir. Sin embargo, el panorama se torna diferente a la hora de analizar el peso político real que estos actores tuvieron en ese período, puesto que esa incidencia en el plano económico y social no parece haber tenido una gravitación similar en sede política. En tal sentido, el libro de Roy Hora constituye un interesante avance sobre esta cuestión - poco transitada en el campo académico- analizando en filigrana el verdadero papel que tuvieron las representaciones políticas de estos actores y los vaivenes que caracterizaron su relación con el Estado en los años que transcurren entre las presidencias de Roca e Yrigoyen. El período de estudio resulta asimismo por demás sugerente tanto porque incluye la consolidación institucional del Estado y de una clase política profesional, cuanto

también coincide con la definitiva incorporación de las masas a la vida política argentina. De modo que en pos de este objetivo el autor indaga sobre el programa ruralista que pasó a encauzar las ideas de estos actores y su accionar en el mundo político. Para ello elige la emergencia y el derrotero de la Liga Agraria –órgano político de esa clase terrateniente- como prisma que permita desentrañar sus concepciones sobre la política, la clase dirigente y el Estado.

Con un completo desarrollo de la coyuntura económica y política como trasfondo, Hora analiza las razones que llevaron a los estancieros a conformar una organización política que les permitiese “establecer un nuevo tipo de lazo entre el Estado y la clase terrateniente”. Partiendo de la negativa concepción que sus miembros tenían de la clase dirigente surgida al calor de la consolidación institucional del Estado -sobre todo del autonomismo bonaerense-, a quienes consideraban verdaderos arribistas que se aprovechaban de las rentas de la sociedad, la Liga Agraria buscó a partir de variadas estrategias insertarse en las estructuras institucionales de la provincia de Buenos Aires –donde radicaba su principal peso económico- y del Estado nacional. Así muestra Hora cómo se fue produciendo una articulación de alianzas con la intención de evitar el papel marginal que ocuparían en caso de lanzarse de forma unitaria al campo electoral. Más allá del plano electoral, Hora también atiende a las desavenencias surgidas en su propio seno, producto de las orientaciones que debía tomar la Liga y de la configuración de la trama de alianzas surgidas al calor de su devenir en el campo político. Otro punto por demás interesante que remarca el autor es la posición que los liguistas tenían sobre el régimen electoral,

al cual, paradójicamente preferían ampliar, probablemente con el objetivo cortoplacista de liberarse de “las maquinarias políticas oligárquicas”. En ese contexto, el autor desarrolla en detalle una estrategia de inserción en este plano: la constitución de un partido político, el Partido Demócrata, que con el beneplácito de la Sociedad Rural –un actor que en muchos casos concordaría con los liguistas, pero siempre desde una posición más neutral-, tendría su bautismo electoral en los comicios nacionales de 1902, aunque con resultados abiertamente negativos. Esta situación, destaca Hora, habría de revelar su incapacidad para redefinir su programa político, alimentada al mismo tiempo por la consolidación del Partido Conservador como fuerza hegemónica. La simpatía que la Liga manifestó por el proyecto electoral de Sáenz Peña, demostraba su convencimiento de que el verdadero problema del sistema estaba en la competencia entre las distintas máquinas electorales, de modo que no resultaría extraño el apoyo otorgado al radicalismo bonaerense en las elecciones de 1916. Un apoyo que al cabo de unos pocos años terminaría por dilucidarse cuando los liguistas se convencieron de que los peligros del Estado democrático no afectaban sólo aquellas cuestiones que criticaban del régimen oligárquico, sino que también comenzaba a alterar otras consideradas ‘intocables’, como el sistema de derechos de propiedad. En fin, la obra de Roy Hora viene a cubrir un hiato historiográfico de manera inteligente, precisa y con un interesante manejo de fuentes, que la vuelve imprescindible para quienes investiguen la temática.

DOMINICK LACAPRA, *HISTORIA Y MEMORIA DESPUÉS DE AUSCHWITZ*. BUENOS AIRES, PROMETEO, 2009, 239 PÁGINAS.

POR SANTIAGO CUETO RÚA  
(CISH, UNLP - CONICET)

Este libro está conformado por una serie de ensayos que no pretenden constituir una teoría sino que abordan, desde distintas perspectivas y en diálogo con diversos interlocutores, un conjunto de problemas ligados a la memoria y la historia del Holocausto. La guía de estas intervenciones está dada, en términos disciplinares, por la articulación entre historia y psicoanálisis; y en términos políticos, por la discusión con aquellos autores que consideran “patológica” la preocupación por el pasado.

LaCapra propone vincular historia y memoria de un modo que no los considere como términos opuestos ni idénticos. La memoria es una fuente de la historia y ésta pone a prueba a la primera. Se las concibe como suplementarias y capaces de cuestionarse mutuamente sin clausurar de modo definitivo lo que cada una le debe a la otra. Por otro lado, el autor cuestiona los posicionamientos cómodos y seguros de algunos historiadores y propone elaborar una posición compleja que desande el camino de la victimización de los protagonistas de los procesos estudiados.

En el segundo ensayo hay un intento por demostrar que los conceptos centrales del psicoanálisis (transferencia, resistencia, negación, represión, pasaje al acto y elaboración) atraviesan la oposición binaria individuo/sociedad y son potencialmente aplicables a fenómenos colectivos. El autor analiza de modo crítico el uso de términos psicoanalíticos (en especial el duelo, la negación, la regresión, y lo reprimido) por parte de los académicos que en 1986 protagonizaron el “Debate de los historiadores” (entre los que destacan enfrentados Habermas y Nolte). En este punto sostiene que es necesario mantener una articulación tensa entre la distancia respecto del pasado (mediante la elaboración) y la reiteración traumática de las

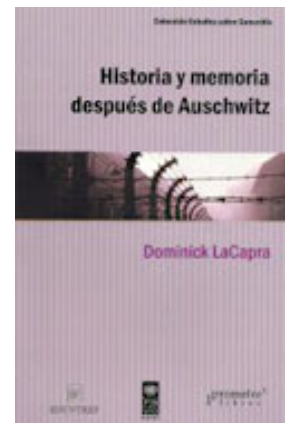
experiencias vividas (ancladas en el pasaje al acto). Al mismo tiempo considera necesario enfrentar los traumas y realizar los duelos posibles. En el tercer capítulo LaCapra propone una relectura de *La caída* de Albert Camus en diálogo con otros críticos literarios, con quienes discute acerca de los posicionamientos del escritor francés sobre el Holocausto y la guerra de Argelia. El análisis se realiza, en primer lugar, a partir de los vínculos tensos, no lineales, entre el autor y el protagonista de su libro. En segundo lugar, a través del modo de narración, la identidad del narrador y la elaboración de interlocutores. Por último, el autor cuestiona los posicionamientos intermedios, “anti políticamente correctos”, de Camus respecto del conflicto franco-argelino.

El cuarto ensayo consta de un análisis de *Shoah*, el film de Claude Lanzmann, y de las intervenciones autocomprensivas del director. En primer lugar, se somete a discusión si el film es una ficción o un documental; y en segundo término, el rol del arte, su autonomía y su vínculo con la historia. Vinculado a esto último y ligado a la presencia del trauma, LaCapra indaga en una afirmación de Lanzmann: el Holocausto no tiene un *porqué* (de allí que el film se dedique a indagar y recuperar el *cómo*). Otro de los tópicos que dispara el film es si el Holocausto es un producto legítimo de la historia de occidente o si se trata de un hecho cuya naturaleza es única, puramente disyuntiva e incomprensible. Para cerrar, LaCapra cuestiona las representaciones absolutas entre víctimas y victimarios, con la ausencia de la “zona gris” señalada por Primo Levi.

En el capítulo quinto LaCapra analiza la historietita *Maus*, de Art Spiegelman y destaca entre sus virtudes la combinación crítica de un elemento histórico (el Holocausto), uno etnográfico (la cultura judía

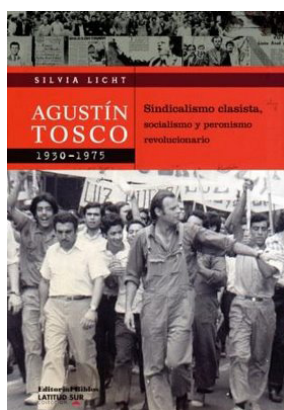
de los sobrevivientes) y otro autobiográfico (los protagonistas del *comic* son el autor y su familia, entre los que se destaca su padre, sobreviviente de los campos nazis). LaCapra reflexiona sobre el género de la historietita al cual su autor coloca fuera del binomio ficción/no ficción y, a su vez, en tensión con el clivaje cultura de masas/cultura de elites. Por último, el ensayo ofrece, a través de la comparación con otras narraciones, un análisis de las memorias y los olvidos del relato sobre el Holocausto que *Maus* propone.

El libro se cierra con una reflexión en torno al duelo y la melancolía pensados como conceptos cruciales a la hora de articular historia y memoria de hechos traumáticos. En este sentido, el autor hace una apuesta por el duelo como forma preferible de vincularse con el pasado y para ello resulta indispensable la articulación individual del trabajo sobre el trauma con una labor colectiva, tarea para la cual el psicoanálisis está llamado a tener un rol determinante.





POR ANA ELISA ARRIAGA  
(UNC - CONICET)



En ocasión de cumplirse 40 años del Cordobazo la autora de este libro hace su segunda incursión en el oficio de historiar (la primera en *Agustín Tosco y Susana Funes, historia de una pasión militante...*) emprendiendo ahora la tarea de biografiar a quien fuera uno de los principales referentes de ese acontecimiento, el líder sindical Agustín Tosco (1930-1975). La intención del trabajo es transitar la historia de la resistencia de los trabajadores argentinos bajo la convicción expresa de que la trascendencia de Tosco como “dirigente revolucionario” debe entenderse como el emergente de las relaciones de producción que mueven a la sociedad. La motivación subyacente es comprender un contexto político en plena ebullición en el que Tosco y su estrategia política “de unidad en la lucha” aparecerían como el puente entre

las distintas corrientes militantes –sindicalismo clasista, socialismo y peronismo revolucionario– y sus disputas respecto de cómo transformar la sociedad capitalista en una socialista.

El libro consta de tres capítulos. *El origen* comienza con el golpe de 1930, año del nacimiento de Tosco, y culmina con la crisis del gobierno de Arturo Illia presentada en una suerte de paralelo a la crisis matrimonial de Tosco con Nélida Bounyan. La segunda parte, *La revolución que viene*, recorre desde el golpe de Onganía hasta el estallido social conocido como Viborazo, en 1971, a raíz del cual el líder sindical va a ser encarcelado por un largo período, primero en el penal de Devoto y luego en Rawson. Finalmente el último capítulo, *De la primavera a la tragedia*, narra la creciente popularidad de Tosco, su colaboración en la fuga de Rawson, su opción por la vía democrática al socialismo, el retorno de Perón y su opción por la derecha del movimiento, la destitución del gobierno popular en Córdoba y la violenta persecución política. El texto culmina en un registro intimista de la etapa de Tosco en la clandestinidad hasta su inesperada muerte en noviembre de 1975. Desde esta opción narrativa, que prioriza una crónica político institucional, cuesta encontrar la sutura entre el recorrido biográfico y los procesos históricos, donde la vida de Tosco –sobre todo su intimidad– no siempre parece tener relación significativa con el telón de fondo elegido como contexto.

La obra se sustenta en el uso de fuentes editadas, inéditas y testimoniales cuyo uso a lo largo del relato es dispar y ecléctico. Es quizá este aspecto el que paradójicamente nos pone frente al que creo es su principal aporte y también su debilidad. Pues el corpus documental central

del libro consiste en una serie de cartas personales que Tosco le escribiera a su segunda pareja y compañera de militancia Susana Funes, coincidiendo con distintos periodos de reclusión a raíz de su actividad política entre 1969 y 1972. Estos documentos –que forman parte de una colección privada de la autora–, son muy ricos en sí mismos e iluminan nuevas interpretaciones sobre otras fuentes disponibles, pues aparecen a la manera de un trasfondo en el que Tosco muchas veces expone tanto sus dudas y dilemas, como las intenciones de sus pronunciamientos públicos. Ante estos escritos que indudablemente dan cuenta de un admirable compromiso militante en el que se juegan tensiones de su vida espiritual e íntima, la autora no logra escapar a cierta espectacularización de la intimidad del protagonista. Por otra parte, a excepción de las cartas mencionadas, no se indica la referencia precisa de los documentos transcritos. Así, al desatenderse el contexto específico en el que fueron producidos los documentos, encontramos interpretaciones si no forzadas al menos poco argumentadas. Los testimonios en su mayoría vienen a ilustrar el clima de la época, aunque no siempre es clara para el lector la relación del entrevistado con el protagonista de la obra.

En resumen, en el marco de un relato histórico conocido, en este libro se encontrará una fuente en la que Agustín Tosco habla desde y para su intimidad, permitiendo al lector acceder al proceso de lucha social y radicalización política de los años '60 y '70 desde una dimensión diferente, profundamente humana.

MIRANDA LIDA Y DIEGO MAURO (COORDS.), *CATOLICISMO Y SOCIEDAD DE MASAS EN ARGENTINA: 1900-1950*. ROSARIO, PROHISTORIA EDICIONES, 2009, 186 PÁGINAS.

POR JOSÉ A. ZANCA  
(UDESA – CONICET)

Ya es redundante señalar el crecimiento del campo de estudios sobre la historia del catolicismo, la iglesia y las religiones en Argentina. Podemos hablar hoy de una nueva agenda de preguntas que, sin renegar de los trabajos fundadores, busca comprender en forma integral la expansión y complejidad del fenómeno religioso. Si originalmente el interés se volcó al estudio de la iglesia como actor político, hoy la historiografía se inclina a preguntas que giran en torno a las formas de apropiación de su discurso, a su influencia social, y a su capacidad de convertirse en un agente movilizador.

En este caso, una compilación refleja los aportes del encuentro *Catolicismo y sociedad de masas en la Argentina de la primera mitad del siglo XX* realizado a fines de 2008 en la Universidad de San Martín. Los coordinadores, Miranda Lida y Diego Mauro, han reunido un conjunto de artículos que exponen las líneas más recientes sobre la historia social del catolicismo en Argentina. Se trata de trabajos que en su mayoría están en curso, pero que dejan en claro la potencialidad y futuro de este rango de estudios. Si bien el motivo central es el mismo – el crecimiento exponencial de la presencia católica en la primera mitad del siglo pasado – cada uno de los textos brinda respuestas a diversos problemas.

La compilación incluye el ya clásico “Católicos en movimiento” de Luis Alberto Romero. La madurez del campo se revela en la reedición de este texto que, con diez años, ya se ha convertido en una verdadera cantera en la que puede encontrarse un modo de leer las fuentes, de interpretar los movimientos de los actores y de vincular las mutaciones intraeclesiales con el desenvolvimiento más general de la sociedad. A partir de la mirada enfocada en un barrio porteño, Romero despliega un calidoscopio de imágenes vinculadas al surgimiento de la sociedad de masas, la transformación urbana y la vida de los barrios.

El trabajo de Miranda Lida expone líneas programáticas para toda la compilación, basadas en un cuestionamiento a pensar la década de 1930 como bisagra absoluta de las mutaciones eclesiales. A partir del análisis de la organización y despliegue de un catolicismo que ya había ganado la calle en las primeras décadas del siglo, su texto explica de manera contundente que el “catolicismo de masas” es un fenómeno detectable con anterioridad, paralelo a la constitución de una cultura de masas y a la modernización de la ciudad de Buenos Aires.

Un culto en particular – la devoción a la virgen de Guadalupe en Santa Fe – es tema del trabajo de Diego Mauro. Su mirada deja claro que la “masificación”

del catolicismo modificó e introyectó una lógica novedosa y no del todo controlada por la institución. La presencia pública de los católicos explica, en buena medida, la radicalización del anticlericalismo del Partido Demócrata Progresista y la politización del culto a Guadalupe en los años veinte. A su vez, expresa la polisemia que adquiere la festividad: ocasión de encuentro, ámbito de diversión, excusa para la recreación, todos motivos que coinciden, sólo en forma muy marginal, con los intereses o sentidos que aspiraba a imponer la iglesia.

Los artículos de Ana María T. Rodríguez y Jessica Blanco pueden leerse en paralelo. Ambos vienen a modificar nuestra mirada sobre el aspecto “retardatario” y “tradicionalista” que habrían cumplido las organizaciones del catolicismo en los años treinta. Para Rodríguez la iglesia opera como un agente modernizador, rompiendo implícitamente un arraigado – aunque ya perimido – concepto de secularización que, a partir de una simple ecuación, asumía en forma lineal y evolutiva que las luces de la modernidad debían desplegarse necesariamente con el ensombrecimiento de lo religioso. Lejos de esta posición, Rodríguez nos muestra una iglesia que es parte de la construcción del orden político en el territorio de La Pampa. Jessica Blanco se propone, a partir del caso de la Acción Católica de Córdoba, mostrar las discontinuidades del modelo de “reconquista” de los años treinta en una sociedad donde el catolicismo no había perdido posiciones y, por ende, poco tenía que reconquistar. A partir de este prisma, las organizaciones laicas se presentan en su trabajo como intermediarias entre la sociedad y el Estado, como verdaderas escuelas de ciudadanía en las que los miembros aprenden a participar, peticionar, ser parte de una estructura colectiva con reglas y disputas internas que deben ser resueltas a través de mecanismos más o menos consensuados.

Los trabajos de Gustavo Andrés Ludueña y Lucía Santos Lepera apuntan a comprender el rol de las organizaciones eclesiales como integradoras de distintos segmentos sociales. En el caso de Ludueña, la obra de los benedictinos le permite analizar cómo las órdenes se capilarizaron para integrar a disímiles grupos a partir de una matriz organizativa común. La figura de Manuel Azcárate es clave para vislumbrar este despliegue, dado su papel como intermediario, difusor y organizador de los emprendimientos de la orden en Argentina. Por su parte, Santos Lepera vuelve sobre el caso tucumano para mostrar cómo la Acción Católica juega un rol ambivalente a

la hora de construir identidades. El ejemplo del *Centro de Hombres de San Pablo* exhibe la reproducción de las jerarquías sociales propias de una cultura – desplegada en las proximidades de los ingenios azucareros – que en muchos sentidos se vio menos afectada por la mutación eclesial del siglo XIX. Una estructura donde las familias siguen jugando un rol tan importante muestra que el papel disruptivo de la Acción Católica respecto de las tradiciones previas no fue tan fuerte en todas las regiones de la geografía argentina. Sin embargo, en forma análoga a la duplicación de jerarquías paternalistas, las organizaciones crearon escalas novedosas – paralelas y no conflictivas con el pasado – de evaluación social, ámbitos singulares en los cuales los sujetos construyeron identidades potencialmente autónomas.

Finalmente, el trabajo de Natalia Arce reúne una agenda de preguntas que, sin duda, exhiben la orientación que adquiere este campo. Sus interrogantes se resumen en una pregunta que en su sencillez despliega su relevancia: ¿Qué significaba ser católico en los años en que la sociedad de masas se cristalizó? Arce propone recorrer esa amplia franja de prácticas y símbolos que se encuentran entre los deseos y cursos de la jerarquía católica y las miles de expresiones religiosas de la sociedad. Se trata de saber qué sentido adquiere lo religioso – y en particular lo católico – fuera de los confines de lo institucional.

Los trabajos reunidos en esta compilación auguran una nueva frontera por recorrer en los estudios de la historia religiosa en Argentina. Sin duda, deben complementarse con otras líneas que incluyen la historia de las ideas, y la igualmente importante historia institucional de la iglesia. Pero lo cierto es que en el futuro de estas investigaciones se encuentra la posibilidad de entender las mil formas en que lo religioso ha dejado huellas de su presencia en nuestra sociedad.



JULIO CESAR MELON PIRRO, *EL PERONISMO DESPUÉS DEL PERONISMO. RESISTENCIA, SINDICALISMO Y POLÍTICA LUEGO DEL 55*. BUENOS AIRES, SIGLO XXI, 2009, 288 PÁGINAS.

POR JOSÉ B. MARCILESE  
(UNS - CONICET)



En *El peronismo después del peronismo*, Julio Melon Pirro incursiona en el estudio de la dinámica política del peronismo desde del golpe militar de 1955 hasta el proceso electoral que culmina con la elección presidencial de 1958. La tesis que recorre el libro revela que el peronismo se caracterizó durante ese período por la presencia de sectores que impulsan la “resistencia” violenta, conjuntamente con grupos sindicales interesados en la defensa de sus intereses sectoriales y diversos actores políticos que buscaron construir sus propios espacios de decisión, llegando incluso a cuestionar el liderazgo de Perón en el exilio.

En ocasiones, como advierte el autor, estos aspectos fueron considerados por la historiografía precedente, aunque sin establecer una correcta articulación de sus respectivas dinámicas, una tarea pendiente que Melon Pirro resuelve en su trabajo. Éste presta especial atención al análisis de las “líneas de poder presentes en el interior del peronismo” (p.16), que interrelacionan a los diversos componentes del movimiento y a su líder exiliado.

El trabajo consta de ocho capítulos estructurados en tres partes. La

primera analiza la etapa que precede al golpe militar de septiembre de 1955 y los meses iniciales del nuevo gobierno, durante los cuales los niveles de represión hacia el peronismo proscripto no habían alcanzado aún la intensidad de los años posteriores. La segunda parte, compuesta por los capítulos dos y tres, considera las estrategias, los actores y las acciones que se conformaron en torno a la resistencia peronista, fluctuantes desde acciones de sabotaje en espacios fabriles hasta el fallido movimiento contrarrevolucionario de junio de 1956.

La tercera parte se extiende a lo largo de cuatro capítulos que tienen como eje el proceso que recorre el peronismo desde una posición de irreductible y combativa oposición a una reinserción electoral con el *frondizismo*. Dentro de esta sección, el capítulo cuarto considera el proceso por el cual las diversas fuerzas políticas, incluida el peronismo, afrontaron el proceso de normalización electoral que culminó con los comicios de julio de 1957, así como también los lineamientos que el gobierno militar dispuso en relación con la elección. El siguiente capítulo analiza los planteos que Perón formula desde el exilio a los referentes locales del peronismo. En este punto, el autor examina la correspondencia intercambiada, focalizándose en la recepción que las directivas del líder exiliado tuvieron en el medio local.

El capítulo seis aborda el estudio del heterogéneo conjunto de publicaciones que se generaron luego de 1955 y su relación con el movimiento proscripto, considerando con especial atención su intencionalidad política frente al electorado peronista, en tanto el análisis de los datos electorales correspondientes a la elección de convencionales constituyentes de

junio de 1957 constituye el tema del séptimo apartado. Allí se comparan los resultados de dichos comicios con los alcanzados por el peronismo con anterioridad a 1955, con el objeto de determinar la importancia electoral del movimiento proscripto. Finalmente, el capítulo octavo examina el vínculo político que se construye entre Perón y Frondizi luego de que los números del “recuento” de la elección para convencionales de 1957 advierten al líder radical acerca de la necesidad de recibir el apoyo del peronismo proscripto para acceder a la presidencia de la nación.

Desde lo metodológico, Melon Pirro construye su estudio a partir de una diversidad de fuentes, entre las que se destacan los registros periodísticos, la correspondencia entre Perón y los referentes locales del peronismo, la documentación pública y los escritos de los propios actores del período considerado. También resulta sumamente valioso el análisis de los datos electorales del capítulo siete y su anexo, que permiten reconocer el comportamiento del electorado peronista a nivel nacional y en especial en el distrito bonaerense.

Con este libro el autor realiza un importante aporte a la comprensión del peronismo durante una etapa compleja y con ese objetivo busca apartarse de las “versiones semiconsagradas del pasado” (p.14) que brindaban una visión simplificada del período, de la que estaban ausentes ciertos procesos, actores y matices que Melon Pirro acertadamente recupera aquí.

MARÍA INÉS MUDROVCIC (EDIT.), *PASADOS EN CONFLICTO. REPRESENTACIÓN, MITO Y MEMORIA*. BUENOS AIRES, PROMETEO, 2009, 205 PÁGINAS.

POR SILVINA JENSEN  
(UNS - CONICET)

Libro homenaje a José Sazbón, *Pasados en conflicto. Representación, mito y memoria* es una obra colectiva editada por María Inés Mudrovic, que reúne diez trabajos de investigadores del campo de la Historia, la Sociología, la Filosofía, la Psicología y la Ciencia Política, incluyendo un capítulo del reconocido teórico Dominick LaCapra, convocados a pensar el problema de “¿cómo es posible, representar pasados en conflicto?” Atravesado por debates candentes de las Ciencias Sociales y Humanas occidentales post giro lingüístico y atento a las reverberaciones sociales y académicas de la cuestión de la memoria de la represión dictatorial en nuestro país, la propuesta de Mudrovic parte del supuesto de que lejos de lo que indica el sentido común, hablar de “pasados en conflicto” no implica *per se* referirse al “pasado reciente”, el que conocemos como “pasado traumático”, “pasado límite o extremo” o “pasado que no pasa”; sino que cualquier pasado puede ser conflictivo, en tanto sea susceptible de convertirse en capital de luchas políticas o sea invisible para el presente y, por lo mismo, fuente de conflictos para el juicio de los ciudadanos.

Conscientes de que en las últimas décadas el debate en torno a las representaciones de nuestro pasado reciente ha sido monopolizado por la memoria, los autores de *Pasados en conflicto* hacen suyo en cada capítulo el desafío de hacer que la historia “reivindique para sí una parte importante en la construcción de puentes de sentido” entre pasado y presente.

El trabajo consta de una Introducción a cargo de María Inés Mudrovic y de tres secciones de tres capítulos cada una.

La primera sección titulada “¿Cómo reconstruir? ¿Qué reconstruir? ¿Para

qué reconstruir?” reúne los trabajos de Dominick LaCapra, José Emilio Burucúa y Nicolás Kwiatkowski y Ariel Colombo que, desde puntos de vista muy diferentes, intentan reflexionar sobre los cambios teórico-metodológicos que la historiografía debería transitar frente al reto que imponen los “conflictos del pasado”. La segunda sección que lleva por título “La experiencia vivida: entre el mito, el olvido y la acción” engloba los capítulos de Nora Robotnikof, Blas de Santos y Rosa Belvedresi, donde, según la editora, la conflictividad del pasado remite al plus de dificultad que añade la experiencia vivida a la reflexión teórica sobre la temporalidad.

La última sección, “Una agenda para el pasado reciente argentino”, contiene las propuestas de Hugo Vezzetti, Verónica Tozzi y Elías Palti. A diferencia de las secciones precedentes en las que el análisis sobre los sentidos del pasado y su conflictividad se ubica en un nivel “meta”, en esta tercera sección los autores exploran pasados en conflicto concretos, tomando cuestiones centrales de la historia argentina reciente de violencia política, represión y guerra (los debates en torno a la creación del museo de la ESMA, a la militancia revolucionaria y el uso político de la violencia en los años setenta, a los vectores de la memoria de la guerra de Malvinas, etc.) y describiendo/ prescribiendo la agenda actual y futura del campo.

En conjunto, el libro hace un aporte significativo para comprender los modos en que los pasados conflictivos deben ser pensados y, en tal sentido, su contribución para un territorio en construcción como el de la Historia del pasado reciente de la última dictadura militar argentina resulta inestimable. Esta Historia, con un débil dispositivo



conceptual y metodológico que no ha sido escollo para que se constituyera en los últimos años en uno de los campos más prolíficos y en expansión, venía reclamando un libro como éste, donde la reflexión teórica no desdeña anclajes en la investigación empírica concreta.

En síntesis, el libro incursiona en cuestiones de profundo arraigo en el debate historiográfico occidental y a la vez apunta a desnudar la complejidad epistemológica y ético-política de hacer Historia en un mundo que plantea cada vez más retos al historiador. Por sus páginas transitan cuestiones tales como el desafío que los pasados traumáticos imponen a los historiadores y su implicación o no en su elaboración, reivindicando la necesaria distancia o bien proponiendo al estudioso ayudar a tratar heridas del pasado para abrir otros futuros más deseables a la sociedad; los diferentes regímenes de historicidad que imponen mito, memoria e historia; las relaciones entre memoria y política, la conflictividad e historicidad de las memorias, entre muchas otras.

HERNÁN OTERO, *LA GUERRA EN LA SANGRE. LOS FRANCO-ARGENTINOS ANTE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL*. BUENOS AIRES, SUDAMERICANA, 2009, 222 PÁGINAS.

POR MARÍA INÉS TATO  
(CONICET – PEHESA, INSTITUTO RAVIGNANI, UBA)



Este trabajo forma parte de la colección “Nudos de la historia argentina”, de Editorial Sudamericana, orientada a la divulgación de investigaciones académicas sobre diversos tópicos de la historia argentina. En este caso, la temática presentada por Hernán Otero ha sido escasamente explorada por la historiografía, de manera que su libro resulta novedoso también en el ámbito estrictamente académico. En efecto, la Primera Guerra Mundial ha sido abordada principalmente desde dos perspectivas: la de la historia diplomática, centrada en los avatares de las relaciones internacionales del país durante el conflicto, y la de la historia económica, atenta a sus efectos sobre el desempeño económico nacional. El impacto de la guerra sobre la sociedad y la política, en cambio, prácticamente no ha sido explorado.

En este libro Otero se ocupa específicamente del análisis de las repercusiones de la Gran Guerra dentro de la comunidad francesa residente en la Argentina, comunidad migratoria que constituye su objeto de estudio. En primer lugar, el autor reconstruye el contexto de su análisis, recreando los debates suscitados por la política neutralista sostenida por el gobierno argentino durante la contienda, que

derivó en una marcada polarización de la sociedad entre los partidarios de los Aliados y los sostenedores de la neutralidad. Posteriormente, delinea el perfil de la colectividad francesa local y sus acciones comunitarias en el marco de la Primera Guerra Mundial, inseparables de la estrategia oficial del Estado francés. Dichas acciones se desplegaron en torno de la propaganda desarrollada por la prensa étnica, las actividades solidarias con los soldados del frente y la lucha por el control del espacio público, en muchos casos por medio de acciones conjuntas con otras comunidades aliadas. Asimismo, Otero destaca la contribución militar de la comunidad, efectivizada a través de la incorporación a las filas del ejército francés de los convocados por el gobierno y de numerosos voluntarios.

Con relación a este punto, un argumento central del libro se vincula con la cuestión de la identidad nacional de los hijos de franceses nacidos en la Argentina y los dilemas que la guerra les planteó. La aplicación del principio de doble nacionalidad fue fuente de un status jurídico ambiguo que en la coyuntura bélica derivó en frecuentes resistencias a la convocatoria militar del Estado francés. En ese sentido, el autor indica que si bien la movilización militar de la comunidad francesa de la Argentina fue más importante que la de otros colectivos inmigratorios, también generó un margen importante de insumisos que rechazaron el impuesto de sangre exigido. Parte de ese rechazo se relacionaba estrechamente con la integración exitosa de esa primera generación de franco – argentinos a la sociedad receptora, con su consiguiente efecto de dilución de los lazos identitarios con la nación francesa.

Por último, Otero aborda los efectos

de la Gran Guerra sobre la comunidad gala local, entre los que subraya la caída de los flujos migratorios procedentes de Francia e incluso el auge de los retornos al continente tras la finalización de la contienda, que involucró tanto a franceses nativos como a voluntarios que actuaron en el frente. Por otra parte, el autor muestra el reforzamiento de la integración de los franco – argentinos a la sociedad local como resultado de la férrea aplicación de la legislación militar francesa, que en la primera posguerra continuó alentando el repudio al impuesto de sangre. Asimismo, indica el efecto divisivo que la disposición o la reluctancia a participar de la contienda trajo aparejado en el seno de la comunidad, mostrando las agudas tensiones internas que la recorrieron, indicio de la existencia de interpretaciones divergentes acerca de la nacionalidad y de sus deberes concomitantes.

En suma, el libro ofrece a través de un estudio de caso una ventana al análisis del impacto de la guerra en la construcción y puesta a prueba de las identidades colectivas, dentro de las cuales el nacionalismo sobresalió por su enorme potencial movilizador.

MARTA PHILP, *MEMORIA Y POLÍTICA EN LA HISTORIA ARGENTINA RECIENTE. UNA MIRADA DESDE CÓRDOBA*. CÓRDOBA, UNC, 2009, 474 PÁGINAS.

POR LEANDRO INCHAUSPE  
(UNC)

Si aquella expresión acuñada por José María Aricó para caracterizar a Córdoba como *ciudad de frontera* pudiera aplicarse a un trabajo historiográfico, quizás pocos serían tan adecuados como *Memoria y política en la historia argentina reciente: una lectura desde Córdoba*, de Marta Philp. El libro se sitúa en las fronteras de la renovada historia política, atenta a la construcción de imaginarios políticos y a las instituciones – particularmente el Estado– como productores de sentido para una comunidad, y los estudios sobre las materializaciones de la memoria colectiva en los “lugares de la memoria”, los homenajes y las conmemoraciones. Anclado en el prolífico campo de la historia reciente, mirando “lo nacional” desde las especificidades provinciales, este libro recorre las fronteras que separan –pero que también unen– a la Córdoba del Cordobazo y el Viborazo, su marcha ascendente hacia la “patria socialista” con la del “Navarrazo”, golpe policial que dio inicio a la cruzada ortodoxa contra los “infiltrados marxistas” en el peronismo. La Córdoba del ex general Luciano Benjamín Menéndez, toda “Dios, Patria y Hogar”, cuya apoteosis llegaría con el “Desfile de la Victoria”, el 25 de mayo de 1977, en el que

se exhibía el victorioso “Ejército en operaciones” triunfante sobre “las bandas marxistas extrañas al ser nacional” y la del inicio de su largo ocaso, desde su intentona golpista en octubre de 1979 a su permanencia en la prensa, denunciando el cambio táctico de la “subversión”, aún diez años después. La Córdoba de la búsqueda de un mito de origen para su reciente “democracia de ciudadanos” y la del apogeo de Angeloz, que operaría el paso del “tiempo nuevo...de esperanza” del 83’ a la de la “democracia como gobierno eficiente” seis años después.

Fronteras, entonces, que van de 1969 a 1989 y que muestran las disputas en torno del pasado –y, por lo tanto, en torno del presente y el futuro– entre memorias oficiales y memorias alternativas, atractivamente escenificadas por Philp en sus conmemoraciones y homenajes. Fronteras que se entrecruzan en escenarios también fronterizos: los discursos oficiales, las salas de la legislatura, las cátedras universitarias, los diarios, las calles. Fronteras



en las que se apela a los héroes nacionales como San Martín, Belgrano, Güemes y Sarmiento, y a los locales, como el “Manco” Paz, el Deán Funes, Vélez Sarsfield, y en las que siempre se polemiza en torno a Quiroga, Rosas, Yrigoyen, Perón, en las que cíclicamente se resignifican al 25 de mayo, el 20 de junio, el 9 de julio, y las fechas más recientes: el 17 de octubre, septiembre del ’55, el 29 de mayo...

En definitiva, la autora logra recrear en una amena trama algunas de las “marcas del pasado” que surcan esos múltiples rostros de la Córdoba de las fronteras, respondiendo a las preguntas sobre quiénes, cuándo, cómo, dónde y para qué operaron sobre la memoria, para ayudar a buscar en el pasado reciente “los mapas políticos del presente”.



El libro que aquí se reseña aborda las complejas –también conflictivas– relaciones diplomáticas entre los Estados Unidos y la Argentina en tiempos del primer peronismo. De este modo los autores retoman una temática ya estudiada con solvencia por ambos en distintas publicaciones anteriores (en especial *Estados Unidos y el peronismo. La política norteamericana en la argentina: 1949-1955*. Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1994). El trabajo es el resultado de un loable esfuerzo por analizar en forma integral las mencionadas relaciones atendiendo a las estrategias de ambas naciones, su intercambio comercial, los conflictos políticos y diplomáticos que se suscitaron y, muy especialmente, a la imbricación en nuestro país de la política interna con la externa derivada de aquella relación. Como bien lo expresan Rapoport y Spiguel: “En 1945, el enfrentamiento de los Estados Unidos con Perón agrupó a las fuerzas políticas tradicionales en contra de éste y resultó en realidad un factor clave de su triunfo electoral; en 1955, el curso de la recomposición de las relaciones con el país del Norte fue uno de los catalizadores de la coalición opositora que contribuyó a su derrocamiento” (p. 15).

Otro aspecto a destacar es el alejamiento de esta investigación de toda explicación esquemática, muy aceptada en cierta bibliografía, como por ejemplo la que estima una primera etapa gubernativa peronista de autarquía económica y enfrentamiento político con la potencia norteamericana en el marco de la Tercera Posición, seguida por una segunda de clara subordinación a aquélla luego de una crisis económica profunda, dejando atrás posiciones autónomas en la arena internacional.

El libro consta de dieciséis capítulos y dos apéndices, con un consistente soporte documental de origen norteamericano, argentino y británico, y una profusa bibliografía. Los siete primeros capítulos incursionan en distintas cuestiones previas a la llegada de Perón a la presidencia, tales como la política del “Buen Vecino” auspiciada por Roosevelt, el posicionamiento de Gran Bretaña en el “triángulo” comercial que desde la Primera Guerra Mundial funcionaba con los Estados Unidos y nuestro país, la neutralidad argentina durante la Segunda Guerra Mundial y la ingerencia del embajador Braden en 1945. Se ilustra a través de estos sucesos la puja de intereses políticos e ideológicos y las desconfianzas mutuas que se sucedieron, como también los condicionamientos económicos que vinieron a incidir en las relaciones entre ambos países. En efecto, la reticencia de las elites argentinas ligadas a Europa –y en especial a Gran Bretaña– a aceptar la creciente hegemonía regional estadounidense como asimismo la no complementariedad de ambas economías influyeron sin dudas para que las relaciones entre ambos países no fueran armoniosas cuando tuvo lugar el surgimiento de Perón en la escena política.

Del capítulo 8 al 16 se estudian la

política exterior estadounidense durante la Guerra Fría, la Tercera Posición peronista, el Plan Marshall y su incidencia en nuestro comercio exterior, la crisis económica de 1951-52, el Segundo Plan Quinquenal y el papel de los capitales extranjeros hasta la culminación de las relaciones y la caída del gobierno justicialista en 1955. Allí los autores van desmenuzando los distintos acontecimientos y procesos, sus respectivas lógicas y las consecuencias que fueron produciendo en la relación bilateral. En última instancia, toda la investigación gira en torno a una cuestión central, a saber, la pretensión hegemónica norteamericana en el continente, que vino a colisionar con las posturas autónomas de la Argentina peronista. En el primer caso, dicha actitud responde a una natural lógica de potencia mundial; en el segundo, a los fundamentos ideológicos del peronismo, con raíces que venían desde mucho antes.

De los apéndices, uno tiene carácter estadístico, con información exclusivamente económica y financiera, en tanto que el segundo transcribe documentos diplomáticos emanados del Departamento de Estado –en su momento reservados– referidos a la situación política y económica argentina.

En definitiva, el libro se constituye en un valioso aporte para la comprensión de un período crucial de nuestra historia diplomática, que coincide con el surgimiento y el desarrollo de un original movimiento político que incidió, como ningún otro, en el diseño de una nueva política exterior.

RAANAN REIN, CAROLINA BARRY, OMAR ACHA Y NICOLÁS QUIROGA. *LOS ESTUDIOS SOBRE EL PRIMER PERONISMO. APROXIMACIONES DESDE EL SIGLO XXI*. ARCHIVO HISTÓRICO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES "DR. RICARDO LEVENE", LA PLATA, 2009, 118 PÁGINAS.

POR LUCÍA SANTOS LEPERA  
(ISES - CONICET)

En los últimos años el primer peronismo fue objeto de una vasta producción bibliográfica que promovió la multiplicación y complejización de los conocimientos sobre este período. Ahora bien, ¿ha llegado la hora de la síntesis? Con esta pregunta Oscar Aelo introduce los tres artículos que conforman *Los estudios sobre el primer peronismo. Aproximaciones desde el siglo XXI*. Los trabajos incluidos en esta compilación -a cargo de Raanan Rein, Carolina Barry, Omar Acha y Nicolás Quiroga- tienen por objeto reflexionar sobre el itinerario de la producción historiográfica sobre el tema, los vacíos que aún perduran y las tendencias actuales de la investigación.

Tales reflexiones tuvieron origen en las conferencias que los autores pronunciaron en el marco del "Primer Congreso de Estudios sobre el Peronismo" realizado en la Universidad Nacional de Mar del Plata en noviembre de 2008. La interesante discusión que en ese momento suscitaron estimuló la posibilidad de su publicación con el objeto de abrir el debate hacia la comunidad académica en general. A modo de introducción, Oscar Aelo da cuenta del proceso que hizo posible la conformación de la *Red de Estudios sobre el Peronismo* cuya primera actividad fue la organización del evento académico mencionado. En el primer capítulo, Raanan Rein repasa un conjunto de ensayos historiográficos sobre el tema y sostiene que las líneas de investigación actuales abordan aspectos escasamente desarrollados en el pasado. En ese marco de

consideraciones pondera los trabajos de "pequeña escala" como la base de los nuevos estudios sobre el peronismo. Dicho de otro modo, lo que prevalece actualmente es la multiplicación de monografías que abordan el período de forma parcial y desde espacios acotados. El autor vislumbra el predominio de las perspectivas "micro" favorecidas por el avance de una historia social y cultural en detrimento de la influencia de la sociología y de las perspectivas "macro" características de la historiografía de las décadas pasadas. Frente a este diagnóstico, Rein llama la atención sobre la necesidad de "articular las lecciones de esta gran variedad de estudios específicos para formular una renovada síntesis de este fenómeno tan importante".

A partir de su propia experiencia en la investigación del Partido Peronista Femenino, Carolina Barry inicia su artículo con una reflexión sobre los obstáculos que conlleva emprender el estudio del peronismo por tratarse de un tema que demanda al investigador tomas de postura permanentes. En segundo lugar, Barry hace un recuento de los últimos avances historiográficos señalando que las nuevas perspectivas de análisis no sólo aportaron más información sino que lograron visualizar nuevos sujetos y contribuyeron con interpretaciones renovadas. De esta forma considera que los estudios de género y los aportes de la historia oral constituyen lentes de análisis que ofrecieron abordajes novedosos.

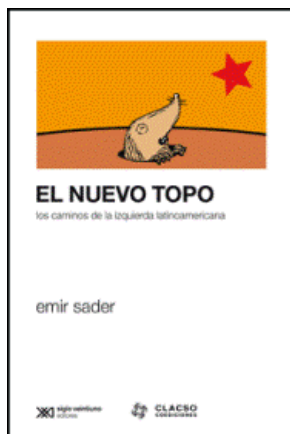
Finalmente, el trabajo de Acha y Quiroga propone una reflexión de índole epistemológica sobre el paradigma que rigió la producción historiográfica desde la década de 1980. En este sentido, sostienen que la historiografía sobre el peronismo atravesó por un



proceso de "normalización", una "domesticación" historiográfica que se observó a partir del desarrollo de dos tendencias. Por un lado, los estudios se caracterizaron por el intento de prescindir de tomas de posición política y de lecturas excepcionalistas para la investigación del período. Por otro lado sostiene que, influenciada por una mirada evolucionista que observa al siglo XX como un camino hacia la democratización de la sociedad, el peronismo aparece actualmente en una línea de continuidad con las décadas precedentes. En vista de ese proceso, los autores sugieren una aproximación al tema desde una perspectiva que se muestre más permeable al campo de la antropología y al punto de vista de los agentes. De esta forma, Acha y Quiroga abren el camino para una discusión de la "brújula interpretativa" que rigió los avances en los estudios sobre el peronismo y señalan un horizonte historiográfico para el que es necesario un trabajo de introspección aun pendiente. A partir de ello, quizás sea posible alcanzar el resultado tan anhelado: una nueva síntesis.



POR PABLO PÉREZ BRANDA  
(UNMDP – CONICET)



Los interrogantes, expectativas y decepciones del derrotero de las izquierdas latinoamericanas que Emir Sader vuelca en *El Nuevo Topo*... son parte y continuidad de una serie de reflexiones que como académico y militante el profesor brasileño viene desarrollando, por lo menos, desde el año 2000. Lo medular de su estudio es la encrucijada en la que se encuentra el subcontinente y sus distintas corrientes políticas contestatarias frente a la crisis de hegemonía y las marcadas fisuras del denominado modelo neoliberal, que tiene como impulsor y referencia a los Estados Unidos.

A lo largo del volumen (pero sobre todo en el segundo capítulo titulado “La crisis hegemónica en América Latina”) el autor realiza un balance y una serie de descripciones sobre la aplicación y consecuencias del neoliberalismo en la región, abordando los casos nacionales con mayor o menor detalle. Su relevamiento destaca las consecuencias de la desarticulación de los estados de bienestar y la imposición de determinados estándares culturales y hábitos. Dichos preceptos que primaron casi dos décadas, no obstante entrarían en crisis hacia finales de la década de los ‘90 del siglo pasado. A partir de entonces, el escenario latinoamericano comenzó

a mutar, siendo desplazados del poder político aquellos gobiernos que llevaron adelante la estrategia neoliberalizadora por otros, bastante disímiles entre sí, que han recogido parte de las múltiples demandas sociales generadas en el estadio previo y se han instalado como alternativas de centro- izquierda o populistas, atávicos en varios sentidos, sin un suficiente potencial “anticapitalista” y con insuficiente capital transformador.

El “topo” de Sader (resignificando la célebre metáfora de Marx) es multifacético: recoge la larga tradición de luchas sociales de Latinoamérica a la vez que está condicionado por las derrotas sufridas en varias de aquellas contiendas. Comprenderlo en su lógica implica un recorrido reflexivo por las variopintas experiencias que las luchas populares han dejado como legado, desde el México revolucionario de la primeras décadas del siglo XX, pasando por los regímenes populistas de los años ‘40 y ‘50, Cuba y Bolivia, las ligas campesinas de Brasil, el Chile de Salvador Allende y toda la serie de experiencias que, en mayor o menor medida, han tenido ribetes anticapitalistas. El autor trabaja sobre la hipótesis de que existiría hoy una suerte de “empate” entre los sostenedores de una etapa -la neoliberal- que no termina de claudicar y la emergencia de un sujeto potencialmente emancipador, pero carente de una estrategia: América Latina “carece de pensamientos estratégicos que orienten pensamientos ricos y diversificados que estén a la altura de los desafíos que enfrenta. A pesar de contar con una fuerte capacidad analítica, importantes procesos de transformación y dirigentes revolucionarios emblemáticos, el continente no produjo la teoría de sus propias prácticas” (p. 107).

A partir de ese diagnóstico, ya en calidad de programa y asumiendo de lleno su rol militante, sugiere la emergencia de un sujeto nuevo, forjado en la lucha antineoliberal en condiciones de construir estados posneoliberales, pluriétnicos e incluso en clave bolivariana: plurinacionales. No obstante el autor reconoce que para llevar a buen puerto estos desafíos se requiere romper con el relativo aislamiento mundial que sufre la región, que debilita a estos procesos posneoliberales en ciernes.

El libro se cierra con una serie de reflexiones que remiten al futuro de un subcontinente inmerso en una “crisis hegemónica de dimensiones” (p.198). Emir Sader cifra sus expectativas en que la gran actividad intelectual y teórica se articule con los principales fenómenos de luchas sociales y políticas como una forma de dejar atrás el esquema neoliberal. Esa raquítica vertebración impediría dar el golpe de gracia a un modelo que ya se encuentra agotado y es sostenido por el belicismo, la extorsión del capital financiero y ciertos patrones culturales que están instalados con fuerza en las sociedades.

En síntesis, el estudio de Emir Sader es un buen glosario, comprensible y breve, para seguir las luchas populares latinoamericanas contemporáneas, realizado desde una óptica que no oculta el perfil de militante de izquierdas del autor. En parte evolucionado en programa de acción, el libro bucea las expectativas y dificultades que los nuevos sujetos sociales con vocación anticapitalista tienen frente a la crisis de hegemonía del esquema neoliberal. La actualidad de la discusión y su importancia deja varias aristas abiertas que seguramente serán retomadas.

MARTÍN ESTEBAN STAWSKI, *ASISTENCIA SOCIAL Y BUENOS NEGOCIOS. POLÍTICA DE LA FUNDACIÓN EVA PERÓN, 1948-1955*. BUENOS AIRES, IMAGO MUNDI, 2009, 151 PÁGINAS.

POR JUAN CRUZ FERNÁNDEZ  
(UNS)

El peronismo ha sido ampliamente estudiado por historiadores y especialistas de otras disciplinas. Sin embargo, pocas investigaciones históricas han tenido como objeto de estudio a la Fundación Eva Perón, a pesar de ser una de las instituciones más emblemáticas de aquella etapa. Esta obra, escrita por Martín Stawski, viene a cubrir ese vacío historiográfico. No sólo estudia detalladamente dicha Fundación sino que también indaga acerca del rol que ejerció el Estado argentino en la sanción de políticas públicas, desde principios del siglo XIX hasta mediados del siglo XX, momento en el que la aparición del régimen peronista resignificó lo que hasta ese entonces se había denominado “actividades de beneficencia” para pasar a implementar medidas de profundo alcance social.

El libro, una versión de la tesis de Maestría en Ciencias Sociales del autor, se abre con el prólogo de Mariano Ben Plotkin, quien realiza una breve presentación de la Fundación Eva Perón para pasar después a analizar la obra, de la que destaca su rigurosidad académica, su perspectiva multidimensional y su extenso corpus documental. En palabras de Plotkin, se trata del primer trabajo que analiza de manera detallada la estructura interna de la organización, sus logros, limitaciones y finanzas.

Los “buenos negocios” del título se refieren a una serie de operaciones comerciales que la Fundación realizó con el estado y con firmas privadas que le reportaron grandes ganancias. Era posible realizar estos “buenos negocios”, indica Stawski, ya que al tratarse de un organismo privado, la Fundación Eva Perón contaba con una flexibilidad operativa

impropia de las instituciones estatales, a la vez que se mantenía por fuera del presupuesto nacional y por ende escapaba a todo tipo de control parlamentario. Por otro lado, permitía al gobierno llegar a los sectores excluidos del sistema sindical, actuando a su vez como contrapeso del poder de los sindicalistas dentro del peronismo.

Además, Eva Perón (a través de su Fundación) constituía un “puente” entre los sindicatos y el estado, a la vez que establecía relaciones de lealtad personal entre su persona y los beneficiarios de la ayuda social. Por todo esto, plantea Stawski, esta institución ocupó un sitio privilegiado en el universo simbólico del peronismo, siendo fuente de innumerables mitos hábilmente aprovechados por la propaganda estatal.

La investigación está estructurada en tres capítulos, a los que se suman las conclusiones finales. El primer capítulo está referido a la historia de las políticas sociales en la Argentina, desde la primera mitad del siglo XIX hasta la aparición del peronismo. Allí el autor plantea que gran parte de los logros frecuentemente atribuidos al estado peronista ya venían gestándose en la sociedad argentina desde décadas anteriores. En el segundo capítulo Stawski estudia específicamente el organismo. Por último, en el tercer capítulo se describen las diversas vías de financiamiento de la institución, que el autor clasifica en dos: por un lado las “fuentes tradicionales” (principalmente donaciones de obreros, empresarios y del estado) y por otro las “fuentes extraordinarias”, vinculadas, según postula el autor, a negocios aleatorios y que en ocasiones presentarían algún tipo de



irregularidad.

La mayoría de los trabajos referidos a la Fundación, según se desprende del análisis bibliográfico que presenta el autor, abordan el estudio de dicha institución de manera incompleta. Específicamente, plantea Stawski, existe un vacío historiográfico sobre ella y sobre aspectos referidos a la institucionalización de las políticas sociales del peronismo. Es por eso que, a partir del análisis de un gran corpus documental, el autor encara el estudio de las políticas públicas en general y de la Fundación Eva Perón en particular con tres claros objetivos: en primer lugar, arrojar luz sobre un organismo no estatal que se ocupaba de asuntos de competencia estatal; en segundo término, enriquecer, a partir del estudio de un caso particular, a la historia del peronismo y a la historia social de la Argentina; por último, extraer algunas conclusiones acerca de las eventuales consecuencias de esas acciones en la actualidad, lo que permitiría ampliar la comprensión del peronismo.

MARISTELLA SVAMPA Y PABLO STEFANONI (COOMP.), *BOLIVIA. MEMORIA, INSURGENCIA Y MOVIMIENTOS SOCIALES*, BUENOS AIRES, EL COLECTIVO- CLACSO LIBROS, 2007, 270 PÁGINAS.

POR CANDELA DE LUCA  
(CONICET)



Esta obra nos invita a conocer algunos de los rostros presentados por las “múltiples Bolivias” en la actualidad. El símbolo de este momento paradigmático es, sin dudas, el arribo a la presidencia de Evo Morales, primer indígena latinoamericano llegado al Poder Ejecutivo con el objeto de construir un Estado que recupere sus capacidades institucionales y reconozca la pluriculturalidad, tal como expresó en los tres discursos realizados durante los primeros meses de su gobierno, que forman la tercera parte y anexo documental del libro.

En una larga introducción, Maristella Svampa, retomando a Luis Tapia, afirma que la actualidad boliviana es el resultado del cruzamiento entre múltiples temporalidades, resignificadas con el ascenso al poder del MAS en enero de 2006. Estas temporalidades se traducen en diferentes instancias de la memoria: la memoria larga, que remite al pasado colonial; la memoria mediana, que alude al Estado nacional/popular instalado a partir de la revolución de 1952; y finalmente la memoria corta, que toma forma a partir de los movimientos anti-neoliberales surgidos desde el año 2000 hasta la fecha. En este marco se estructura el libro, que asume el desafío de

problematizar la actualidad boliviana -con las dificultades epistemológicas que tal desafío conlleva-, y que tiene el objetivo de generar debates en torno a los modelos políticos que se perfilan de aquí en más.

En la primera parte, jóvenes investigadores proporcionan un planteo analítico sobre el presente boliviano. En este sentido, Hervé do Alto traza una mirada retrospectiva entre 1952 y 2007, que intenta comprender las causas estructurales de la emergencia del campesinado como un actor principal de la vida política del país, identificando de esta manera las bases que articularon el MAS y las estrategias que lo llevaron al poder, así como también las dinámicas sociológicas que lo atraviesan. Continuando con este tipo de análisis, Patricia Chávez León y Dunia Mokrani Chávez realizan en su artículo un recorrido a través de diferentes momentos de emergencia de la acción colectiva existentes en Bolivia a partir de las reformas neoliberales aplicadas en 1985. Según las autoras, estos momentos de lucha funcionaron como espacios sociales de autoorganización que crearon las condiciones necesarias para la reinención de la política, sirviendo de marco para la convocatoria de la Asamblea Constituyente en 2006, explicando también sus alcances y limitaciones.

Pablo Stefanoni realiza un balance crítico que identifica las características del gobierno de Evo Morales durante su primer año de gestión, revalorizando la trascendencia de aquello que denomina “revolución simbólica” y poniendo el acento en el complejo proceso de transformaciones económicas y sociales, aún por lograrse. Por otra parte, Florencia Puente y Francisco Longa analizan las especificidades de la ciudad de El Alto, enfatizando las

formas de organización colectiva de los indígenas urbanos y las transformaciones sufridas en la construcción de su identidad. Con tal objetivo realizan un análisis dual, que combina cuestiones de clase con elementos étnicos. Tales reflexiones son complementadas con la transcripción de la entrevista realizada a Abraham Bojorquez, líder del rap alteño, quien define al hip hop como “un arma para hacer política”, a la vez que un elemento de reivindicación de la identidad indígena de los jóvenes.

La segunda parte del libro presenta dos artículos de carácter ensayístico elaborados por intelectuales bolivianos. En el primero de ellos, fechado en 2005, el actual vicepresidente Álvaro García Linera realiza un recorrido analítico a través de las diferentes formas adoptadas por el marxismo y el indigenismo en Bolivia lo largo de cien años. El artículo de Luis Tapia tiene como propósito explicar cómo funciona aquello que denomina “ciclos y estructuras de rebelión”, proveyendo al lector de una hipótesis que permite la comprensión del ascenso del MAS al poder dentro del horizonte político imperante en Bolivia desde 1952. Esta parte de la obra se cierra con la contundente “Propuesta de las Organizaciones Indígenas, Originarias, Campesinas y de Colonizadores hacia la Asamblea Constituyente” fechada en agosto de 2006. Resulta sumamente interesante su relectura, cuando el objetivo original de “refundar Bolivia” aparece desdibujado a la luz de las elecciones de diciembre de 2009.

ENZO TRAVERSO, *A SANGRE Y FUEGO. DE LA GUERRA CIVIL EUROPEA, 1914-1945*. BUENOS AIRES, PROMETEO LIBROS, 2009, 295 PÁGINAS

POR NICOLÁS SILLITTI  
(UBA)

En su último libro, el historiador y filósofo Enzo Traverso propone una interpretación de la cultura y la política de las primeras décadas del siglo XX. En un análisis provocativo, decide tomar partido por el controvertido concepto de “guerra civil” a la hora de referirse a los años que transcurren entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial. *A sangre y fuego* no es un libro que se ocupe de relatar acontecimientos ni de registrar cronologías. Su mirada se sitúa en la intersección entre la reflexión historiográfica y los temas de la historia cultural.

El autor plantea como objetivo en este trabajo desentrañar la relación entre violencia y política en la Europa de entreguerras. Los libros, ensayos y diarios de algunos de los intelectuales más destacados de aquellos años son las fuentes que utiliza para sostener sus argumentos, recurriendo a las obras de Jünger, Schmitt, Serge y Trotski, entre otros. En ese derrotero no busca distinguir ganadores o perdedores sino reconstruir el repertorio de opciones y acciones político - sociales que los actores de la época tenían a su disposición. La percepción y el imaginario de los contemporáneos se ubican en el centro del análisis, atendiendo a los valores que se consideran en juego en los conflictos de la época. El propósito declarado de Traverso es historizar las elecciones de los actores y evitar la proyección de valores atemporales, como los de la democracia liberal hoy vigente en Europa, sobre la época estudiada. El autor aborda la tensión entre memoria e historia en la construcción de los relatos sobre el pasado, en particular aquellos

referidos al período de entreguerras. Esto lo lleva a esbozar algunas consideraciones acerca del papel del historiador, siempre atravesado por el compromiso y el afán científico.

Traverso rechaza la visión del siglo XX como un siglo dominado únicamente por ficciones ideológicas o gobiernos totalitarios. Los usos de la violencia y sus legitimaciones, ejes centrales del libro, se abordan a partir de su inscripción en un ambiente cultural específico y no desde principios morales condenatorios. La militarización de la política, la percepción del adversario como un enemigo que debe ser eliminado y la irrupción de las masas en la escena pública son destacados como los rasgos principales del período que se abre con la Gran Guerra, conjugados con los grandes cambios tecnológicos y el “proceso de civilización”. El historiador italiano presta especial atención al desarrollo de estos temas en la revolución rusa, la guerra civil española y el ascenso del nazismo. Continúa luego con las imágenes de los vencedores y los vencidos, las nuevas nociones de derecho y los juicios humanitarios aparecidos en el mundo de la posguerra.

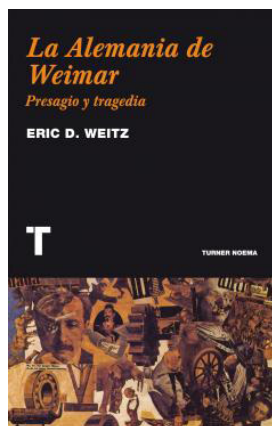
La mirada de Traverso pone al libro en diálogo crítico con las obras clásicas sobre el siglo XX, como *El pasado de una ilusión* de François Furet, *La guerra civil europea* de Ernst Nolte e *Historia del siglo XX* de Eric Hobsbawm. Muchos de los aportes de estos libros son retomados y ampliados, en tanto que algunas premisas tradicionales son fuertemente discutidas. Un ejemplo es la objeción a Furet por acotar la complejidad del antifascismo



a una manipulación comunista planeada desde Moscú. Para Traverso el antifascismo constituyó un fenómeno amplio, compuesto de diversas corrientes culturales con arraigo en vastos sectores sociales. En ese sentido, lo aborda como un lugar de radicalización e intervención política de los intelectuales.

*A sangre y fuego* se organiza en ocho capítulos. Los primeros cuatro -“Obertura”, “Anatomía de la guerra civil”, “Guerra contra los civiles” y “Juzgar al enemigo”- componen la primera parte. La segunda está dedicada a analizar las diversas caracterizaciones de la guerra en los diferentes ámbitos de la cultura como las letras, el cine o las artes plásticas y su relación con la sociedad. Allí se ubican los otros cuatro capítulos -“El estallido”, “Imaginarios de la violencia”, “La crítica de las armas” y “Las antinomias del antifascismo”-. El libro cuenta además con una breve sección de imágenes y fotos junto a una breve selección de bibliografía.

POR JUAN LUIS CARNAGUI  
(CONICET - CISH, UNLP)



Los caprichos de la traducción, no siempre del todo consecuentes con la calidad de las obras, hicieron de Eric Weitz uno de esos autores poco conocidos para la lengua castellana. Afortunadamente, la reciente publicación de su último libro, *La Alemania de Weimar. Presagio y tragedia*, resulta ser una buena ocasión para conocer a este historiador por demás sugerente. Destaca desde sus primeras líneas una elegante prosa que discurre entre la crónica y el análisis profundo propio de los ensayos históricos. La sutil utilización de recursos narrativos y la armoniosa combinación entre el dato preciso como nexo imprescindible para la relación con cuestiones estructurales, terminan por constituir un trabajo original. Originalidad que no es novedosa, pues Orlando Figes viene desarrollando estudios similares para la historia rusa y soviética, como Peter Fritzsche para Alemania. Tanto Weitz como estos autores comparten, si se quiere, una línea que se presenta como continuación de la renovación historiográfica que comenzó a generarse en los '70. La consolidación de nuevas "formas de hacer historia", en palabras de Peter Burke, se ha traducido en la multiplicación de enfoques posibles

para acercarnos al pasado. De esta manera, la obra de Weitz en su conjunto resulta ser un claro ejemplo sobre cómo es posible conjugar esos nuevos análisis en forma exitosa.

*La Alemania de Weimar* es un auténtico trabajo de historia cultural articulado sobre un interrogante vertebral, esto es cómo fue posible que una nación, golpeada tras la derrota en la Gran Guerra, se transformase tan sólo en un puñado de años en una auténtica sociedad de masas. En su intento por responder a esta cuestión, el autor realiza un planteo que se encuentra en sintonía, por un lado, con lo que Lawrence Stone llamó *The revival of Narrative*, y por otro, con un enfoque cercano a la historia de la vida cotidiana. Pero por sobre estos dos elementos hay una clara apuesta de Weitz en pos de una historia de la ciudad al mejor estilo de Carl Schorske, una historia en movimiento, un recorrido por Berlín que lejos está de ser meramente turístico. El paseo al que invita el autor, por el contrario, persigue objetivos profundos: la búsqueda de aquellos indicios ciudadanos que le ayuden a explicar los vertiginosos cambios en la forma de vida y en las mentalidades de los ciudadanos de Weimar. Intenta exitosamente, pues, dar cuenta de la efervescencia de un período que concebiría a Bertolt Brecht, Martin Heidegger, Erich Mendelsohn, Hannah Höch y Walter Gropius, entre tantos otros, analizando cuestiones diversas desde

las cafeterías, los parques y el ocio en los lugares públicos, la nueva arquitectura funcionalista, los cambios en las familias alemanas, hasta la radicalización y polarización de la vida política con la presencia de partidos fuertes en la izquierda y en la derecha.

Esta última cuestión merece un párrafo aparte para dar cuenta del tratamiento y el lugar que Weitz le brinda en su obra. En este sentido, puede decirse que el autor rompe con una tradición bastante difundida de visualizar a la República de Weimar exclusivamente como la antesala del nazismo. En ese tipo de lecturas, la debilidad y el caos, la torpeza y la ineficacia, suelen ser adjetivos corrientes a partir de los cuales se construyen explicaciones que minimizan, en algunos casos, y disculpan en otros el arribo de Hitler a la Cancillería alemana en 1933. En oposición a estos planteos, en *La Alemania de Weimar* se pone de manifiesto una compleja trama de relaciones y posicionamientos dentro de una derecha con notables diferencias en su propio seno. Acertadamente, Weitz indaga, entonces, los mecanismos a través de los cuales un partido radical y marginal dentro de la derecha como era el NSDAP, terminó por constituirse en la principal alternativa para homogeneizar un espectro político por demás fragmentado. Pensar Weimar en sí mismo, y no con la velada intención de explicar allí el período posterior, resulta ser un aporte interesante para comprender el surgimiento de una particular cultura de entreguerras en Alemania que Weitz logra ilustrar armoniosamente.

LORIS ZANATTA, *BREVE HISTORIA DEL PERONISMO CLÁSICO*. BUENOS AIRES, SUDAMERICANA, 2009, 224 PÁGINAS.

POR MARÍA DEL MAR SOLÍS CARNICER  
(IIGHI, CONICET - UNNE)

Este nuevo libro del historiador italiano Loris Zanatta forma parte de la colección *Nudos de la Historia Argentina* dirigida por Jorge Gelman, cuyo propósito general es el de ofrecer a un público amplio el resultado de investigaciones realizadas por historiadores profesionales sobre fenómenos claves de la historia argentina. En este caso, el libro apunta a ofrecer, por medio de un lenguaje accesible, una mirada de conjunto sobre uno de los temas que más interés generó y genera tanto a los investigadores sociales como a gran parte de la sociedad argentina. El autor se propuso el desafío de hacer una historia breve del primer peronismo, sin desconocer la complejidad del objeto que estudia, ofreciendo así una mirada descriptiva y a la vez analítica del peronismo clásico, de sus políticas y concepciones. De esta manera, propone una conocida pero al mismo tiempo controvertida clave para su interpretación: la indagación de los nexos del peronismo con ciertos rasgos de la cultura política argentina y de su antiguo imaginario social y religioso.

Alejado de las versiones que vieron en el peronismo un movimiento único y por tanto incomparable con otros, el autor se esfuerza por demostrar que, sin dejar de conservar sus rasgos específicos, el peronismo se ubica con comodidad entre la nutrida y heterogénea familia de los que denomina “fascismos genéricos”. Es decir, las reacciones antiliberales,

nacionalistas y corporativas que en el período de entreguerras y aún después se propagaron con fuerza en el mundo latino y católico de Europa y América. Dentro de ese conjunto, Zanatta encontrará la originalidad del peronismo en su sólido anclaje en la clase obrera, que le confirió su particular carácter popular.

A lo largo de cinco capítulos, el autor va desarrollando cronológicamente el proceso de formación del movimiento, partiendo desde la descripción de la Argentina anterior a Perón hasta su caída en 1955, ahondando fundamentalmente en aquellos aspectos que consideró claves para sostener su argumentación: el papel del líder y de algunas instituciones fundamentales como la Iglesia Católica, el Ejército y los sindicatos en la conformación de lo que identifica como el “nuevo orden” de estilo nacionalista y corporativo propuesto por el peronismo. Partiendo del humus ideológico-político que le aportó el nacionalismo, va desentrañando los mecanismos utilizados por el peronismo y su líder para la nacionalización y organización corporativa de las masas y de los diversos sectores sociales. Entre ellos,

su vocación regeneracionista alejada de los principios de la democracia liberal y, sobre todo, su condición profundamente religiosa, a través de la cual intentó secularizar el legado del catolicismo, operando el tránsito de una propuesta de política religiosa en una religión política, hecho que el autor vincula en forma directa con el desencadenamiento de la crisis que marcó el fin del régimen.

El libro se cierra con un epílogo en el que Zanatta se pregunta por la supervivencia, el amplio consenso del que goza y el éxito del peronismo más allá de 1955. Encuentra algunas respuestas en el contexto particular que vivió la Argentina en esos años, pero fundamentalmente en otras fuentes más antiguas y profundas, que demuestran la correspondencia entre el peronismo con las expectativas, creencias y emociones de gran parte de los argentinos.



# **RESEÑAS CRÍTICAS Y COMENTARIOS**

MÁXIMO BADARÓ, *MILITARES O CIUDADANOS. LA FORMACIÓN DE LOS OFICIALES DEL EJÉRCITO ARGENTINO*. BUENOS AIRES, PROMETEO, 2009, 363 PÁGINAS.

POR GERMÁN SOPRANO  
(CONICET- UNQ- UNLP)

Principalmente a partir de la “apertura democrática” de 1983, las ciencias sociales han producido aportes relevantes al conocimiento de la cuestión militar en la Argentina, enfocando desde diversas perspectivas disciplinares, teóricas y metodológicas diferentes problemas, objetos y dimensiones de análisis. Las investigaciones que han contribuido al desarrollo de esa producción académica –que no siempre dialogan entre sí– ofrecen un panorama heterogéneo sobre:

1. La historia de las formaciones militares en el siglo XIX, comprendiendo su participación en las “Invasiones Inglesas”, la “Guerra de Independencia”, las “Guerras Civiles”, la producción del orden social en los Estados provinciales y en la emergente organización nacional, la “Guerra de la Triple Alianza”, la custodia de las fronteras y el combate contra los indígenas.
2. La inscripción de los militares en la historia política y estatal desde el proceso de organización y consolidación del Estado nacional en la segunda mitad del siglo XIX y su intervención en la política nacional –fundamentalmente– desde el golpe de estado de 1930, destacando, por un lado, las orientaciones políticas e ideológicas que incidieron en los oficiales durante ese período y, por otro, señalando sus relaciones con grupos de las elites sociales, económicas y políticas del Estado y la

sociedad argentina, o bien su inscripción al interior de las mismas.

3. Las relaciones cívico-militares desde un análisis que define los posicionamientos e intereses de estos últimos como correspondiendo a unos actores sociales e instituciones en taxativa oposición y autonomía respecto del poder político y la población civil de la sociedad nacional.
4. La definición del instrumento militar de la política de defensa nacional.

Sin dudas este ordenamiento puede ser considerado polémico en la medida en que plantea una interlocución selectiva con analistas que legitimaron sus saberes en ámbitos académicos que forman parte del sistema universitario y de ciencia y tecnología de nuestro país (del cual quien suscribe estas líneas es y se reconoce parte). Con esta afirmación intentamos justificar la exclusión de otros corpus de textos y autores. Nos referimos, por un lado, a civiles y militares que producen conocimientos sobre “defensa nacional”, “historia militar”, “derecho militar”, estudios sobre “estrategia”, “planeamiento”, “inteligencia” u otros y que, simultáneamente, son protagonistas del quehacer de la defensa nacional desde las Fuerzas Armadas o el Ministerio de Defensa. Al excluir de la interlocución a



estos autores no descalificamos su genuina contribución al conocimiento del tema sino que planteamos la necesidad de incluirlos dentro del objeto de análisis. Por otro lado, se dispone de investigaciones periodísticas que ofrecen conocimientos relativos a las intervenciones de los militares en política, con particular referencia a su participación en el terrorismo de estado durante el “Proceso de Reorganización Nacional”, la “Guerra de Malvinas”, los “alzamientos carapintada” y el procesamiento judicial de los acusados por violaciones a los derechos humanos. En síntesis, al efectuar una revisión de la producción en ciencias sociales se visualiza la inexistencia de estudios que aborden la educación militar hasta el momento de la publicación de *Militares o ciudadanos...*

Máximo Badaró acometió esta investigación, con base en una etnografía efectuada en el Colegio



Militar de la Nación (CMN) entre 2002 y 2004, como parte de su tesis de doctorado defendida en 2006 en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, bajo la dirección del antropólogo Marc Abélès. Asimismo, en la definición de su tema de estudio y en el modo de abordarlo se reconocen los intereses e influencias programáticas elaboradas desde el Núcleo de Estudios sobre Memoria del Instituto de Desarrollo Económico y Social dirigido por Elizabeth Jelin. Dos grandes preguntas -solidarias en su enunciación y en su respuesta sustantiva- concitan su atención: ¿cómo se forma un oficial del Ejército Argentino en el CMN?, ¿cómo se hace para crear un militar como una persona que -por su identidad, saberes, prácticas cotidianas y valores morales- se autodefinen y sea reconocido como un sujeto diferenciado de la población civil? El desafío que debió afrontar residió en demostrar empíricamente cómo se produce ese proceso institucional de transformación de "civiles" en "militares".

La evidente dificultad que encontró para hallar investigaciones precedentes sobre la educación de los militares argentinos fue paliada positivamente apelando a dos corpus de interlocutores en cuyos aportes abrevó en forma sistemática. Por un lado, sirviéndose de algunos estudios sobre militares en otros países. Y, por otro lado, entablando un diálogo intenso con autores y textos clásicos de la antropología social y la sociología. Así, ante la inexistencia o notoria escasez de trabajos especializados en el tema, fue clave el recurso a Erving Goffman y Mary Douglas para analizar las Fuerzas Armadas y el CMN como institución; a Arnold Van Gennep, Victor Turner, Max Gluckman y David Kertzer para comprender la producción ritual del orden cotidiano y la identidad militar; a Maurice Halbwachs, Pierre Nora y Michael Pollak para abordar la construcción y transmisión de

las memorias militares; a Emile Durkheim, Pierre Bourdieu, Julian Pitt-Rivers, Signe Howell, Eduardo Archetti y Joan Scott para el estudio de la dimensión moral de la profesión militar y las relaciones de género entre hombres y mujeres en esa organización. Por su parte, Michael Herzfeld sirvió para enfocar la dimensión simbólica de la actividad militar como una burocracia estatal moderna, y Norbert Elias, Michel Foucault y Michel De Certeau para el análisis de las representaciones y usos del espacio social castrense y de la socialización de los cadetes. Estos autores se tornaron imprescindibles para optimizar las interpretaciones logradas a partir de la información obtenida en archivo o producida mediante observaciones en terreno, entrevistas y conversaciones informales. Este recurso merece destacarse no sólo por su originalidad y productividad, sino porque ofrece buenas orientaciones teóricas para continuar explorando esta temática virginal en la Argentina, sobre todo en un campo de estudios donde batirían records de citas Karl von Clausewitz, Samuel Huntington o Morris Janowitz.

El primer capítulo refiere a la historia del CMN, comenzando por su creación en 1869 y analizando su desarrollo hasta el actual período democrático. Allí se sirve provechosamente de fuentes institucionales sobre las condiciones de acceso y el perfil

del ingresante, así como del diálogo con las interpretaciones de autores consagrados en el estudio histórico del Ejército Argentino (Miguel Scenna, Robert Potash, Alain Rouquié y Loris Zanatta). En particular, muestra el modo en que las categorías claves que definen -en las perspectivas de los actores sociales- la identidad institucional, la carrera militar y el perfil del oficial fueron modificándose entre 1916 y 2004. De la lectura del capítulo se desprende -en forma solidaria con el precedente aporte de Loris Zanatta- la singular redefinición que produjo en la década de 1930 el nacionalismo católico en la orientación política e ideológica del Ejército, proyectándose muy activamente -por lo menos- hasta 1983. En 1916 los folletos de reclutamiento para el CMN destacaban los beneficios económicos que reportaba la carrera a los aspirantes a oficiales y sus familias, subrayando la necesidad de que fuesen jóvenes corporalmente sanos y sin alusiones a confesión religiosa alguna, en tanto en la década de 1930 se fue construyendo una sólida homología y continuidad entre los términos "Familia", "Ejército", "Católico" y "Nación". En 1947 esas nociones continuaban vigentes, aun cuando el gobierno

Máximo Badaró

sigue

de Perón provocó innovaciones alentando el acceso de hijos de suboficiales y trabajadores al CMN, una medida cuestionada en la época y desalentada desde 1955 debido a la sólida segmentación establecida entre las esferas de sociabilidad de oficiales y suboficiales. Seguidamente, Badaró señala que la principal transformación operada en ese modelo de educación militar se concretó en 1997, cuando el CMN ofreció una doble titulación: la tradicional como subteniente y una licenciatura universitaria en Administración de Empresas, y desde 2005 una licenciatura en Conducción y Gestión Operativa. Y si bien las nociones tradicionales continuaron presentes, nuevas ideas y valores comenzaron a circular, activando discursos profesionalistas y modernizantes que contrastan con los sentidos que otrora comprendían al militar como sacerdote laico y al Ejército como “reserva moral de la Nación”.

El capítulo dos define el perfil socio-económico y cultural del ingresante al CMN a comienzos del siglo XXI. Badaró determina que son predominantemente varones de 18 a 21 años (desde 1997 se incorporan mujeres) procedentes

de familias de clase media baja o pauperizadas de la Capital Federal, el conurbano bonaerense y localidades de la región pampeana. En las últimas dos décadas las expectativas de estos jóvenes se han secularizado: buscan un futuro, oportunidades de estudio, una profesión, un empleo seguro, posibilidades de ascenso social. Observa que, en este sentido, ese perfil de ingresante no guarda originalidad respecto de la población que alimenta actualmente el acceso a las universidades nacionales. La diferencia específica atribuida al perfil de los ingresantes al CMN residiría, no obstante, en que la mayoría posee vínculos personales cercanos con el mundo militar, esto es relaciones familiares, de amistad, profesional, de trabajo o ideológicas, que orientan su elección hacia este estudio y carrera. Se trata, pues, de jóvenes que proceden de medios sociales donde lo militar forma parte de representaciones positivamente significadas o no estigmatizadas por sus grupos de referencia. Constata también que los hijos de militares no son una presencia masiva en la institución, al tiempo que verifica una tendencia sostenida a la incorporación de hijos de suboficiales. Las transformaciones socio-económicas estructurales producidas en la Argentina post 1983 y el desigual reconocimiento social que poseen los militares desde entonces han redundado en modificaciones en la base de reclutamiento del Ejército, generando una tendencia hacia la pauperización del perfil socio-económico y cultural de sus cadetes. Otra cuestión que merece mencionarse es que el Ejército ejerce plena autonomía en el proceso de selección de los postulantes: define los estándares académicos, físicos, médicos y morales –incluyendo estos últimos la concreción de entrevistas a los postulantes y la realización de un estudio ambiental a sus familias en el que se ponderan

los “valores e ideales: familiares, sociales, cristianos, personales, sentido del deber, honradez, lealtad, sentido de la familia. Vocación militar: amor y lealtad a la Patria, valores militares, motivaciones de ingreso y expectativas con la carrera militar, opiniones sobre la situación del Ejército”-. En síntesis, Badaró advierte la existencia de una contradicción entre el perfil predominante pauperizado del actual ingresante al CMN y la representación del candidato-modelo asociado con la figura del joven varón, de clase media alta, blanco o de ascendencia europea, con padres casados por la Iglesia Católica y con formación y actividad profesional.

Los capítulos tres y cuatro plantean un análisis de la socialización de los cadetes en torno del proceso que atraviesan los “novatos” hasta convertirse en “bípedos”. Badaró señala que la incorporación al CMN comprende una transformación personal al menos en cinco dimensiones: 1) la redefinición de las identidades individuales con vistas a producir la “muerte civil” del “novato”, incorporando un nuevo sistema de clasificación de las personas, relaciones y jerarquías sociales; 2) una resocialización que implica el control público de las emociones; 3) el aprendizaje en el uso del espacio y el tiempo de acuerdo con las nociones castrenses; 4) una resocialización corporal que supone una adecuación del cuerpo a las prescripciones axiológicas y los imperativos morales ponderados por el Ejército; 5) el aprendizaje de unos criterios de clasificación estética con contenidos marcadamente masculinos, elitistas y clasistas. En suma, para el autor la realización completa de ese proceso habilita a los nuevos cadetes a integrar y representar al Ejército como una comunidad moral –la “familiar militar”- sólidamente integrada y cualitativamente diferente del

Militares o ciudadanos

La formación de los oficiales del Ejército

Máximo Badaró

(Prometeo)

“común de la gente”. Esa integración y representación requiere que los novatos incorporen en mente y cuerpo un sistema de evaluación moral de comportamientos personales y colectivos basado en una oposición taxativa entre los términos “civil” y “militar”.

Los capítulos cinco y seis están centrados en los cambios producidos desde la década de 1990 en el CMN, tras su incorporación al sistema universitario argentino y la consecuente introducción de nuevas lógicas y prácticas en las actividades cotidianas de los cadetes. El impulso dado a estos cambios habría sido motorizado desde la conducción del Ejército, antes que operado por iniciativas sistemáticas ideadas desde el Ministerio de Defensa o el Ministerio de Educación de la Nación (si bien –es cierto– desde 1983 diferentes grupos políticos y de la sociedad civil han demandado la integración de las instituciones castrenses en el sistema de educación superior nacional). Aquí Badaró muestra la existencia de tensiones sociales planteadas entre, por un lado, la afirmación de un nuevo modelo educativo centrado en la valorización universal del acceso a la sociedad del conocimiento, el desarrollo profesional secularizado y la adopción de discursos del *management* empresarial que homologan la “conducción” militar con el “líderazgo” empresario. Y, por otro lado, la persistente invocación a las tradiciones del Ejército y la definición de la excepcionalidad moral del militar, objetivada en documentos institucionales y en las actividades cotidianas de los oficiales instructores y cadetes. Esas tensiones se identifican, por ejemplo, al observar la jerarquización, segmentación y régimen disciplinar que impone el sistema de clasificación castrense a la circulación, el uso restringido del espacio y el tiempo por parte de los cadetes; y, por oposición, la necesidad de ponderar desde una lógica universitaria el

recurso a la autonomía intelectual, la administración individual responsable del tiempo de estudio, el libre acceso a los espacios académicos. También se tornan evidentes esas tensiones o conflictos cuando los oficiales instructores y cadetes reconocen los méritos académicos de un cadete sólo cuando aquellos son revalidados en el terreno militar. Badaró concluye así que la vida del régimen de internado en la academia militar impide –definitivamente– la puesta en práctica plena de un modelo de educación universitaria en la formación de oficiales.

El capítulo siete comprende un estudio de la masculinidad y las relaciones de género. La incorporación de las mujeres fue una decisión alentada y decidida desde la conducción del Ejército en la década de 1990, pero ha generado conflictos en el interior del CMN toda vez que planteó modificaciones en la identidad, socialización y organización militar. Lo femenino está tradicionalmente asociado a sentidos negativamente valorados en el mundo militar (y no sólo en la Argentina) y vinculados al mundo civil. Cadetes varones y cadetes mujeres que se destacan sólo por su buen desempeño académico en el aula son rotulados como “administrativos”, una categoría que implica una crítica a su perfil “intelectual” y “burocrático”, situado en las antípodas de la “hombría”, el “esfuerzo físico” y el “coraje” del “militar”. Asimismo, cuando una cadete demuestra buenas condiciones militares, físicas o deportivas, sus camaradas la consideran una persona excepcional

e incluso la ponderación positiva de esas aptitudes deprecia proporcionalmente la valorización de sus atributos femeninos. En la vida cotidiana del CMN las cadetes son llamadas por los cadetes como “cucarachas”, pues son “feas, negras y gordas”, una rotulación con implicancias machistas, racistas y clasistas. Y, en consecuencia, todo cadete que se relaciona por razones de estudio o afectivas con cadetes femeninas es denominado “cucarachero”, al tiempo que quienes manifiestan comportamientos tenidos como propios de “mujeres” o “civiles” son clasificados como elementos liminares o contaminantes. “Cucarachas” y “cucaracheros” amenazan la pureza moral del Ejército.

El capítulo ocho ofrece una indagación sobre la “memoria del pasado dictatorial”. El autor señala que desde la segunda mitad de la década de 1990 la conducción del Ejército produjo una renovación en la narrativa institucional sobre el pasado de la Fuerza, anclándola en personajes como el Coronel Argentino del Valle Larrabure, eventos como la “Ceremonia de Recordación de la Lucha contra la Subversión”, publicaciones como el libro *In Memoriam* y mediante la consagración de espacios de la memoria en el CMN. Esos relatos operan en los cadetes –como ocurre en otros grupos– definiendo sentidos de filiación y pertenencia a un nosotros y la diferenciación respecto de otros. La circulación de esos relatos no sólo se produce en el ámbito sacralizado de las ceremonias y monumentos, sino también en conversaciones informales de oficiales instructores y cadetes en el

MÁXIMO BADARÓ, *MILITARES O CIUDADANOS. LA FORMACIÓN DE LOS OFICIALES DEL EJÉRCITO ARGENTINO*. BUENOS AIRES, PROMETEO, 2009, 363 PÁGINAS.

POR GERMÁN SOPRANO  
(CONICET- UNQ- UNLP)

curso de sus relaciones personalizadas cotidianas. Esa memoria representa al Ejército en el pasado como una víctima del accionar de “terroristas” y “subversivos” y, en el presente, como víctima de la incompreensión gubernamental y de sectores de la sociedad argentina que sostienen una memoria parcial sobre la historia reciente.

El trabajo de campo le permitió al autor reconocer que la identidad de los militares, al igual que en el caso de otros grupos sociales, “es ante todo una experiencia corporal y estética que se reviste de valores morales, ideológicos y culturales”. Pero la etnografía no sólo lo llevó a observar qué hay de general en su comportamiento sino también a comprender su singular inscripción en la sociedad. En este sentido, plantea la imposibilidad de conciliar la integración de las dos dimensiones que sustentan actualmente el “ideario del Ejército Argentino” -la “Constitución Nacional” y los “valores permanentes de la institución” y la “Fe en Dios”, el “Amor a la Patria” y la “Pasión por la Libertad”-. Por ello, señala que “los cadetes carecen de una doctrina y un lenguaje que les permita pensarse al mismo tiempo como militares y ciudadanos de una sociedad democrática, y concebir una igualdad moral y de estatus, y no sólo derechos y obligaciones constitucionales, entre ellos y el común de los ciudadanos”. Esa imposible conciliación tendría su centro en una identidad construida en torno de la excepcionalidad moral del militar en la sociedad argentina, una noción que tornaría inviable cualquier integración simultánea en la persona de la identidad y condición como “ciudadano” y

“militar”.

En suma, el trabajo de Badaró constituye una referencia insoslayable para quienes se interesen en profundizar en el conocimiento histórico y presente de la educación inicial en el Ejército, ya sea buscando inspiración e interlocución académica, o bien procurando informar sus argumentos para desplegarlos en polémicas e intervenciones políticas. Hasta el momento su aporte es un esfuerzo aislado, sobre todo si se lo inscribe en el escenario de enorme productividad y diversidad de campos de estudio que han desarrollado las ciencias sociales en Argentina en las últimas dos décadas y media. Evidentemente, todavía hoy los científicos sociales no hemos conseguido apropiarnos del estudio de la formación y configuración profesional militar como un tema académicamente legítimo, tal vez influenciados por la evidente falta de empatía que domina en muchos su relación con esta población-objeto. Adicionalmente puede decirse que la dirigencia política y amplios sectores de la ciudadanía no identifican los temas de la defensa nacional y las Fuerzas Armadas como un asunto de interés en la agenda pública. De modo que mientras persistan estos posicionamientos, probablemente continuaremos manifestando indiferencia, desconocimiento y aún abierta reproducción de estereotipos acerca de esta cuestión.

Para finalizar quisiera formular dos consideraciones críticas respecto de esta excepcional contribución al estudio de la formación de los oficiales en el Ejército. La primera tiene que ver con que -según Badaró- la etnografía se inscribió en un escenario en el que dominaba una lógica de relaciones inspirada en el “modelo de la guerra”, esto es en la oposición “amigo/ enemigo”. No obstante, atribuye eficacia social a esa oposición, localizándola unilateralmente en las perspectivas

con que los militares comprenden lo civil y más específicamente en la forma en que se representan a los universitarios (sobre todo, los de las universidades públicas). En mi opinión, esta afirmación es históricamente plausible, pero considero además que dicha lógica también moviliza el sentido común académico con que muchos universitarios piensan a las Fuerzas Armadas. La incidencia de la historia reciente (y quien escribe estas líneas no puede sustraerse a su influjo) sesga, parcializa o politiza la comprensión de este objeto de estudio. De allí que los científicos sociales tampoco conseguimos sustraernos totalmente del peso de los prejuicios y estereotipos sobre los militares.

Quizá por eso el autor tiende a enfatizar fundamentalmente los comportamientos de los militares que dan cuenta de lógicas y prácticas sociales que los autonomizan o particularizan en forma radical en su relación con otros actores estatales y societales y en su inscripción en el Estado y la sociedad argentina. Ello aun cuando en la introducción del libro plantea la necesidad de posicionarse críticamente frente a quienes estudian las relaciones cívico-militares comprendiéndolas como expresivas de dos colectivos sociales taxativamente diferenciados. Sin embargo, en sus conclusiones termina por confirmar la persistencia de esa primacía de la autonomía y, por tanto, se coloca en el terreno de los estudiosos contra los que *a priori* intentó distanciarse. Hay al menos dos razones que justifican la persistencia de análisis que abordan a las Fuerzas Armadas predominantemente como una institución autónoma. Por un lado, razones de enfoque y método

ligados a la génesis y el desarrollo de los estudios anglosajones sobre militares, particularmente a la influencia de autores como Huntington y Janowitz. Por otro lado, el foco en la autonomía militar reconoce evidencias empíricas en el protagonismo político que éstos tuvieron en la historia de América Latina del siglo XX y en la Argentina de los años 1930 a 1983.

Es posible que las ciencias sociales continúen ahondando en el estudio de esa dimensión autonómica con la que tradicionalmente se analizó a las Fuerzas Armadas. Pero entiendo que también sería deseable que la historiografía, la antropología social, la sociología y la ciencia política apuesten a una comprensión de la cuestión militar como punto de referencia de investigaciones que no la enfoquen unilateralmente en perspectivas centradas en la autonomía institucional o la de sus actores, o bien –y en forma solidaria con lo anterior– desde el exclusivo reconocimiento de las dimensiones políticas e ideológicas asociadas con esta población-objeto. Sin pretender ser exhaustivos, pensamos que los militares como población y las Fuerzas Armadas como institución bien pueden servir para pensar otros tópicos igualmente relevantes para la agenda pública y de las ciencias sociales; unos tópicos que además cualificarían nuestras interpretaciones acerca de esa autonomía o esas dimensiones políticas e ideológicas en la historia argentina. Todavía nos debemos el diseño y la concreción de estudios comparados sobre las Fuerzas Armadas como parte de iniciativas de investigación que comprendan la génesis y el desarrollo de las agencias y burocracias estatales nacionales desde la segunda mitad del siglo XIX al presente, o que identifiquen la inscripción y el perfil socio-económico y cultural del personal militar (oficiales y suboficiales) y de sus familias en la estructura social

y en la producción de diferencias regionales en la historia de la sociedad argentina.

Karl Marx decía que “la tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla la mente de los vivos”. La lectura de *Militares o ciudadanos...* ofrece argumentos elocuentes para comprender cómo la socialización de los cadetes en una institución más que centenaria como el CMN conlleva la incorporación en mente y cuerpo de una particular identidad definida en el interior del Estado y la sociedad nacional. Sin embargo, como señalaba más arriba, no podemos explorar sólo la opción analítica que reconoce la eficacia con que operan las determinaciones que autonomizan las perspectivas, experiencias e inscripción social de los militares. En la última década algunos historiadores argentinos han redefinido las interpretaciones sobre los “golpes” y “gobiernos militares” concretados entre 1966 y 1983, comprendiendo en torno de aquéllos los procesos de alianza y conflicto que dieron lugar a la configuración de grupos de civiles y militares con fines políticos, económicos, sociales, culturales y educativos comunes, y caracterizando su participación solidaria o conflictiva en el nivel gubernamental y societal nacional y, en mucho menor medida, en los provinciales, municipales o en otras localizaciones. Avanzando por esta última vertiente del conocimiento social, será posible inscribir mejor a las Fuerzas Armadas y a los militares como integrantes de un mundo más extenso y heterogéneo, donde simultáneamente sean comprendidos como sujetos singulares y también como expresión parcial de otros colectivos sociales. Decididamente, los esfuerzos institucionales por afirmar una particular identidad, socialización y organización castrense, coexisten históricamente con la eficacia de otras determinaciones que sitúan a los militares en universos complejos

de identidades y tramas de relaciones familiares, de amistad, vecindad, clase social, género, religiosas, políticas, económicas, culturales u otras que heteronomizan sus comportamientos. Sólo explorando la incidencia de estas últimas podremos responder más ajustadamente a la pregunta de cuán permeable ha sido el personal de las Fuerzas Armadas al influjo de las continuidades y los cambios producidos en la sociedad argentina de las últimas décadas.

El desafío que supone una aproximación a la cuestión militar avanzando en el reconocimiento de las determinaciones autonómicas y heterónomas activas en y sobre los militares requiere, sin dudas, un esfuerzo adicional de los científicos sociales para evitar que el peso de los enfoques, métodos y apriorismos políticos heredados de las generaciones intelectuales pasadas gravite con la fuerza de una lápida que sesgue las posibilidades de conocimiento empírico. No creo que haya respuestas únicas a este desafío, en nada sencillo por razones epistemológicas y para muchos por motivos políticos y éticos. Sin embargo, cualquiera fuese la opción que tomemos, seguramente demandará el recurso a una concepción del compromiso intelectual y político en la lucha contra el autoritarismo y en favor de la democracia que no vea la concreción de un análisis social crítico y desprejuiciado sobre cualquiera de las dimensiones implicadas en el estudio de los militares en la Argentina.

POR ELISA PASTORIZA  
(UNMDP)

El último libro de Orlando Figes posibilita una oscura travesía en el tiempo de la intimidad de las familias que vivieron bajo el terror de la dictadura estalinista. El historiador e investigador inglés, uno de los mayores conocedores de la vida social rusa en el siglo XX, configuró esta historia mediante la realización de cerca de mil entrevistas personales, además de utilizar otros documentos como cartas y diarios de personas víctimas del terror del régimen soviético.

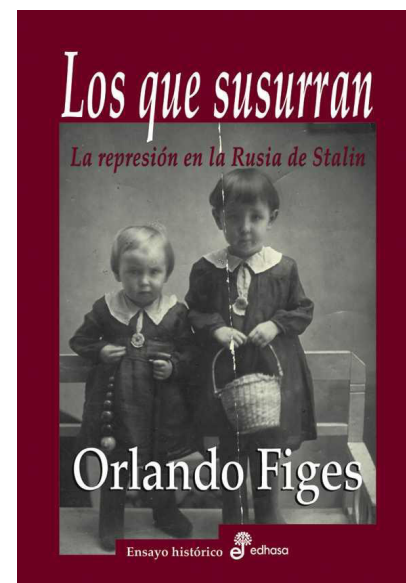
*Los que susurran...* es un libro sobre hombres y mujeres que sufrieron diversos modos de persecución en la Unión Soviética. Afirmar que solamente trata de los crímenes del estalinismo sería limitar su alcance, porque tras la muerte de Stalin el mundo oculto del susurro, el miedo, el desarraigo, el trauma, perduraron. Se trata, entonces, de la manera en la que un sistema basado en el terror penetró en los sentimientos y emociones de la gente. La lengua rusa tiene dos palabras para definir "susurrante". La que alude a la persona que murmura por temor a ser oída (*shepchuschii*) y la que refiere al informante-soplón de las autoridades (*sheptun*). Lo curioso es que esta distinción se origina en la época de Stalin, cuando la sociedad soviética estaba atravesada por las dos clases de "susurrantes", entrelazando terror y denuncia. El libro transita la Rusia soviética de Stalin, el largo período que va desde fines de los años veinte (con hincapié en el proceso conocido como la *colectivización*) hasta el llamado *deshielo*, luego del discurso de Krushev en el XX Congreso del PCUS denunciando los crímenes estalinistas. Las grandes purgas de los años treinta y el impacto de la Segunda Guerra son otros dos grandes problemas desarrollados en el relato.

La obra comienza presentando la historia de Antonina Golovina, una niña de ocho años que fue al exilio obligado con su madre y sus dos hermanos menores a la siberiana región de Altai, luego de la condena y arresto de su padre a tres años en un campo de trabajo, acusado de ser un *kulak* o campesino "rico". La familia no solamente fue despojada de sus propiedades (vivienda destruida y madre desalojada y obligada al destierro), sino también totalmente disgregada. Hermanos, abuelos, tíos, tías y primos huyeron para evitar ser detenidos, aunque la policía los capturó y todos fueron a parar al Gulag. La niña pasó tres años en un campo de reeducación donde presencié escenas de martirios: hambre, frío, padecimientos,

enfermedades, agonías y muertes. Gente viviendo en agujeros excavados en la tierra congelada, muertos apilados lanzados al río. Antonina pudo retornar pero aquellas experiencias traumáticas dejaron heridas irrecuperables en su psiquis. El estigma de su origen *kulak*, el pertenecer al "enemigo de clase" y "del pueblo", fue sin duda lo más duro de llevar. Por eso no pudo acceder a algunos trabajos y quedó expuesta a las persecuciones del estalinismo, creciendo con un permanente sentimiento de inferioridad social. El terror la llevó a silenciar su historia hasta con las personas más queridas y allegadas. Con el tiempo modificó su apellido para ocultar su pasado y tuvo dos matrimonios. Con uno de sus esposos convivió casi cuarenta años, a lo largo de los cuales nunca reveló su historia. Lo paradójico fue que su marido también provenía del mismo origen prohibido y tampoco llegó a sincerarse con ella. En este caso como en muchos otros, ni los susurros ayudaron a contar la verdad. Tal vez sea éste el mayor e imperdonable legado que Stalin dejó en el inconsciente colectivo de los rusos.

Esta primera historia de apertura resume la de muchas familias rusas en aquellos sombríos años. A los millones de muertos provocados por el hambre y la guerra hay que sumarles al menos otros tantos que perecieron en manos de la brutal maquinaria represiva soviética, víctimas en su mayoría ocultadas e ignoradas hasta hace muy poco. El derrotero y el padecimiento de aquellas personas eran muy poco conocidos. En forma fragmentaria nos habían llegado mediante unas pocas novelas y películas, los textos de Boris Pasternak, Ilia Ehrenburg y Aleksandr Solzhenitsyn y en los noventa las películas de los directores rusos, los hermanos Nikita Mijalkov (*Sol Ardiente*, 1994) y Andrei Konchalovski (*El círculo del poder*, 1991). Ahora ese escaso conocimiento lo profundizamos con este nuevo estudio académico.

Desde el principio el autor manifiesta su propósito de incursionar en la experiencia de los millones de afectados por aquellas políticas, en su inmensa mayoría apartados de los movimientos políticos opositores al régimen. Así pretende ir más allá de testimonios que nos dejaron varios intelectuales disidentes (o sus mujeres). La lista no es tan profusa: Eugenia Ginzburg, Victor Serge, Nadezhda Mandelstam (narra la persecución y muerte de su marido, el poeta Osip Mandelstam), Elizabeth Poretzki, (en *Les notes* evoca la historia trágica de su esposo, el agente polaco de



la GPU Ignacio Reiss), Leopold Trepper (que armó la Orquesta Roja, la red de espionaje berlinesa desmontada por la GESTAPO en 1942), el mismo Leon Trotski y el húngaro Arthur Koestler. Asimismo, las mencionadas obras literarias de Aleksandr Solzhenitsyn, Boris Pasternak e Ilia Erhemburg, entre otras.

Figes interpreta que ellos reflejan la visión de individuos comprometidos en forma militante con la oposición al régimen. También visualiza los límites de una historia centrada en la participación de los individuos en la esfera pública. Su pretensión, entonces, es captar un universo más amplio, la experiencia de millones de personas comunes que fueron enviadas a los campos de trabajo, al exilio en zonas remotas o la ejecución sumaria. En definitiva, el impacto del GULAG, con sus valores y normas, en el mundo interior de los ciudadanos.

Y aquí traemos el testimonio que da cuenta del padecimiento de los Slavin. Ida cuenta escenas de la detención de su padre, un prestigioso jurista que no pudo escribir un libro por encargo de la NKVD elogiando la labor reformista del Gulag sobre los trabajadores que participaron en la construcción del canal en el Mar Blanco. Recuerda aquella noche interminable, cuando fue despertada por una luz brillante y emergía desde la oscuridad la figura del oficial del servicio secreto: "Esa noche destruyó algo en mi interior. Destrozó mi

*fe en la armonía y el sentido del mundo. En nuestra familia siempre había habido un culto a nuestro padre. Para nosotros, él estaba en un pedestal tan alto que, cuando cayó, pareció que el mundo se terminaba. Yo sentía terror de mirarlo a los ojos, quería evitar que él viera mi miedo. Los hombres de la NKVD condujeron a papá a la puerta. Yo lo seguí. De repente él se dio vuelta para mirarme una vez más. Advirtió el caos de emociones que me embargaba. Ahogada por las lágrimas, fui corriendo a abrazarlo. Él me susurró al oído: 'Pequeña, mi amada hija, la historia comete errores, pero recuerda: iniciamos algo grande. Sé una buena joven comunista'.*

Historias desesperadas de aquellas familias que hacían lo indecible para sobrevivir, para encontrarse unos a otros y sortear un sistema de represión y vigilancia, además de la complicidad y delación. Aunque -a lo largo del libro se lo palpa- el terror sacó lo peor de la población, también existen casos en los que sucedió lo contrario. Y las historias narradas sirven para recordarnos de lo que son capaces los seres humanos en condiciones imposibles, de los extremos a los que están dispuestos a ir para salvar a otros.

El extenso trabajo de 889 páginas va y viene por la vida de centenares de personas, explorando en los íntimos detalles de los hechos cotidianos. Cómo vestían, cómo dormían, cómo intentaban, pese a todo, mantener vivo el concepto de familia que el régimen se empeñaba en destruir. Si bien en el texto algunas biografías se destacan (como la de Konstantin Simonov), el protagonismo se lo lleva el numeroso corpus de pequeñas biografías configurado a partir de archivos y entrevistas orales.

Para acceder a la dimensión de la subjetividad, el historiador efectúa la actividad artesanal que consiste en unir fragmentos, trozos, huellas, depositadas en la memoria social del pasado. Esas huellas provienen de un gran archivo oral que ha reunido un corpus de aproximadamente mil testimonios resultado de entrevistas a individuos cuya edad promedio es cercana a los ochenta años. Estas entrevistas -cuyos entretelones muchas veces son contados por el autor- registran un campo oculto muy difícil de captar para los profesionales: como sentían y vivían las personas los sucesos del pasado. En este punto es importante señalar que la llamada "historia oral", como cualquier

disciplina sujeta a los trucos de la memoria, presenta sus dificultades. Hay recuerdos que se olvidan, los hay penetrados por los mitos y las ideologías, como también otros atravesados por el presente. Sin embargo, dichos problemas deben ser subsanados con un trabajo riguroso que implique cotejar esos testimonios con otros registros de archivos públicos y documentales. Esto es lo que hace Figes. Cada historia está bien documentada y avalada con cartas íntimas -muchas enviadas desde el exilio de Siberia-, diarios personales -el único refugio donde se escribía la verdad- y fotografías. Recuerdos, desgarradores recuerdos que se suman página tras página hasta conformar una suerte de relato propio de la más tradicional literatura rusa en el que, una vez más, la realidad supera a la ficción. Como ya nos tiene acostumbrados este autor, *Los que susurran* también presenta una estructura casi de novela, optando como hilo conductor por el devenir de nueve familias (Simonov, Laskin, Bushuev, Fursei-German, Golovnia-Babitski, Konstatinov, Nizovtev-Karpistkaia, Slavin y Delibash-Liberman), cuyas vivencias recoge en diferentes instancias de cada uno de los capítulos. Una estrategia ya utilizada en su historia de la revolución rusa. Lo interesante y que le otorga mayor complejidad es que en el caso de algunas de ellas, como la de Simonov, no se trata de opositores sino de defensores del régimen. Era un escritor y poeta nacido en el seno de una familia noble que se "reconstruyó" en los treinta como un escritor proletario, autor del célebre poema *Espérame*, memorizado por los soldados en el frente al expresar sus deseos de retornar a casa. El poeta encarna a muchos jóvenes de aquellos años en su esfuerzo por ser "un buen ciudadano soviético" y al mismo tiempo encontrar los resquicios para liberarse de las exigencias de un estado policial. El resultado es un libro denso, de atisbos reveladores y visiones nuevas, animado por la pasión de un historiador amante de la cultura rusa y un sentido trágico que tornan desgarradora su crónica. Un relato que entretiene escenas de violencia, terror y pena que nos permiten reflexionar sobre diversas cuestiones e interrogantes. Señalaré algunas.

Una sociedad edificada para liberar al hombre monta un invulnerable aparato policial y militar estatal que conduce esta impresionante tragedia, anclada

no solamente en la represión y la muerte sino también en un casi infranqueable sistema de delación. En este sentido, esta gran paradoja o ironía de la historia (en palabras de Isaac Deutscher) otorga una dimensión más creíble a la utopía negativa que magistralmente edificó George Orwell en *1984*, que finaliza cuando la víctima al morir alaba al verdugo.

¿Quiénes llenaron los campos de detención? ¿La oposición? Evidentemente no eran tantos como la propaganda del régimen proclamaba. Este libro muestra que quienes poblaron el Gulag fueron en su inmensa mayoría las familias campesinas (por sus escasas pertenencias materiales es difícil calificarlas como "ricas"), esa acusada "burguesía" que había que exterminar, cuyos sobrevivientes constituyeron la mano de obra esclava de la tan elogiada y vitoreada industrialización estalinista y las grandes construcciones (entre otras, el canal del Mar Blanco y los trenes subterráneos en Moscú).

Un último aspecto tiene que ver con la objeción más difundida hacia el autor -que une a propios y extraños-: su interpretación liberal de la revolución rusa. Orlando Figes integra junto a otros historiadores una tendencia historiográfica muy crítica de la revolución de Octubre y del Partido Bolchevique. Ante el gran interrogante contrafáctico del siglo XX, el repetido "¿Qué hubiera pasado si Lenin no moría tan tempranamente?", la respuesta de Figes es categórica. Las bases y anclajes de esa sociedad que alumbró el sistema autoritario estalinista fueron creados por Lenin y la vieja guardia bolchevique (parte final de *La Revolución Rusa. La tragedia de un pueblo*, Barcelona, Edhasa, 2000).

Este punto de partida, su defensa de la revolución de febrero, del campesinado y su doble carácter antileninista y bochevique- ha llevado a muchos de sus críticos y comentaristas a privilegiar estos rasgos y minimizar sus aportes al conocimiento de las consecuencias de la traumática era estaliniana. De esta forma se tiende a normalizar y, por lo tanto, justificar uno de los procesos más sombríos de la historia de la humanidad efectuado en nombre de la liberación del hombre y la construcción de una sociedad mejor. Futuro utópico por el que muchos trabajamos. Por eso, de todas mis lecturas de las obras de Orlando Figes, ésta significó un penoso viaje al pasado.

POR EDUARDO ZIMMERMANN  
(UDESA)

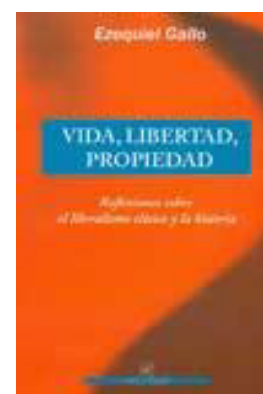
La lectura de esta colección de ensayos de Ezequiel Gallo provee una invaluable oportunidad para apreciar la forma en la que una visión del mundo y de los hombres caracteriza no sólo a una particular configuración de pensamiento político, sino también a la labor del historiador. Los ensayos, publicados en su mayoría en los años ochenta, están agrupados en tres secciones: una sobre el liberalismo clásico, otra sobre las vicisitudes de ese cuerpo de ideas en la Argentina y la última sobre diversos aspectos de la investigación histórica. Todos reflejan siempre la claridad expositiva y la permanente voluntad por transmitir ideas de manera despojada y directa que ha caracterizado siempre a la pluma del autor. La colección no ofrece una mirada integral a la obra de Gallo, o al papel que la misma ocupa en el desarrollo de la historiografía argentina, -para esto puede acudir a recientes trabajos de Fernando Rocchi y Fernando Devoto<sup>1</sup>-, pero la lectura en conjunto de estos ensayos ofrece una perspectiva singular sobre las formas en las que Gallo ha enfocado el estudio de un cuerpo de ideas en la realidad histórica y a su vez la manera en la que algunos de los principios de esa tradición estudiada han informado su trabajo como historiador.

La exposición de los postulados centrales de la vertiente del liberalismo clásico a la que Gallo ha prestado mayor atención -aquella empapada del evolucionismo de los filósofos escoceses del siglo XVIII, David Hume, Adam Smith y Adam

Ferguson, entre otros-, refleja una concepción de esa tradición que recuerda no a un rígido credo o doctrina estructurados en principios inmutables, sino a lo que Michael Oakeshott llamó una “disposición”. Describiendo su interpretación del pensamiento conservador, Oakeshott hablaba en términos que podrían extenderse a la interpretación que del liberalismo ha reflejado Gallo en sus escritos: “una disposición a pensar y actuar de cierta forma, a preferir ciertas formas de conducta y ciertas condiciones o circunstancias sobre otras; una disposición a hacer cierto tipo de elecciones.”<sup>2</sup>

¿Cómo se refleja esa “disposición” en el recorte que Gallo hace de la tradición del liberalismo clásico? En algunos rasgos caracterizadores de la misma que aparecen claramente delineados en estos textos. Primero, la desconfianza en la supuesta capacidad de los hombres de diseñar y controlar racionalmente el curso de la vida social, desconfianza basada en el reconocimiento del fenómeno de la fragmentación y la dispersión del conocimiento humano en la sociedad, tópico caro a los filósofos escoceses del siglo XVIII, y que, como bien recuerda Gallo, fue retomado en el siglo XX por F.A. Hayek. Gallo ilustra las distintas maneras en las que el racionalismo ingenuo sobre el que se apoyaron distintos intentos de ingeniería social en la historia occidental fue siempre resistido por esa tradición

<sup>2</sup> Michael Oakeshott, *Rationalism in Politics and other essays*, Londres, Methuen, 1967, p. 168.



del liberalismo evolucionista. En segundo lugar, y derivado del anterior, surge el reconocimiento de “la capacidad creadora del hombre común” (p. 125) frente a las pretensiones de autoridad del conocimiento de “expertos”, articulado científica o técnicamente en la sociedad. Esta visión ofrece una primera oportunidad para apreciar en los ensayos de Gallo el entrecruzamiento de esos conceptos tomados de la historia del pensamiento político occidental con los estudios históricos de la realidad argentina. Gallo ilustra ese rescate que el liberalismo hace del “conocimiento práctico” por sobre las pretensiones tecnocráticas en el desarrollo de los fenómenos sociales con una cita del “Discurso al comercio de Buenos Aires” de Bartolomé Mitre: “Hay inteligencia en el brazo que, gobernando el arado a través de los surcos, hace mejor tarea para bien de sus semejantes. Hay inteligencia en los pastores que cuidan las majadas. Puede haber tanto saber en el hombre que maneja una pluma como en el trabajador que sólo maneja una pala”. Del mismo modo, ese entrecruzamiento remite dentro de la obra de Gallo a su magistral estudio del desarrollo

<sup>1</sup> Véase Fernando Rocchi, Una pasión inquebrantable por la historia: Ezequiel Gallo y la historiografía argentina, en *Revista de Instituciones, Ideas y Mercados*, nº 46, Mayo de 2007, número en homenaje a Ezequiel Gallo, editado por Paula Alonso y Blanca Sánchez Alonso, pp. 13-30; Fernando Devoto y Nora Pagano, *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2009, pp. 422-430.



de *La pampa gringa*, en el cual el conocimiento práctico de miles de colonos y arrendatarios se constituyó en el motor de la espectacular transformación de la provincia de Santa Fe entre fines del siglo XIX y comienzos del XX.

Un tercer rasgo caracterizador de esa tradición del liberalismo clásico rescatada por el autor reside en la aceptación de la falibilidad e imperfección de todo arreglo institucional, y de las complejidades que la vida política plantea a las ilusiones de las fórmulas perfectas en la regulación de los asuntos humanos. En consecuencia, esa vertiente del liberalismo conduce a una concepción del gobierno de la sociedad que prudentemente concilia los ideales con la inevitable aceptación de los “*second bests*”, posición bien ilustrada en la cita de Adam Smith sobre el legislador prudente, incluida en el prólogo del libro: “Cuando no pueda establecer lo justo, no desdeñará reducir las injusticias vigentes, y cuando no pueda establecer el mejor sistema de leyes tratará como Solón de introducir el mejor que sea aceptable para la gente”.

Por último, recuerda Gallo, esa disposición del liberalismo clásico se expresa mejor como una manera de entender la acción política que se traduce en una preocupación constante por la búsqueda de arreglos institucionales que promuevan la limitación del poder estatal y la defensa de la autonomía individual que como un embanderamiento en un partido o facción política determinada. Es decir, el ideal de la actividad política dentro de esa concepción del liberalismo refleja menos la esperanza en el posible éxito de un partido político liberal que en la gradual y extendida difusión de los principios básicos de esa tradición a través de todas las fuerzas políticas.

En la sección del libro sobre el desarrollo del liberalismo en la

Argentina se reproducen tres ensayos que mantienen todavía hoy una gran vigencia para cualquier aproximación al estudio de esa tradición en nuestro país. Por una parte, una mirada panorámica sobre la evolución de esas ideas entre 1880 y 1940 que permite detectar las distintas fases que las mismas atravesaron a lo largo de esos años y a su vez atenuar las visiones un tanto simplificadas que interpretaciones corrientes imputan a la extensión de las ideas liberales en distintos momentos de la vida política del período. Lo mismo puede decirse del ensayo en el que Gallo analiza los vínculos entre el liberalismo y la reciente “era menemista”. Aquí el sutil análisis del autor trasciende el estudio de la experiencia política de los años noventa en su relación con los principios desarrollados en la primera parte del libro, para reflexionar más profundamente en torno a los vínculos entre principios e ideales políticos, la praxis política, y los compromisos y limitaciones mutuas que surgen de una experiencia histórica concreta. Finalmente, su conocido estudio sobre Alberdi y Alem en la década del ochenta, que fuera su discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia, una vez más muestra la capacidad del autor para entrelazar problemas clásicos de la historia del pensamiento político -en este caso la tensión entre liberalismo y centralización política y administrativa- con la experiencia política e intelectual concreta de dos figuras centrales de nuestro canon. La tercera sección de la colección está dedicada a ensayos que reflejan diversas preocupaciones del autor en torno al oficio del historiador. Se destaca aquí su ya clásica reflexión en torno a “lo accidental y lo inevitable en la historia”, que es todavía hoy una buena y sintética introducción a problemas básicos del pensar histórico pero por sobre todo la firme convicción del

autor acerca de la importancia de establecer sobre bases firmes la labor del historiador, bases que permitan trascender las “modas académicas” que frecuentemente operan como motores de la práctica. “La narración de eventos hecha con dignidad” (“*the narrative of events done with dignity*”), la definición de Samuel Johnson del papel del historiador, transmite esa idea de circunspección en la labor del historiador a la que Gallo parece haberse mantenido fiel a lo largo de su productiva trayectoria y que queda plenamente registrada en esta colección.

# **PRESENTACIONES DE LIBROS**

ERNESTO BOHOSLAVSKY, *EL COMLOT PATAGÓNICO. NACIONALISMO, CONSPIRACIONISMO Y VIOLENCIA EN EL SUR DE ARGENTINA Y CHILE (SIGLOS XIX Y XX)*. BUENOS AIRES, PROMETEO, 2009, 276 PÁGINAS.

POR ANDRÉS BISSO  
(UNLP- CONICET)

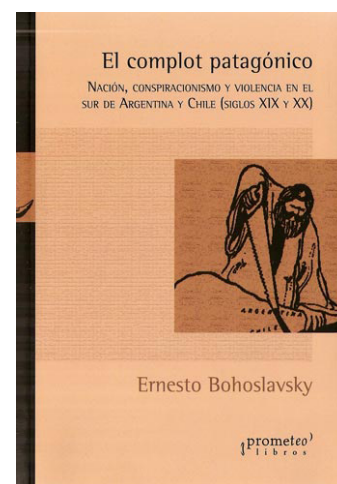
**Presentado en: Universidad Nacional de La Plata, 26 de noviembre de 2009.**

El libro que aquí presentamos se centra en la idea del complot. Idea atrayente en la política si las hay y que parece haber sido especialmente tentadora para los grupos nacionalistas de derecha, no sólo en nuestro país sino también en el vecino Chile, agrega Ernesto, y documenta en paralelo cómo una misma región puede ser entendida como caldo de cultivo de la invasión extranjera por dos países distintos. Antes de esta presentación, Germán Soprano ya se ha encargado de analizar lo provechoso de un análisis regional de este tipo, que no queda anclado en una única visión nacional. Nosotros, en cambio, nos concentraremos en la que consideramos otra perspectiva que nos parece también importante resaltar.

Nuestro interés particular en el libro, dentro de las muchas aristas interesantes que tiene, está dado por su análisis de las formas de construcción de la idea de “complot” como mito movilizador y promotor de ciertas políticas y determinadas ideologías. Está claro, como dice el autor, que lo que está en juego no es cuán “verdaderos” o “falsos” pueden haber sido los múltiples complots de dominio patagónico que se mentan en el libro sino las causas por las cuales cada uno fue en mayor o menor medida verosímil y por ende se demostró capaz de funcionar como un activador de la práctica política para determinados grupos en las sociedades donde circuló ese discurso. Incluso es más interesante aún cuando esto ocurre en ocasiones que rayan lo inverosímil, y la idea de complot logra igualmente cuajar en el marco de un estado de paranoia y excitación tal como cuando le permitió ser legitimada

como norte de acción (aunque no necesariamente “creída”) por parte de algunas de las mismas comunidades patagónicas. En especial me refiero al complot (descrito en el capítulo quinto del libro) que creyó detectar la demencia del teniente Paterson Toledo poco después del golpe de estado del 6 de septiembre, en el que se confundían proveedores de narcóticos, yrigoyenistas y antiyrigoyenistas en un mismo delirio conspiracionista, que aunque sólo parecía resultar claro para el mencionado teniente demente, fue incorporado a la realidad política por los habitantes de Neuquén, quienes sufrían o en algunos casos se aprovechaban de la escenificación política que se les planteaba. De paso, como ya para esa altura del libro nos muestra Ernesto, como la sal que comenzaría a acompañar toda definición de complot de conquista patagónica del lado argentino se agregaba la existencia de intereses chilenos dedicados a incentivar a los variopintos complotados (participación chilena que sin embargo no se había mencionado durante los sucesos de la Patagonia trágica, sino durante su relectura historiográfica militar en los años sesenta.)

Retomando el capítulo sobre el complot narco-yrigoyenista, uno no puede dejar de pensar en un contemporáneo de esos hechos, Roberto Arlt, para comenzar a comprender ese proceso que a veces desarrolla la política de normalizar lo patológico. Y es por eso que Ernesto empieza su aporte con una cita de Piglia que dice “los paranoicos también tienen enemigos”. Pero a



menudo los enemigos centrales que se denuncian no son exactamente contra los que se lucha. Lo muestra bien Ernesto en el capítulo segundo, cuando encuentra que frente a la señalada amenaza peruana que ven los propietarios del sur chileno, se esconden los intentos, más concretos, de querer evitar dar respuesta a las demandas sindicales de la Federación Obrera de Magallanes. Es decir, muestra cómo puede darle sentido historiográfico puntual a esa frase de Piglia.

Porque Piglia también dice que “Arlt supo captar el centro paranoico de esta sociedad” y así se cierra el círculo que podemos trazar. Pero como también dice Piglia, “no se puede establecer un registro de ruptura histórico-social y de un modo lineal trasladarlo al proceso de la literatura”. Ernesto logra en los diversos capítulos de este libro hacer que la frase inspiradora, pero también enigmática, de Piglia, tenga una utilidad historiográfica al situársela y desarrollársela en un contexto histórico específico.

Por eso es que estas ficciones políticas, por más “ficticias” que sean, son capaces —a través de la decisión de una persona, el teniente Paterson Toledo— de enviar gente a prisión, y no pueden ser saldadas rápidamente con lecturas lineales de la ficción literaria. Precisamente esto último es lo que evita Ernesto al rastrear puntillosamente el contexto social y político en el que estas ficciones del complot circulan y se hacen posibles. Y si bien existe un núcleo mítico particularmente poderoso sobre la Patagonia, que Ernesto eruditamente recorre en su capítulo primero y que es rastreable desde la idea de los gigantes del inefable Pigafetta en el siglo XVI, los discursos del complot son inescindibles de la época histórica particular que los hace verosímiles. Por eso es que en un momento de la historia de Chile, un complot “incaico” de control de la Patagonia resultaba más verosímil que la mención a la amenaza judeo-comunista como fuente de la disgregación nacional.

Y, en esa lógica de comprensión histórica, es curioso que la vida cotidiana juegue un papel tan importante. Si bien pareciera que la idea de complot pide que aquellos que se muestran como los denunciadore y luchadores del mismo se invistan de una tarea superadora, heroica y extramundana, cabe resaltar que casi siempre que se quiera presentar un complot *comme il faut*, debe haber rastros del mismo en la cotidianeidad que permitan que la desorbitada idea de que pronto vamos a ser conquistados pueda advertirse preventivamente en el supermercado, el cine o la escuela.

Es por eso interesante en ese sentido y como analiza Ernesto en el capítulo sexto, la prédica del Movimiento Nacional Socialista Chileno con respecto a la cotidianeidad. En ella los nacistas chilenos encuentran como forma de detección del complot que se cierne sobre la patria el hecho de la pérdida de influencia que estaba teniendo la cueca dentro de las preferencias de la juventud chilena a manos del jazz “y otras contorsiones epilépticas del baile de los negros”. Eso le parece a los seguidores del jefe nacista, González von Marées, una muestra (“irrefutable”, como son todas las pruebas para quienes están predestinados a comprobar algo en

lo que ya creen) de la “insidiosa” presencia judía (extraña aliada de los negros) en Chile.

Nosotros hemos encontrado algo similar en el otro extremo del continente, en una región que, como la Patagonia, parecía amenazada por el “desierto”, las distancias y el hielo. Estamos hablando de Quebec. Allí un grupo de francocanadienses que no tenían reparos en identificar sus preferencias ideológicas de manera tajante, al editar un periódico llamado *Le fasciste canadien*, eran capaces de unificar de la misma manera que nuestros hermanos fascistas trasandinos un complot a escala mundial con las compras del supermercado y la música de las *boîtes*. Es así como en 1937 el síntoma de la penetración judía en Quebec, para los editores de este diario, se volverá claro cuando al querer comprar una lata de porotos, se encuentren con que su *packaging* cuenta con inscripciones en yidish e inglés y no en francés. Acicateados por ese descubrimiento, harán otros igualmente decisivos a su intención de rastrear el complot en el día a día. Así, el líder del fascismo quebequense, Adrien Arcand, dirá: “Por todos lados, escuchamos a esta bella juventud occidental y cristiana que por distraerse, canta una música tan estúpida y salvaje que es imposible adaptarla a textos inteligentes. Durante horas enteras, se les escuchará gritar: ‘Da-dada-dada-dada...’ o incluso ‘boop-a-boop-a-boop-a-boop’. Hasta en la expresión de sus sentimientos están judaizados, como el mundo entero ha sido judaizado, materializado y bestializado”.

Debemos recordar que estas ideas sobre el poder políticamente subversivo de ciertos ritmos musicales no era sólo producto de las mentes fascistas. En Argentina, en ámbitos juveniles católicos de la ciudad de Avellaneda, se felicitaría al intendente platense, el ingeniero Numa Tapia, por ser el artífice de una resolución que prohibía el baile de la “conga” y del “bugi-bugi”. De esta manera, el presidente de la Junta Directiva de la Congregación Mariana de Jóvenes, José Ameli (h.), se congratulaba —junto al secretario y al Director Espiritual de la Congregación— de la medida dictada por el intendente, coincidiendo especialmente en la

idea de que “Los bailes modernos vienen de la taberna, de las orgías de la Revolución Francesa, y los más recientes son sacados de las tribus indias, últimos despojos de la antigua barbarie”. Resulta interesante, en ese sentido, advertir cómo incluso una disposición respecto de las “buenas costumbres” servía a ciertos militantes cristianos para execrar la tradición revolucionaria francesa y las formas de expresividad cultural indígena, a las que atribuían —con una increíble naturalidad— la paternidad sobre la “conga” y el “bugi-bugi”.

Como también sabemos, la idea de complot en la Patagonia no ha sido únicamente producida y difundida por los grupos nacionalistas de derecha. Los socialistas, nos recuerda Ernesto en el libro, también fueron al sur a ver si podían comprobar los planes de nazificación e invasión alemana en ese territorio. Cabe aclarar que al igual que cuando intentaban comprobar lo mismo en Misiones, sin dejar de continuar su prédica alarmista, volvían espantados más que por la posible invasión teutona por la mísera condición de las poblaciones territorianas (algo similar le pasaría a algunos nacionalistas).

Pero, aunque como vimos, ideas similares de complot podían aparecer en la otra punta del arco americano o en el otro extremo del registro ideológico, lo que hace particularmente importante el trabajo de Ernesto es precisamente cómo esas ideas míticas sobre la Patagonia pueden ser analizadas en sus diferentes contextos, y cómo y por qué adoptan determinadas formas, haciéndose la idea de complot más o menos pasible de ser utilizada como arma ideológica, política y de movilización por diversos grupos políticos, entre ellos los nacionalistas, quienes, como también se demuestra en este libro, desarrollaron una teoría del complot que, aunque endeble para quienes la juzgaban desde fuera de ese ámbito y particularmente “increíble” para una visión actual, era sin embargo particularmente “sólida” para aquellos que habían “decidido” creer previamente en ella.

Mirta Lobato, *La prensa obrera*. Buenos Aires, Edhasa, 2009, 255 páginas. Presentado en Buenos Aires, el 4 de noviembre de 2009.

Por Sylvia Saítta  
(UBA- CONICET)

En primer lugar quiero agradecerle a Mirta Lobato que me haya convocado para esta presentación de su libro *La prensa obrera*, cuarto título de la colección “Temas de la Argentina” que dirige Juan Suriano en la editorial Edhasa. Menciono estos datos porque se trata entonces de un libro que se inscribe dentro de un proyecto de edición destinado a un público amplio que, me parece, sale a disputar su espacio a las divulgaciones de la historia que desde otros ámbitos, como el periodístico o el televisivo, se vienen dando en los últimos años. En este sentido, no está de más recordar que fue precisamente Mirta Lobato quien hace unos años, en un artículo firmado con Hilda Sabato y publicado en la revista *Ñ* a propósito del programa *Algo habrán hecho por la historia argentina* de Mario Pergolini y Felipe Pigna, planteó la pregunta sobre cómo se narra en Argentina la historia destinada a amplios sectores del público. En ese artículo, Lobato y Sabato sostenían, entre otras cosas, que en las versiones de la historia argentina destinadas a un público masivo, “los protagonistas son los grandes nombres: los buenos son los héroes o patriotas, que son virtuosos sin matices ni atenuantes a lo largo de todas sus vidas (con San Martín a la cabeza) y los malos son ‘los de siempre’ y se distinguen por ser enteramente corruptos y traidores”. Con ese punto de partida, Lobato y Sabato cuestionaban que en las narraciones históricas de divulgación, los hechos históricos se identificaran con las acciones de los hombres importantes, quienes se convierten en estas versiones de la historia en los que definen el destino argentino, mientras que el “pueblo” aparece siempre mencionado de manera

genérica, es uno y homogéneo, está del lado de los buenos y —esto me interesa subrayarlo— no es quien hace la historia sino quien la padece. Menciono todo esto porque creo que el libro de Mirta Lobato, *La prensa obrera*, que hoy presentamos, se inscribe en este debate en más de un sentido. En primer lugar, porque se trata de un libro destinado a un público ampliado que deja deliberadamente de lado la artillería retórica y argumentativa aprendida en la universidad para ofrecernos un relato ameno, que no es condescendiente con el lector y que no por eso es menos riguroso en términos historiográficos. Por el contrario, el libro logra conciliar dos mandatos que no son fáciles para los historiadores: el de construir un relato para todos los públicos y, al mismo tiempo, ofrecer hipótesis historiográficas novedosas y demostrarlas.

Y en segundo lugar, y esto me parece más importante que lo anterior, porque *La prensa obrera* coloca en su centro de indagación algunos de los modos en que los hombres y las mujeres comunes —y no los grandes nombres del panteón historiográfico— “hacen” la historia. Y para ello, Mirta Lobato “eleva” a tema y a objeto de la historia a un conjunto de publicaciones menores como los periódicos editados por los gremios y las comisiones de fábricas en las ciudades de Buenos Aires y Montevideo, en un período comprendido entre 1890 y 1958.

El desafío no era menor: ¿cómo leer y proponer hipótesis de lectura a partir de un material tan “pobre” en términos discursivos?, ¿cómo



sistematizar ese conjunto de páginas mal impresas y peor distribuidas, de tiradas irregulares, cuyos autores fueron, en la mayoría de los casos, anónimos obreros que ni siquiera pusieron su nombre por escrito? Creo que Mirta Lobato afronta ese desafío demostrando la principal hipótesis de su libro: que durante la primera mitad del siglo XX la prensa obrera fue una herramienta fundamental en la construcción de las identidades de los trabajadores en el Río de la Plata; que los trabajadores fueron los que fueron, entre otras cosas, porque leyeron lo que esta prensa tenía para decirles, y que, a diferencia de los diarios populares —también destinados a los trabajadores— era escrita por los mismos trabajadores. Lobato subraya muy bien este punto: se trató de un proyecto político, ideológico, cultural, cuyos promotores no perseguían ni un beneficio económico (más bien lo contrario: las dificultades económicas de su subsistencia eran casi un lugar común), ni

tampoco buscaban convertirse en periodistas. Lobato focaliza su mirada sobre el naciente mundo de los militantes-periodistas de finales de siglo XIX y comienzos del XX, porque fueron ellos los que hicieron posible la edición de esos diarios que se propusieron contribuir a la formación de una opinión pública proletaria, y sostiene que si bien ahora llamamos periodistas obreros a quienes editaban un periódico gremial, muchos de ellos rechazaban esta denominación porque —dice Lobato— “suponían que ellos [los periodistas] escribían por placer”. Se trató entonces de reafirmar que se tomaba la palabra, y por lo tanto que se escribía, en tanto trabajador de determinado oficio y no en tanto periodista. Y me parece que esta diferenciación es importante porque responde a dos cuestiones: en primer lugar, a que se trata de un momento en el que se está profesionalizando el trabajo del periodista y que, por lo tanto, asumirse como periodistas —en lugar de hacerlo como sastres, carpinteros o confiteros— era asumir un trabajo diferente al que se tenía; y, en segundo lugar, a subrayar que el que escribe y el que lee forman parte de un mismo “nosotros”, estrategia central en la construcción del diario como representante de los intereses de los trabajadores. De allí que, como describe Lobato, se construyeran redes de corresponsales y colaboradores que escribían al diario desde sus propios lugares de trabajo.

Escrita por trabajadores y destinada a los trabajadores, esta prensa gremial tenía una finalidad pedagógica (enseñar, educar, iluminar a los trabajadores), cuya función, dice Lobato, era terapéutica: eliminar de las mentes obreras las ideas morales, políticas y religiosas introducidas por las clases dominantes a través de los periódicos, la escuela o la iglesia.

Y esto es muy claro en las demandas por las denuncias de los abusos patronales, en el pedido de mejoras en las condiciones de trabajo y en la seguridad de talleres y fábricas, en las campañas por la reducción de la jornada, el descanso de un día a la semana, el trabajo nocturno. Mirta Lobato analiza las redes discursivas de estos periódicos y presta particular atención a las ilustraciones y fotografías que pusieron en circulación. En este sentido, el libro amplía notablemente el campo de análisis de los historiadores, que son —o eran— poco proclives a incorporar fuentes documentales no escritas como las ilustraciones, las viñetas, las fotografías, y que suelen dejar —o dejaban— el estudio de estos materiales a los historiadores del arte.

La incorporación de la imagen como fuente de estudio le otorga gran densidad al análisis de la prensa obrera porque, me parece a mí, aunque Mirta Lobato no lo diga en estos términos, es en el uso de la imagen donde estos diarios adquieren mayor eficacia tanto en los modos de representación de los espacios laborales como en su representación del mundo patronal. Mirando las ilustraciones que trae el libro y leyendo también las citas de los diarios que reproduce, me parece que el discurso escrito “atrasa” en sus modos de representación del mundo del trabajo pues apela a formas retóricas y figuraciones que provienen del folletín urbano del siglo XIX o de la poesía sentimental tardo-romántica y decadentista; las imágenes, en cambio, incorporan procedimientos formales que provienen tanto del periodismo moderno de comienzos de siglo como también de los afiches publicitarios, la historieta y la propaganda.

En este sentido, una de las preguntas que me hice cuando terminé de leer el libro fue si efectivamente el discurso de esta prensa obrera propuso valores alternativos, sobre todo en la cuestión moral y religiosa. Porque está claro que esta prensa obrera propone otros valores a la hora de pensar las condiciones laborales o los derechos de los trabajadores; no es tan claro a la hora de pensar la moral o el lugar de la mujer en la sociedad y, principalmente, en el mundo laboral. A partir del análisis, Lobato demuestra, por ejemplo, que

el lugar de la mujer y la visión sobre el trabajo femenino es el mismo que el que se encuentra, por ejemplo, en la prensa burguesa, de la que esta prensa obrera buscaba diferenciarse. La imagen que predomina es la de la “pobre obrerita” de Evaristo Carriego que en las ilustraciones aparece en esas figuras exhaustas y débiles, esclavas del trabajo y del patrón. Y cuando esto cambia —más allá de los cambios más específicos que se encuentran en la prensa comunista donde sí aparece otra imagen de mujer vinculada a las representaciones soviéticas de la nueva mujer en tiempos revolucionarios— es durante el peronismo, un cambio que, lejos de provenir de la cultura trabajadora, reproduce, otra vez, el discurso estatal sobre las mujeres.

Con respecto al discurso moral, sucede algo parecido. Lobato sostiene que el lenguaje simbólico dramático que la prensa toma de las religiones, en particular de la católica, se traduce en “una suerte de misticismo extendido que enfatizaba las cuestiones espirituales y el amor a los otros (los trabajadores, los explotados, los pobres, los humildes) y el rechazo a los poderosos, avaros, explotadores”. Las creencias religiosas nutrieron las ideas relacionadas con la conformación de un mundo moral y la esperanza de salvación a partir de la profunda transformación social. La denuncia de las condiciones de trabajo en fábricas y talleres fue presentada siempre como un descenso a los infiernos y para poder salir de él había que organizarse y combatir por un mundo mejor.

El uso de la imagen del infierno que

sigue



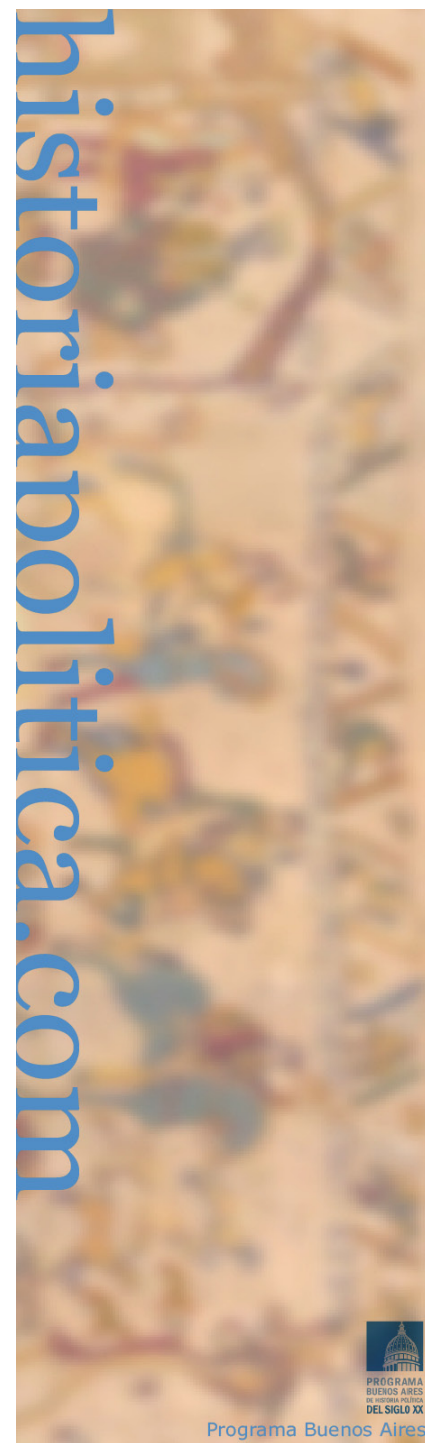
hacen los trabajadores para describir el mundo del trabajo es por lo menos inquietante y nos devuelve a la pregunta sobre los modos de apropiación de la cultura “alta” por parte de la cultura popular. Lobato dice: “La imagen se correspondía con la creada por Dante Alighieri en la *Divina Comedia* y, de hecho, algunos de sus versos constituyen los epígrafes seleccionados por los periodistas obreros. El infierno es una alegoría sobre el estado de las personas, pues a partir de los méritos o de su ausencia es que las ‘almas’ se hacen acreedoras de castigos y recompensas. (...) El ‘lastimoso espectáculo’ del infierno era producido en fábricas y talleres”. Si esto es así, si el modo en que los trabajadores se auto-representan en el mundo del trabajo es en el infierno dantesco, la pregunta que surge entonces es sobre el lugar del “pecado” y de la “culpa” de la clase trabajadora: ¿acaso los trabajadores están en el infierno porque “merecen” el infierno como acontece en el infierno de Dante? El uso de la imagen inquieta porque en su apropiación la culpa pasa de los patronos a los obreros y ratifica un orden moral que el mismo discurso de los diarios vendría a discutir.

Para terminar. Mientras leía el libro recordé una de las hipótesis de Peter Fritzsche en su libro *Berlín 1900. Prensa, lectores y vida moderna*, que sostiene que las ciudades modernas y los diarios de comienzos del siglo XX son formas nuevas, cuyo crecimiento es interdependiente. Fritzsche considera que el nuevo periodismo introduce a la ciudad como su tema privilegiado calibrando así a los lectores dentro de su ritmo, enseñándoles cómo moverse en las calles y entre las crecientes multitudes. Fritzsche demuestra de qué manera el periodismo moderno fue uno de los actores centrales en el diseño de nuevas pautas de ubicación y de desplazamiento a través de las cuales los lectores incorporaron experiencias y hábitos acordes al cambiante mapa urbano y aprendieron nuevas destrezas para moverse en un espacio que se modificaba permanentemente por la modernización edilicia, los nuevos medios de transporte, el aumento de la población. El periodismo, en la hipótesis de Fritzsche, funciona

como enciclopedia de la ciudad moderna porque es en el periodismo donde los lectores encontraron una guía para incorporar experiencias y hábitos acordes al cambiante mapa urbano.

Recordando esta lectura, entonces, creo que así como los nuevos lectores urbanos encontraron en el periodismo de comienzos del siglo XX una enciclopedia de la vida moderna, es en esta prensa obrera donde los trabajadores encontraron una enciclopedia propia, que supo otorgar sentidos a un mundo del trabajo que también se modificaba velozmente. Mirta Lobato demuestra cómo los artículos publicados, las ilustraciones, los temas y sus representaciones dieron forma a una cultura obrera más definida y de rasgos propios.

Y en este punto, y no obstante la centralidad que la prensa obrera tiene en el libro, *La prensa obrera* es bastante más que una historia de la prensa obrera, como su título lleva a presuponer. Yo creo que es un novedoso estudio sobre el mundo del trabajo abordado desde una perspectiva particular que es la de la prensa obrera. Creo entonces que es un estudio sobre el mundo del trabajo pero desde la mirada de los trabajadores y que, por lo tanto, Mirta Lobato vuelve a las que son sus preocupaciones centrales como historiadora —el mundo del trabajo, las mujeres trabajadoras, el trabajo en las fábricas— pero que esta vez lo hace desde la perspectiva de los mismos trabajadores. En ese corrimiento, en ese devolverles las palabras a los verdaderos protagonistas de su historia, Mirta Lobato nos propone entonces volver a pensar un tramo de la historia argentina pero incorporando otras voces: esas voces anónimas, esas voces “menores” y muchas veces contradictorias, de los trabajadores rioplatenses de la primera mitad del siglo XX.



**COMENTARIOS DE LIBROS  
RELACIONADOS**



Una vez producido el retorno democrático en 1983, la política sobre la memoria del pasado reciente se construyó fundamentalmente a partir de la recuperación de los militantes de las organizaciones armadas en su condición de víctimas del terrorismo de Estado, mientras que su carácter de protagonistas fue soslayado (Vezzetti, 2009).

En este contexto, el *Nunca Más* no incluyó al exilio dentro del universo de modalidades represivas y, como consecuencia, un sector de la militancia fue "olvidado": el de los exiliados. Tres factores principales coadyuvaron para que esto fuera así. Por un lado, la contundencia del drama de los "desaparecidos", seguido por el de los torturados y los presos, que devaluó la importancia del problema del destierro. Por otro lado, la descalificación producida por la pervivencia de ciertas ideas presentes en el discurso militar que consideraron "subversivos apátridas" a los militantes que desde el exterior encarnaron la lucha antidictatorial (Jensen, 2007). Un tercer elemento estuvo vinculado al estigma que se generó en el interior de las organizaciones, que no facilitaron ni propiciaron la salida de sus militantes, en torno a aquellas personas que por una opción individual decidieron partir del país para salvar sus vidas, que se manifiesta en una necesidad de autolegitimación en las narrativas presentes de los exiliados (Franco, 2008).

Durante varios años el "silencio" acerca del exilio se mantuvo y las organizaciones de Derechos Humanos prestaron escasa atención a esta problemática. El desinterés fue extensivo a los científicos sociales, quienes lo consideraron una cuestión poco relevante o no abordable. Sin embargo, desde mediados de los '90 el tema ha concitado un renovado interés y se han publicado una serie de trabajos al respecto. El recorrido que sigue da cuenta del modo en el que recientemente ha sido abordado el exilio político de la década del '70 a través de tres obras publicadas por Silvina Jensen (2007), Marina Franco (2008) y Daniel Korinfeld (2008). En el caso de las primeras, se trata de trabajos resultantes de investigaciones doctorales de Historia que abordan la cuestión a partir de dos estudios de caso: el de las comunidades de exiliados en Cataluña (1976- 2006) y en Francia (1973- 1983), respectivamente. Por su parte, el libro de Korinfeld constituye una adaptación de su tesis de Maestría en Salud Mental Comunitaria, que

aborda las subjetividades de militantes políticos adolescentes que partieron con diferentes destinos entre 1975 y 1984.

El eje común que atraviesa los trabajos es recuperar el exilio que tuvo lugar en la década de 1970 como una experiencia política colectiva. Todos acuerdan con el carácter heterogéneo, complejo y polisémico del fenómeno, que está atravesado por una pluralidad de historias individuales pero que responde a un mismo hecho: la necesidad de supervivencia. Así, los autores reivindican esa experiencia como una modalidad dentro del universo de prácticas represivas del terrorismo de Estado y buscan, a partir de sus estudios, devolver el carácter de sujetos activos a los hombres y mujeres que debieron partir al extranjero durante la última dictadura militar argentina y otorgarles visibilidad.

Los trabajos de Jensen y Franco presentan un esquema similar que recorre las características del fenómeno y los aspectos generales de la emigración a Cataluña y a Francia, respectivamente; los vaivenes de la partida y de la recepción de las sociedades de acogida; la conformación de organizaciones en el exilio; el análisis de algunos momentos de tensión vividos con motivo del Mundial de Fútbol de 1978, el Congreso Mundial de Cáncer el mismo año y la Guerra de Malvinas; y, finalmente, los dilemas ante la posibilidad del retorno y sus dificultades.

En lo que respecta al libro de Jensen, la autora reivindica la "politicidad" del fenómeno a partir de tres elementos, a saber: 1) la filiación política previa de los exiliados; 2) la construcción de ese colectivo por parte de los militares como sus enemigos políticos; 3) la continuidad del compromiso militante en el exterior mediante la lucha antidictatorial. Estas consideraciones, creemos, no se limitan a la experiencia exílica en Cataluña sino que caracterizaron al conjunto de los exiliados. Los aspectos que sí la distinguen de las otras –especialmente la desarrollada en Francia, puesto que el libro de Franco permite realizar un contrapunto– están vinculados, por un lado, al vacío legal existente en España

en relación con los desterrados y la lucha por introducir el Derecho de Asilo en la constitución española. Por otro lado, a la identificación que se produjo entre catalanes y argentinos en relación con una historia común de dictaduras y destierros, y con la inscripción de las denuncias contra la dictadura en la coyuntura política española de la lucha antifranquista y en el clima de la transición a la democracia.

En cuanto a la labor de las organizaciones del exilio, hubo dos instituciones que se destacaron, la Casa Argentina a Catalunya, referente asociativo de tipo socio-cultural, y la Comisión de Solidaridad de Familiares de Desaparecidos, Muertos y Presos Políticos de Barcelona (COSOFAM), que se constituyó como una plataforma de defensa de los derechos humanos y tenía sede también en otros países. Los objetivos generales de esas y otras asociaciones del mismo tipo apuntaban a la solidaridad entre los exiliados y a la denuncia de las violaciones a los derechos humanos, al intento de lograr la unidad en la heterogeneidad, mantener la identidad nacional y dar soluciones a los problemas concretos de los afectados (situación legal, vivienda, trabajo, etc.).

La idea de heterogeneidad de experiencias y recorridos previos es una característica referida por todos los autores y un aspecto fundamental para comprender la dinámica interna y las transformaciones producidas en los exiliados a partir de la relación con las sociedades de acogida. La lógica política de exclusión del adversario en la que se habían formado los militantes y la reproducción de las diferencias ideológicas de los emigrados en las organizaciones en el exterior constituyeron un factor de debilidad y fueron generadoras de tensiones entre los integrantes nativos de las asociaciones, que evaluaron negativamente el grado de "politización" de sus colegas argentinos.

En el caso de Francia, los núcleos más importantes de argentinos estuvieron vinculados al Comité Argentin d'Information et Solidarité (CAIS), a COSOFAM París y a la Commission

Argentine des Droits de l'Homme (CADHU). Si bien el primero se autorrepresentaba como no partidario, asistió a una ruptura en 1979 debido a las tensiones entre los miembros de las dos organizaciones políticas mayoritarias que lo integraban, Montoneros y PRT-ERP, que pugnaban por imponer su perspectiva para recomponerse luego bajo una estructura más abierta y participativa. Las dos restantes eran organizaciones vinculadas directamente con la defensa de los derechos humanos, tenían sedes en distintos países y se definían a sí mismas como apartidarias, aunque en Francia los simpatizantes del PRT predominaban en COSOFAM y los Montoneros en la CADHU.

Como mencionamos, los franceses percibían una extrema "politización" de los emigrados, que provocaba un desencuentro con los argentinos que luchaban por la misma causa e impedía la posibilidad de encarar iniciativas conjuntas. Este factor y la emergencia en la Argentina del movimiento de Madres de Plaza de Mayo como nuevo actor de la "resistencia" influyeron entre los emigrados moldeando nuevas formas de intervención.

En relación con lo expuesto, la idea fuerza que plantea Franco es que los emigrados políticamente activos en Francia se constituyeron como un "nuevo actor político" cuyo perfil se vinculó a la defensa de los derechos humanos. Este nuevo perfil estuvo moldeado por la interacción con las sociedades de acogida y de expulsión, y no debe ser entendido como "despolitización" sino como un cambio ideológico progresivo en el que esos derechos se convirtieron en el primer contenido "político" y en instrumento de la lucha antidictatorial. La búsqueda de "neutralidad" resultó necesaria para garantizar la legitimidad del pedido de solidaridad en el medio francés. Se puede imaginar que la necesidad de llegar a un acuerdo básico en torno a los derechos humanos para fortalecer el impacto de la denuncia internacional fue común a los grupos de exiliados en otros países.

La autora realiza una diferenciación de conceptos entre emigrantes políticos, exiliados y refugiados. El primero se refiere a la totalidad de los actores involucrados, el segundo alude a una autodenominación de los sujetos que se reconocen a sí mismos como exiliados, y el tercero designa a quienes tuvieron ese estatuto en virtud del valor jurídico otorgado por la Convención de Ginebra

de 1951, que instauró oficialmente la política moderna de asilo en Francia, país históricamente vinculado con los derechos humanos.

Esta última acepción nos conduce a una diferenciación con respecto a la situación catalana y al abordaje de las particularidades de la cuestión en Francia. Había tres alternativas legales para quienes "optaban" por este destino: 1) solicitar el estatuto jurídico de "refugiado", accesible para aquellos que pudieran demostrar persecución efectiva; 2) residir como inmigrante; 3) pedir permiso de residencia como trabajador. En 1974, en un contexto de crisis económica, se cerró oficialmente la entrada a inmigrantes, pero el derecho de refugio nunca fue puesto en cuestión.

Por otra parte, la experiencia en Francia se dio en un contexto de ascenso de la izquierda y de un sostenido crecimiento del Partido Socialista (PS), que culminó con la llegada de François Mitterrand al poder en 1981. La autora expone que, dada la condición de los argentinos como perseguidos políticos de un régimen autoritario de derecha y como "revolucionarios latinoamericanos", fue natural que obtuvieran las simpatías de las izquierdas francesas, entre las cuales se destacó la del PS.

Si bien el exilio en Francia no fue tan numeroso como el que tuvo lugar en México o España, Franco destaca la importancia que le otorgó el régimen militar en virtud de la asociación automática de ese país con los derechos humanos que formaba parte de su imaginario, al que identificaba como espacio de encuentro internacional de la subversión y el terrorismo. La autora analiza cuatro momentos de tensión que evidenciaron la desconfianza y el malestar de los militares respecto del ámbito internacional en general y de Francia en particular. El primero de ellos tuvo lugar con motivo de la inminente realización del Mundial de Fútbol de 1978 y el boicot al evento que tuvo su epicentro en Francia en 1977. En esa oportunidad, los comités argentinos en ese país presentaron posiciones ambiguas y, en su mayoría, se manifestaron contrarios al boicot o estuvieron al margen del mismo. Franco postula cuatro factores explicativos de esta postura: 1) la influencia de las

organizaciones político-partidarias como el PRT y Montoneros, que se expresaron en contra del boicot por considerar que el Mundial debía ser una forma de mostrar la "verdadera situación" del país; 2) la existencia de una distancia cultural entre franceses y argentinos que se manifestó en la desconfianza mutua; 3) la tradicional pasión popular de muchos argentinos por el fútbol y su peso en el entramado de símbolos nacionales altamente movilizantes; 4) la tendencia a encerrarse en los propios códigos y la compañía de los connacionales, propia de toda experiencia de emigración forzada, que puede haber limitado la participación en algo que se percibía como "muy francés", puesto que el boicot se transformó en un debate interno al ser utilizado por las izquierdas para oponerse al gobierno, que se mostraba pasivo frente a la desaparición de ciudadanos franceses.

Un segundo momento de tensión se produjo en relación con el boicot al Congreso Mundial de Cáncer organizado también durante 1978 en Buenos Aires, y la convocatoria a un contracongreso en París. Este hecho no tuvo gran repercusión entre los emigrados en Francia dados su menor poder de movilización social y nacionalista y la limitada dimensión pública de una cuestión científica.

El tercer hecho está vinculado con la presencia militar en Francia, a partir de dos situaciones concretas. La primera está ligada a la puesta en marcha de un proyecto militar para contrarrestar la llamada "campana antiargentina" y la instalación de un centro de operaciones en París, conocido como "Centro Piloto" (1977-1979), el cual tuvo como objetivo paralelo el control represivo sobre los emigrados. La segunda se relaciona con las tareas de infiltración que Alfredo Astiz llevó a cabo en el seno del CAIS en 1978, que reavivaron el temor y el sentimiento de amenaza entre los desterrados.

Finalmente, la última situación

ensionante se vivió con motivo de la Guerra de Malvinas en 1982, que alentó el fervor nacionalista entre los emigrados. Jensen y Franco coinciden en sostener que la respuesta más frecuente entre los entrevistados es que "Malvinas dividió al exilio"; sin embargo, desde las narrativas presentes pocos "recuerdan" haber estado "a favor" del conflicto. La guerra produjo una ambivalencia derivada de la tensión entre privilegiar una posición de enfrentamiento con la dictadura o con el imperialismo británico. La posición peronista y montonera se manifestó entusiasta frente a la posibilidad de recuperación de las islas y tuvo dos efectos principales: por un lado, produjo la mencionada división y restó fuerza a la lucha antidictatorial; por otro, generó la incompreensión de los franceses y españoles, en los casos que nos ocupan, para quienes la realidad del régimen militar hacía ilegítima cualquier reivindicación nacionalista de la población.

La derrota de Malvinas dio el golpe definitivo al régimen y las posibilidades de apertura democrática se cristalizaron. En este contexto la posibilidad del retorno se abrió para los exiliados produciendo nuevas tensiones. Aquellos que no pensaron en volver fueron calificados de "traidores", y quienes lo hicieron se enfrentaron a una serie de dificultades derivadas de la imposibilidad de inserción laboral, al rechazo a una sociedad argentina a la que encontraron profundamente cambiada, a la tristeza de las "ausencias", ala estigmatización de la que fueron objeto por haber partido. Así, el dolor del exilio percibido por algunos como un "paréntesis", una ruptura violenta, una "cárcel", se reeditó, para muchos, con el desexilio.

El libro de Jensen, que avanza más en el tiempo y realiza un recorrido de la labor opositora de las organizaciones del exilio catalán frente a las leyes de Punto Final y Obediencia Debida y al Indulto, plantea algunas claves para comprender el renovado interés frente a la cuestión analizada, como el proyecto de reparación económica al exilio presentado en 1998 y la crisis del 2001, que generó una nueva oleada migratoria. La importancia del primero radica -pese a no haber sido aprobado aún- en haber reconocido al exilio como una consecuencia de la violencia política de los '70, así como también

a la actividad política de solidaridad de los exiliados durante la dictadura. Por su parte, la segunda facilitó la comprensión de la emigración como un proceso doloroso y permitió advertir que tiene una explicación colectiva.

En cuanto al libro de Korinfeld, plantea un "itinerario coral" a partir de la indagación de las subjetividades de cinco ex militantes, dos mujeres y tres hombres (adolescentes en el momento del destierro), mediante entrevistas en profundidad acerca del tiempo previo a la partida, la salida del país, las vicisitudes atravesadas hasta el retorno democrático y el dilema que planteó la posibilidad del retorno. Si bien algunos aspectos tratados son similares, este trabajo interdisciplinario tiene un enfoque diferente de los anteriores. El autor plantea la necesidad del abordaje de los acontecimientos dramáticos ocurridos en la Argentina durante el último cuarto de siglo pasado para comprender la irrupción de nuevas problemáticas psicosociales y clínicas en el área de la salud mental. En este sentido, el trabajo busca "descentrar la perspectiva del análisis del exilio como experiencia traumática *per se*, focalizada en sus aspectos psicopatológicos" porque considera que la misma refuerza la constitución de la categoría de "víctima", que "conlleva un sentido desubjetivante en tanto borra anticipadamente la posibilidad de la posición de agente que el sujeto conserva en situaciones existenciales extremas". Para apartarse de esta línea propone la noción de "afectado", que denota mejor el campo de tensiones sin despolitizar, invisibilizar ni dejar de diferenciar las responsabilidades del terrorismo de Estado, de las organizaciones y los sujetos (p. 41). Además, rescata también la condición de sujeto político previo de los individuos. La noción de subjetividad le permite realizar una articulación entre los aspectos psicológicos individuales y las historias colectivas al interrogar sobre los sentidos, las significaciones y los valores éticos y morales producidos en determinada cultura, las formas de apropiación por parte de los sujetos y los efectos prácticos.

Korinfeld sostiene que la partida planteó la necesidad de una reconfiguración identitaria que impactó particularmente en los adolescentes que habían constituido su identificación en el marco de una militancia que

exigía una transformación moral total de los sujetos que se incorporaban a ella. Pero, a su vez, la condición de adolescente supuso un componente de flexibilidad subjetiva para abordar acontecimientos con potencial traumático y situaciones que requieren altos grados de adaptabilidad. De este modo, el exilio encerró una serie de tensiones y ambivalencias. Constituyó a la vez una experiencia subjetiva compleja y un drama político colectivo; se presentó como una amenaza y una experiencia vigilada, pero también como un momento de apertura y de oportunidad.

A modo de cierre, cabe apuntar que esta línea de trabajos, al recuperar la voz de un sector de la militancia hasta hace unos pocos años "silenciado" u "olvidado", el de los exiliados políticos de la última dictadura militar, además de ser un aporte original y valioso contribuye a la comprensión global de lo acontecido durante el período del terrorismo de Estado. La inscripción del exilio en este marco permite abordarlo desde una perspectiva positiva, recuperando la importancia que tuvieron aquellos militantes que desde el exterior se comprometieron con la lucha antidictatorial e iniciaron también las primeras revisiones en torno al pasado reciente a partir de la aceptación de la derrota revolucionaria y la apertura de un debate acerca de las razones de la misma.

#### Bibliografía

- Marina Franco, *El exilio. Argentinos en Francia durante la dictadura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.
- Silvina Jensen, *La provincia flotante. El exilio argentino en Cataluña (1976-2006)*, Barcelona, Casa América Catalunya, Colección KM 13.774, 2007.
- Daniel Korinfeld, *Experiencias del exilio. Avatares subjetivos de jóvenes militantes argentinos durante la década del setenta*, Buenos Aires, Del Estante, 2008.
- Hugo Vezzetti, *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.

# REFLEXIONES

POR ANTONIO ANNINO  
(UNIVERSIDAD DE FLORENCIA)

Conferencia dictada en la Universidad Nacional de Salta el 17 de setiembre de 2009, en el acto de entrega del Doctorado *honoris causa*. Se reproduce con autorización del autor.

Cuando supe del gran honor que me otorgaba la Universidad Nacional de Salta me pregunté, un poco angustiado, cómo retribuir, qué decir para agradecer la amistad y la confianza que me ofrecieron con tanta generosidad. En un primer momento pensé en hablar de mis temas de investigación, pero me di cuenta del riesgo de repetirme, puesto que al momento no tengo nada nuevo para decir. Así que opté por un tema, sin duda arriesgado, pero que nos involucra a todos nosotros que hacemos esta extraordinaria profesión, la del historiador. Me refiero a la incertidumbre que rodea a nuestra disciplina. Hay quien habla de “crisis” o hasta de “muerte” de la historia. Yo no soy tan pesimista. Creo, sin embargo, que sí estamos viviendo una etapa de profundos cambios en todos los sentidos, más profundos de lo que podemos percibir, y tan profundos que resulta difícil definirlos. Estoy convencido de que éste es el problema principal: definir lo que estamos viviendo. Porque el cambio no afecta sólo nuestro saber de historiadores sino la manera de percibir el mundo. La incertidumbre del saber histórico es el reflejo de la incertidumbre del “estar en el mundo”, como hubiera dicho Heidegger. La razón de esta cita la explicaré más adelante. Por el momento me interesa aclarar que voy a hablar desde el punto de vista europeo, porque pertenezco al Viejo Mundo aunque me ocupe del Nuevo. Confieso no estar al tanto de los debates americanos acerca de la “crisis” de la historia. Espero, sin embargo, que las percepciones de un europeo resulten interesantes para los amigos salteños.

He hablado de incertidumbre. Entonces hay que empezar con sus síntomas. El primero es la reducción de las cátedras de historia en las universidades europeas. La justificación oficial es que falta el dinero, más ahora con la crisis económica. Sin embargo, aunque el dato es cierto, quedan algunas dudas. Las cátedras sacrificadas son las de Historia

Medieval e Historia Moderna (siglos XVI-XIX), mientras que las de Historia del Siglo XX (contemporánea) son las menos perjudicadas. A la vez, se asiste a una proliferación de las cátedras de ciencias sociales. Es clara la tendencia a privilegiar, a pesar de la crisis, el estudio del presente. El dato sugiere muchas reflexiones. La primera es el ocaso del gran modelo historiográfico de los *Annales* de la época de Braudel. Su conocida idea de “historia mercado común de las ciencias sociales” suponía la capacidad del pensamiento histórico de “apoderarse” de las ciencias sociales y promover así un nuevo tipo de historia total, capaz de articular entre sí todas las facetas de lo material y de lo inmaterial. Hubo un intento de renovación con la así llamada “nueva historia” de los años setenta, muy sensible a la antropología y a la producción de los discursos, pero no se logró detener el avance de las ciencias sociales, es decir de la mirada sincrónica a expensas de la diacrónica. Así que el resultado final fue que las ciencias sociales le ganaron a la historia, ocupando el centro epistemológico de nuestro universo.

Hay un segundo síntoma empírico. El presidente Kennedy tuvo como consejero en el Comité de Seguridad Nacional a Arthur Schlesinger, conocido historiador de Harvard. Hoy los “consejeros del príncipe” en todos los países son los politólogos. Personalmente no tengo nada en contra de la politología, que estudié en la universidad y sigo leyendo con interés. El punto es que hubo –y no sólo a mi manera de ver– una involución ilusoria de la disciplina hacia lo meramente cuantitativo a partir de la idea de que los datos políticos tienen un valor intrínseco y que se pueden medir con números como hacen los economistas con el dinero. Hubo, es cierto, una reacción neoinstitucionalista en contra de lo cuantitativo en Harvard hace poco, pero todavía no sabemos si va a imponerse o no. Lo que me interesa destacar es que la “dictadura del

presente” en las ciencias sociales tiene que ver con una visión neohobbesiana de la política. No es casual que Hobbes sea el autor de referencia de muchos politólogos, también en América Latina. Pero no el Hobbes de la soberanía absoluta, descubierta por la doctrina alemana en la época de Bismarck, sino el Hobbes que quiso aplicar a la política el método de la revolución científica de Galileo y de Newton. El Hobbes que en su obra *De cive* (1642) afirma que hay que estudiar el Estado como se estudian los relojes, porque los dos están hechos de piezas mecánicas. Gran parte de la ciencia social hoy es neohobbesiana porque cree que la política pone problemas “técnicos”, de ingeniería, de reglas que pueden ser calculadas. Los verdaderos sujetos de la política no son los hombres, sino que son –hobbesianamente– aquellas reglas que imponen orden en la sociedad. Repito, estamos frente a una involución. Hace cuarenta años la agenda de la politología privilegiaba todavía el estudio de las elites, un tema hoy desaparecido, a pesar de que fue constitutivo del origen de la misma disciplina antes de la Primera Guerra Mundial, con las obras de Vilfredo Pareto, Gaetano Mosca, Robert Michels, Max Weber, etc.

La “dictadura del presente” no es por lo tanto la dictadura de una dimensión del tiempo, sino de una visión técnica del mundo, una visión que asimiló la técnica del quehacer material a una supuesta técnica del quehacer intelectual. Y la técnica no tiene tiempo porque no tiene fines sino sólo procedimientos, números, cálculos, como dijo precisamente Heidegger hace ya casi un siglo. Y, como ustedes saben, existe desde entonces un desarrollo impresionante de reflexiones acerca de este tema. El nudo crucial es que nadie que sea una persona sensata quiere deshacerse de la técnica. El problema es el gobierno mental de ella.

Si me detuve sobre este punto problemático y bien conocido de la modernidad es para señalar que sólo

hace poco, y tardíamente, nuestra disciplina ha tomado plena conciencia de este desafío histórico. ¿Por qué se necesitó tanto tiempo? No es fácil contestar a una pregunta que seguramente tiene muchas respuestas posibles. Como europeo, pienso que una explicación se encuentra en la caída del Muro de Berlín, un evento dramático y a la vez simbólico que a mi manera de ver marcó el ocaso de una época entera. Y como historiador encuentro fascinante vivir una experiencia que hasta ahora conocía sólo en los libros de historia: los grandes cambios epocales duran mucho tiempo y sus efectos profundos son percibidos paulatinamente y sólo parcialmente por los actores que los viven. Hasta ahora no hemos vivido todas las consecuencias de aquel acontecimiento. Un síntoma es la paradoja en que nos encontramos: por muchas décadas se había imaginado que sin el comunismo en su versión totalitaria sería más fácil pensar nuevas soluciones al agobiante problema de la justicia y de la libertad, y ahora, veinte años después del Muro, no hay otra manera de pensar el mundo diferente de como el mundo es, *a pesar de los cambios que estamos viviendo*. A lo largo de los dos siglos pasados pudimos pensar en alternativas viables a la pobreza, la libertad, el desarrollo, la misma “felicidad”, etc. Hoy no. La “dictadura del presente” es también la constricción a pensar el mundo sin alternativas viables. Es la primera vez que se da una situación como esta. Lo único que tenemos es la percepción de una transición turbulenta desde una época de estabilidad relativa hacia un futuro sin identidad cierta.

Parece que en Berlín pasó en 1989 algo parecido a lo que sucedió en Sarajevo en 1914, cuando un disparo puso fin a una época entera y con ésta desaparecieron no sólo los sistemas políticos de la Europa imperial sino un estilo de vida, unos imaginarios y una manera de pensar el mundo que habían sido de los vencidos pero también de los vencedores de la Primera Guerra Mundial. Por supuesto, nadie se atrevería a decir que la Moscú de Stalin sea comparable con la Viena del *Kaiser* Franz Josef, ni cabe duda que la Guerra Fría no fue precisamente una *belle époque*, a pesar de los Beatles. Sin embargo, resulta difícil escapar a la idea de que con la caída del Muro se vino abajo una manera de pensar la Historia que iba mucho más allá del comunismo.

Me refiero en particular a un dato que los revisionismos quieren borrar, es decir, que el socialismo y el liberalismo tuvieron desde el siglo XIX una misma idea de la Historia: los dos buscaron en el “movimiento de los hombres y de las cosas” (Marx) la legitimidad de existir como formas de pensar la sociedad. La Historia tenía en el siglo XIX la mayúscula porque fue pensada por todo el mundo como movimiento hacia una nueva sociedad. Es lo que percibieron claramente los observadores más finos del Congreso de Viena en 1815. Tras la tormenta napoleónica, por primera vez se propuso al mundo un nuevo tipo de sociedad y no sólo un nuevo tipo de forma de gobierno, al estilo del siglo XVIII. Liberales y socialistas tuvieron dos ideas diferentes de la sociedad, pero estas divisiones salieron de una misma convicción, que se encuentra tanto en Tocqueville como en Marx, es decir, que después de la Revolución Francesa la crítica histórica era un instrumento para conocer los caminos hacia las nuevas sociedades. En este sentido tuvo razón Benedetto Croce cuando afirmó que la Historia es siempre historia del presente, pero un presente que, al igual que su pasado, se podía pensar en formas diferentes. A un presente con problemas corresponde un pasado con problemas. La “Historia como forma abierta de pensar el presente” podría ser una definición sencilla de la cuestión. Creo que recordar estas cosas no es necesariamente un acto de eurocentrismo. Si leo el *Facundo* de Sarmiento o la *Historia de Belgrano* de Mitre o las obras del mexicano Justo Sierra o del chileno Alberto Edwards, o las de tantos historiadores latinoamericanos del siglo XIX, encuentro el mismo universo, la misma visión de las relaciones entre presente y pasado.

En fin, no quiero detenerme más sobre estos puntos conocidos. Lo que me interesa es señalar *cómo se reprodujo* el vínculo orgánico entre la idea de la historia y la de una nueva sociedad posible. Porque no estaba escrito en ninguna parte que aquella visión de las cosas iba necesariamente a durar más de dos siglos. El primer momento de crisis, duro y bastante largo, se dio en el ocaso del siglo XIX, cuando apareció el desafío de las “masas” y de las ideologías totalitarias, que en un primer momento tuvieron un gran éxito. En Europa fue aplastante, mientras que en América Latina no fue tan clamoroso pero se

hizo sentir. Me parece por ejemplo que los libros de Tulio Halperin Donghi sobre el siglo XX argentino, y sus “memorias”, dan a entender la simpatía que ciertas ideologías tuvieron también en la Argentina de los treinta.

Entre las dos guerras mundiales, las relaciones entre democracia y sociedad de masas parecían imposibles. La crisis de la Historia como instrumento para pensar una sociedad más libre se expresó por una parte en el rechazo del concepto mismo de razón y por la otra en el papel de gran legitimadora de los mitos de los totalitarismos. Fue en este contexto en el que se desarrolló la obra refundacional de aquella pequeña elite intelectual que no aceptó ni el rechazo de la razón ilustrada ni las sirenas de los totalitarismos, y se lanzó a la difícil empresa de conciliar -intelectual e históricamente- a las masas con una democracia posible del futuro. Me refiero a los Max Weber, a los Kelsen, a los Keynes, a los Croce, y luego al joven Bobbio y a otros más. Ellos lograron construir un nuevo paradigma historiográfico que tuvo un gran éxito después de la Segunda Guerra, y que transformó la fragmentaria y difícil historia del liberalismo decimonónico en una Historia de larga duración, que empezaba con la revolución inglesa (o por algunos hasta con la reforma). En el marco de esta larga historia, las dos guerras mundiales fueron pensadas como etapas de crisis y a la vez de tránsito hacia una nueva democracia, que supuestamente logró lo que el siglo XIX no había logrado por los “límites” del liberalismo. Con este paradigma, la democracia de masas tuvo finalmente una legitimidad histórica: ser hija de la Revolución Francesa y del liberalismo. Así se pudo recuperar en un nuevo contexto lo que supuestamente se había perdido tras la Primera Guerra Mundial. Forzando un poco las cosas -y pido disculpas-, se podría decir que la conferencia de Yalta (febrero de 1945) fue el equivalente del congreso de Viena. Los dos se enfrentaron con el desafío de una nueva sociedad pero siguieron compartiendo la misma idea de la Historia. Si hubiera ganado Hitler es muy probable que “nuestra” idea de la Historia hubiese desaparecido en Europa, sustituida por la teorizada por Alfred Rosenberg, el mejor y más sofisticado teórico del nazismo: la Historia como autoconciencia del espíritu de la raza germánica, la Historia como recuperación de algo perdido

por culpa del judeocristianismo. Digo: de la obra principal de Rosenberg se vendieron, entre 1930 y 1944, 2,5 millones de copias (!), y no sólo en Alemania.

La Guerra Fría consolidó “nuestra” idea de la Historia porque los dos campos la compartieron. Por supuesto no me estoy refiriendo a los manuales de historia soviética, sino a la dialéctica entre la historiografía marxista y la no marxista. Si fue posible este pluralismo de visiones y de problemas es porque –con una paradoja sólo aparente– el Muro de Berlín lo mantuvo vivo. Mantuvo viva la idea de que, al igual que en el pasado, también el presente y el futuro podían pensarse con opciones distintas, de diversa índole: no sólo la contraposición frontal entre comunismo y capitalismo, o entre totalitarismo y democracia, sino también el “reformismo” político o económico, el *Welfare State*, el antiimperialismo democrático y no sólo marxista, el anticolonialismo, etc. Conceptos todos que por cierto no pertenecieron a la tradición liberal del siglo XIX. En fin, la historia de nuestra idea de la Historia está vinculada a tres fechas simbólicas: 1815, 1945, 1989. Nótese un dato: las primeras dos fechas son de conferencias internacionales, que articularon en forma nueva el pasado con el futuro, la última no. ¿Será un caso? Lo que quiero decir con esta por cierto simplista reflexión es que no fueron los historiadores sino la Historia la que salvó una idea de sí misma que no necesariamente tenía que sobrevivir. Y es en base a estas reflexiones que me pregunto si con el Muro se vino abajo también aquella visión de la Historia que conocemos y que se mantuvo porque fue compartida por los dos enemigos, a pesar y gracias a la existencia de aquel Muro.

Sin embargo, entre las tantas críticas que se podrían hacer a mis argumentaciones, una es muy sólida: el debate acerca de una supuesta crisis de la historia empezó ya antes de 1989. Lo cual es cierto. Pero aquel debate estuvo limitado a los especialistas y no tuvo realmente un gran impacto sobre el modo de producir historia. Después de 1989 sí hubo un impacto difundido y percibido que empezó a cambiar la producción historiográfica. De manera que la caída del Muro aceleró y socializó

la incertidumbre y le agregó –ni más ni menos– la certeza del fin de una época histórica.

La cantidad de libros que desde 1989 han tratado la crisis de la historia es impresionante, y es una lástima no tener todavía un estudio sistemático sobre este fenómeno. Así que cada uno de nosotros puede sólo dibujar un mapa personal: una tarea al menos útil para orientarse en la dispersión conceptual de nuestra disciplina. Si tuviera que dibujar mi mapa personal dibujaría, entonces, un triángulo: por un lado Francis Fukuyama, por el otro Roger Chartier y, en último término, Pierre Rosanvallon. Para mi no son autores referenciales sino simbólicos, en el sentido de que cada uno *representa* una cara significativa de la incertidumbre actual.

Fukuyama es el caso límite puesto que es el más provocativo y radical. No por casualidad ha hecho escándalo y fue condenado al silencio. *The End of the History and the Last Man* fue publicado en 1992. Francamente me quedé sorprendido por el escándalo. El hecho de que Fukuyama dedique –al fin de cuentas– sólo la parte introductoria al controvertido tema, y que en las demás partes exponga su teoría acerca de lo que podría ser un posible desarrollo político tras la caída del Muro, enfatizando que no existe alternativa a la democracia *tal como está*, muestra la verdadera apuesta del escándalo, es decir, la recuperación por parte de un neoconservador de un gran tema olvidado precisamente a lo largo de la Guerra Fría, que sin embargo desde Hegel fue fundacional de la modernidad política y complementario a su evolución intelectual. Fue siempre un tema “universal”, en el sentido de que no fue ni patrimonio exclusivo de la derecha ni de la izquierda, y que no estaba escrito en ninguna parte que tuviera que ser recuperado por un conservador. Hubiera sido casi más lógico que fuera alguien de la izquierda a medirse con él, puesto que el concepto se encuentra también en Marx y no en sentido negativo. El silencio y el escándalo muestran sólo que la cultura –llamémosla de izquierda o progresista– tiene todavía una actitud de remoción freudiana frente a ciertos temas del pasado. Para ridiculizar a Fukuyama se ridiculizó el concepto mismo de “fin de la Historia”, como

si su sentido fuera proponer como posible el fin del “movimiento real de los hombres y de las cosas”. Lo cual es evidentemente absurdo. Pero ésta y no otra fue la idea en contra de la cual se lanzó la gran mayoría de los críticos. Se quedó así en un segundo plano, totalmente descuidada, la “verdadera” tesis de Fukuyama, es decir que el “triumfo democrático” fue tan aplastante que ya no deja para el futuro más que la democracia misma, sin necesidad (éste es el punto) de pensarla más.

Para sustentar su tesis, Fukuyama extrema a Heidegger afirmando primero, que a pesar de todo existe una “direccionalidad” en la época pos-ideológica gracias a la ciencia y a la tecnología, y, segundo, que las dos desencadenan cambios similares en todos los países, a pesar de las diferentes culturas. Las argumentaciones de Fukuyama son en realidad más sofisticadas, pero lo que me interesa subrayar aquí es que el concepto de “fin de la Historia” no es una extravagante idea del autor, como se ha dicho. Cualquier lector del libro sabe perfectamente que Fukuyama cita abundantemente a Hegel y a otros autores, aclarando sus deudas y sus referencias culturales. Lo verdaderamente neoconservador de Fukuyama no es la recuperación del concepto de “fin de la Historia” en sí, sino su lectura, que borra la identificación hegeliana y luego marxiana entre Historia y Libertad y la sustituye por la Técnica, que no es Libertad. A pesar de todo lo que se le puede criticar a este autor, queda el hecho de que Fukuyama fue el único que planteó sin tergiversar una cuestión razonablemente aceptable: sencillamente, si podemos pensar la Historia como un movimiento hacia la Libertad.

Nadie –aparte de Fukuyama– ha dicho claramente que no; sin embargo, creo que todos tenemos serias dudas al respecto. De manera que el “verdadero” escándalo es que Fukuyama tocó un punto muy sensible de nuestro imaginario democrático, porque la caída del Muro pareció asegurar un “triumfo” de la libertad, como lo fue el “triumfo” sobre el nazifacismo. Sin embargo no fue así, y ésta es la novedad que justifica medirse con el concepto clásico de “fin de la Historia”,

es decir, de aquella idea según la cual la Historia podía ser pensada como la necesidad teórica del movimiento del mundo hacia su liberación material y cultural. En la Guerra Fría se luchó argumentando que este *paradigma* del movimiento histórico tenía dos opciones: la renovada democracia liberal o la revolución marxista. Después de 1989 —a dos siglos exactos de la *Grande Révolution*— y tras un momento de euforia neoliberal, el mundo se encuentra precisamente sin este paradigma y frente a la evidencia de no saber hacia dónde va.

La mejor definición de esta nueva condición del historiador se encuentra en el título de un libro de Roger Chartier, *Au bord de la falaise*; una palabra —*falaise*— que pertenece a la geología, una altísima y vertical pared de rocas sobre el mar. Algo que existe en Normandía y Cornovaglia; una imagen inventada por Michel de Certeau para definir el trabajo intelectual de Michel Foucault. La condición del historiador sería caminar por encima pero al borde de esta pared peligrosa, difícil, inestable, que pone en discusión constantemente las prácticas discursivas y sus vínculos con las prácticas sociales y políticas. Porque frente a la *unidad* del pasado, que permitía trabajar con grandes modelos explicativos, ahora nos encontramos con la *dispersión*. Es más —diría yo—, nos encontramos con *el tiempo de la dispersión*, es decir con un proceso donde todas las grandes tradiciones historiográficas producen constantemente proposiciones diferentes y a veces contradictorias, donde se han multiplicado los objetos, los métodos, las “historias”. Nótese de paso la paradoja: estamos forzados a pensar el mundo sin opciones, y la historiografía está repleta de opciones, como nunca antes, y como si fuera un *supermarket* donde cada historiador escoge *su* historia. No casualmente existe una tendencia a nivel internacional, la *ego-historia*, que reivindica la subjetividad del historiador, el *yo* epicentro del discurso historiográfico.

Chartier publicó su libro en 1998 y la obra recoge una serie de ensayos escritos entre 1994 y ese año, prácticamente en el umbral de la caída del Muro. En este sentido, es un libro que perfila la coyuntura crucial y permite entender en qué medida lo que se pensaba *antes* cobra más sentido *después*. No sorprende que Chartier nos ofrezca

un diagnóstico brillante. Chartier trabaja sobre las prácticas discursivas, y la incertidumbre de la historia tiene que ver también con este campo de análisis. Un campo por supuesto diferente del de Fukuyama, pero que lo cruza. ¿Por qué? En mi opinión, porque el *antes* de Chartier es el *antes* de Fukuyama, aquel *antes* del Muro, cuando autores como Paul Ricoeur, de Certeau, Michel Foucault —y cito sólo a algunos— reflexionaron sobre la Historia como productora de textos, de saberes, de “formaciones discursivas”, en fin, sobre la Historia como saber que se discute a sí mismo buscando en los eventos su genealogía, que no coincide con las cronologías canónicas de los eventos. Por mucho tiempo todos estos autores no fueron reconocidos como historiadores. Ahora sí. Este es el *después* de Chartier. Es decir, que se acepta la idea de que aquella Historia que Fukuyama considera acabada se reprodujo gracias a un artificio: *la coincidencia* entre los hechos y los discursos que los explicaban. Ahora hay pocos historiadores que creen todavía en esta coincidencia. Este dato pone otra pregunta. La primera, como dije, se refería al atraso en tomar conciencia del desafío de la técnica. La segunda se refiere al atraso en tomar conciencia de este nudo discursivo del quehacer historiográfico. ¿Cómo explicar este segundo atraso? También en este caso hay varias respuestas. Una que tuvo bastante éxito es la de la así llamada *Linguistic Turn*, una definición que sintetiza el nudo del pensamiento de Hayden White acerca de la Historia como mero género narrativo, sin nada en sí de verídico. Una tesis que tiene casi treinta años. La *coincidencia* entre las “palabras” y las “cosas” se explicaría con el artificio ilusorio de la narratividad. Las sirenas de Hayden White son muy encantadoras, pero a pesar del encanto no consideran que la narración histórica sea un instrumento y no un fin, como en la literatura. Carlo Ginzburg ha aclarado brillantemente la cuestión. La narración histórica no tiene nada que ver con la literatura, a pesar de que sí utiliza —y por qué no?— ciertas formas retóricas de la narratividad. La gran diferencia, según Ginzburg, es que la narración histórica es parecida a la de la justicia y no a la del arte. Al igual que el juez, el historiador trabaja sobre indicios (los documentos), los examina con los instrumentos críticos que tiene, y sólo al final presenta los resultados

de la investigación en forma narrativa. Lo narrativo - literario empieza con lo narrativo; lo narrativo - histórico no empieza con lo narrativo. Y éste me parece el punto crucial.

Creo, sin embargo, que hay algo más, o hasta mucho más, que puede explicar la fuerza alcanzada a lo largo de dos siglos por el artificio de la *coincidencia* entre “palabras” y “cosas”. El debate acerca del binomio Historia - Libertad se ha concentrado en el primer concepto y no en el segundo. No obstante, es este último el que nos ofrece una clave para entender la genealogía de la *coincidencia*. El concepto de Libertad moderna, o de Liberación como camino, tiene desde su origen en el siglo XVIII una naturaleza fuertemente *prescriptiva*. El hombre para ser feliz, es decir para realizar plenamente su *yo*, su “estar en el mundo”, *tiene* que emanciparse de sí mismo. Tiene que salir de su estado de “minoría” para alcanzar el de “mayoría”, como dijo Kant en un celebre artículo (1784). Fue este “imperativo categórico” —*tienes que ser libre para ser feliz*— que dio la pauta a la idea de la Historia como movimiento hacia la Libertad. El movimiento histórico de los hombres y de las cosas fue imaginado lleno de reglas, de requisitos, de leyes históricas. No casualmente hemos definido como “teleológica” a esta visión de la Historia. Pero la teleología no admite la narración. Los Diez Mandamientos no son una narración, son un texto de normas éticas. Cada palabra es un comportamiento. Romper esta *coincidencia* lleva al arbitrio y a la pérdida del *yo*. Justamente Foucault, desmantelando analíticamente las relaciones históricas entre las “palabras” y las “cosas”, acaba teorizando “la muerte del sujeto”.

La *coincidencia* entre hechos y discursos historiográficos no provino del concepto ilustrado-romántico-liberal-antitotalitario-democrático de la Historia, como piensan sus críticos, sino del concepto de Libertad que tuvimos a lo largo de dos siglos. Este es el nudo crucial de la incertidumbre que nos obliga a caminar al borde de la *falaise*. Porque si no es un problema renunciar a la teleología de la Historia, es mucho más complejo renunciar a la idea de la Libertad prescriptiva, es decir a la idea de que mi libertad necesita de garantías y por lo tanto de normas jurídicas y a la vez éticas.

Ahora bien, la “cuestión prescriptiva” tiene todavía mucho



peso en las historiografías de nuestros días, no en todas, pero sí la tiene en la historiografía política que se ocupa de los últimos dos siglos, y que estudia los dos grandes universos: el liberalismo del siglo XIX y la democracia del siglo XX. Como intenté explicar, los dos universos fueron articulados entre ellos en un único y largo proceso histórico entre las dos guerras mundiales. De manera que tenemos una herencia que, a pesar de todo, se mantiene viva, más viva aún porque, como dijo Fukuyama, la democracia queda como la única manera de ser y pensar la política y la libertad. Lo cual quiere decir que el paradigma prescriptivo genera una historia de la democracia como historia de su *realizabilidad* –si me perdonan este término *Italian-Spanish*–, es decir de lo que *se tuvo* que realizar, de lo que se hizo, de lo que no se hizo, o de lo que se podía hacer, etc.

De esto derivan dos consecuencias. La primera es la tentación continua de dividir las experiencias del pasado en casos “fisiológicos” y “patológicos”, y sabemos que en el caso de América Latina es más bien la segunda imagen la que ha sido dominante. La segunda consecuencia es que se hizo la historia del liberalismo y de la democracia con categorías liberales y democráticas. Es más, se hizo con categorías democráticas del siglo XX, reproduciendo exactamente el paradigma inventado entre las dos guerras mundiales. A mis estudiantes les digo siempre que nadie hoy estudia historia medieval con categorías medievales, y sin embargo en el caso de la historia de la democracia ocurre esto. La epistemología de la *realizabilidad* impone sus categorías a la historia como a la politología.

En este sentido, Pierre Rosanvallon representa un intento muy llamativo de salir de la uniformidad de lo prescriptivo. Rosanvallon es el único crítico de la democracia actual que no la piensa en términos normativos sino históricos y a partir de un dato muy específico: la crisis de la representación como consecuencia del ocaso de lo “social”, es decir de aquella categoría inventada a comienzos del siglo XX, que permitió articular en ciertas coyunturas la representación de los intereses colectivos con la representación de los números. Fue ésta una clave de

la reconstrucción democrática tras la Segunda Guerra y a lo largo de la Guerra Fría. La sociabilidad política colectiva, de los sindicatos, partidos, corporaciones modernas, etc, permitió dar “sustancia” a los números. En otras palabras, estas grandes formas de sociabilidad participativa fueron como unos “cuerpos intermedios” que articularon lo “social” con lo “político” vía la representación numérica. Sin ellos, la representación se vuelve un mero procedimiento. Y recuerdo mi decepción hace ya un par de décadas, cuando escuché a Norberto Bobbio definir a la democracia como un conjunto de reglas “mínimas”. No fue éste el pensamiento de Bobbio *antes*.

A fin de cuentas, toda la obra de Rosanvallon gira alrededor de un gran problema: cómo conciliar la autonomía de los individuos con la autonomía colectiva ubicada en la soberanía de la representación política. Dicho sea entre paréntesis: el diagnóstico de Rosanvallon nos muestra una paradoja. Tras dos siglos, la democracia se encontraría frente al mismo desafío de 1789: aquella distancia entre ciudadano y representación que llevó a la dictadura jacobina y a la de Napoleón. No por casualidad fue éste el gran tema de Benjamin Constant y de Tocqueville, pero también de Marx, quien lo resolvió teorizando la emancipación frente al estado. El “triunfo” de la democracia de Fukuyama es por lo tanto el “triunfo” neohobbesiano de las reglas de los politólogos. De allí la afirmación tajante de Rosanvallon: “la democracia es una historia” sin valores universales y sin racionalidad de los actores, es decir sin el principio del *rational choice*, tan querido por la ciencia política norteamericana, que produce el 80% de las obras en circulación. No se trata de un rechazo de la racionalidad por parte de Rosanvallon, sino de reivindicar su uso analítico frente a la naturaleza indeterminada y problemática de la modernidad, que no puede ser reducida a la mera prescripción de raíz ilustrada. Sin embargo, también Rosanvallon camina al borde de la *falaise* de Chartier, porque su crítica a la democracia normativa corre el riesgo de ubicarlo cerca de la tradición de Karl Schmitt, que deconstruyó la imagen dominante de la sociedad moderna y del estado para “develar” la naturaleza artificial y

vacía de sus instituciones políticas.

Creo que éste es un riesgo real, no sólo de Rosanvallon, sino de todos aquellos que estamos convencidos de que se puede hacer la historia del liberalismo y de la democracia sin sus categorías, pero a la vez sin negarlas como valor en sí. Es un riesgo que no obstante vale la pena correr. En mi caso, la apuesta de caminar al borde de la *falaise* es reubicar el siglo XIX latinoamericano en el contexto de los demás siglos XIX occidentales. No para homologarlo, sino al revés, para especificarlo aún más. En este sentido, el ocaso del gran paradigma inventado entre las dos guerras mundiales abre una oportunidad. Ahora podemos pensar que la experiencia liberal y nacional en este continente no fue tardía sino precoz y que por lo tanto tuvo que enfrentarse con un sinnúmero de incógnitas compartidas también por otras experiencias. No sólo esto, sino que la perspectiva imperial que ahora se maneja para estudiar las emancipaciones permite ubicar el caso latinoamericano en una específica perspectiva de comparación: la del tránsito de un imperio muy integrado a un conjunto de naciones cuyo camino no fue nunca fácil. El presente nos ayuda en este caso a contextualizar el tema. La caída del Muro no cerró sólo la historia del comunismo sino que abrió una nueva etapa de la “cuestión nacional”, por la naturaleza imperial de la ex Unión Soviética. Sin embargo, la caída de los imperios y las transiciones a las naciones modernas no constituyen un campo estratégico para la historiografía, a pesar de que algunos de los más graves conflictos internacionales se dieron y se están dando entre “naciones” que antes formaban parte de los imperios, como en el caso de los Balcanes o del Cercano Oriente. Es más, si regresamos por un momento a la mirada clásica, la de los casos “patológicos” y “fisiológicos”, nos percatamos de que gran parte de los países “sureños” pertenecieron a un imperio, lo cual plantea no pocos interrogantes acerca de las posibles relaciones entre esta condición y los difíciles caminos de la Nación moderna.

Un dato merece atención: si tomamos en cuenta el tamaño demográfico de los imperios hispánico, lusitano, otomano, autrohúngaro y ruso-soviético, y lo comparamos con los países de Europa occidental –donde la transición a la

Nación moderna se dió en el marco de una continuidad territorial o de una unificación (Alemania e Italia)—, tenemos que reconocer que la mayoría de los pueblos del mundo occidental y de sus cercanías inventaron la Nación en condiciones totalmente distintas de las que se dieron en los países que la historiografía utiliza como modelos de interpretación dominante. Existe entonces un desfasaje entre el referente historiográfico y el referente histórico, en el sentido de que el primero no es adecuado al segundo. Empezando por el dato -crucial en los ex imperios- de una discontinuidad entre el territorio prenatal y el territorio nacional, por efecto de una desintegración del sistema político que empezó en la metrópoli.

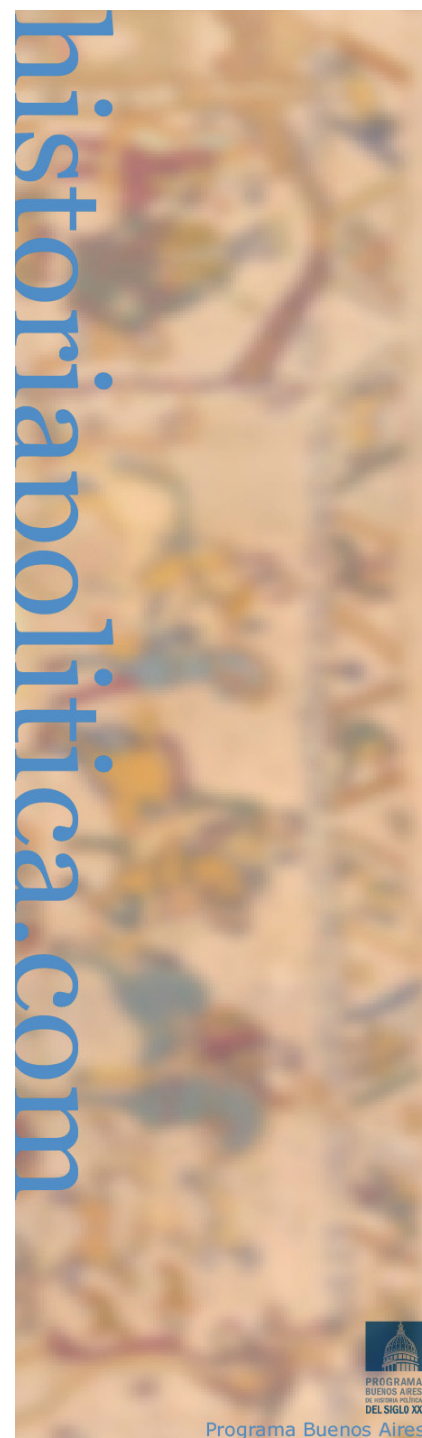
La invención de la Nación moderna en el mundo iberoamericano adquiere así un interés extraordinario por su precocidad casi anormal, por ser la última y agónica etapa de la “decadencia” de las dos metrópolis peninsulares y, a la vez, por constituir el primer caso de la caída de imperios en la época moderna. En el caso de Hispanoamérica, esta doble cara tiene un papel crucial en la invención de la Nación. En primer lugar porque —como ahora sabemos— las independencias no fueron la causa sino el producto de la crisis de la monarquía. En segundo lugar —y a diferencia de los casos que siguieron—, porque no existía antes de 1808 una “cuestión nacional” en el mundo iberoamericano. La razón es que no existía en ningún país de aquel entonces una idea clara de lo que iba a ser la Nación moderna, tal como se fue luego consolidando a lo largo del siglo XIX. Lo que se estaba discutiendo en la Europa continental era cómo escapar a la idea “despótica” de Nación salida de la experiencia jacobina y napoleónica. De manera que no hay nada de extraño si no encontramos en la América hispana antes de 1808 una idea de Nación ya pujante y compartida por las elites, mientras sí encontramos una prensa y unas formas de sociabilidad política modernas que luego se lanzaron a la invención de la Nación.

La originalidad de los casos hispanoamericanos no reside por lo tanto en la ausencia de unas naciones constituidas al estallar la crisis sino en el hecho de que apelar a la Nación moderna -aún sin un perfil claro- fue el único recurso para legitimar los poderes constituyentes que se implantaron en los territorios tras la acefalía del imperio. Con una paradoja sólo aparente, este

proceso fundó el gran dilema del siglo XIX entre una idea de Nación entendida como una “comunidad de comunidades” (los pueblos) y otra idea de Nación mono-identitaria; “centralista” y/o “unitaria”, como fue definida por el idioma político sudamericano. La primera tenía sus antecedentes en la monarquía hispánica, la segunda fue inventada para solucionar las luchas civiles, combatir la fuerza de las viejas corporaciones, consolidar sistemas federales que de hecho fueron por largo tiempo confederales. Sin embargo, las dos ideas nunca estuvieron en antítesis completa, más bien se articularon entre sí legitimando una antítesis abierta entre la sociedad local y la nacional, lo cual representa quizás la herencia más fuerte y significativa de la transición a la modernidad en el área.

Ahora bien, si ésta es —en muy resumidas cuentas— mi apuesta personal como investigador al borde de la *falaise*, es cierto también que como historiador que soy me quedo con dos obligaciones fundamentales: por una parte, proponer un marco de inteligibilidad de mi objeto de estudio y, por la otra, dialogar con otros saberes (la filosofía, la misma politología, hasta la literatura, etc.) con el fin de lograr plantear nuevos interrogantes. Me pregunto, para finalizar, si la *dispersión* no nació también de un exceso de autonomía de la historiografía, que se volvió demasiado autorreferencial y se fragmentó frente a la *aparente* unicidad del mundo salido de la Guerra Fría.

Septiembre de 2009



**ENTREVISTAS**

POR FERNANDO M. SUÁREZ  
(UNMDP)

Marcos Novaro es Licenciado en Sociología y Doctor en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires. Actualmente es investigador independiente del Conicet y profesor de Teoría Política Contemporánea en la UBA. Dirige el Programa de Historia Política del Instituto Germani y el Centro de Investigaciones Políticas (CIPOL), entre cuyos proyectos se encuentra el de la Red de Archivos Orales (RAO).

Su producción ha girado en torno a diversas problemáticas de la historia política argentina contemporánea (su principal área de investigación reciente) y la teoría política. Entre sus obras más destacadas se pueden mencionar *Pilotos de Tormenta* (1994); *Liderazgo y representación en las democracias contemporáneas* (2000); *Historia de la Argentina Contemporánea, de Perón a Kirchner* (2006) y *Argentina en el fin de siglo. Democracia, mercado y nación, 1983- 2001* (2009). También *Poder y política en el gobierno de Menem* (1996); *La Dictadura Militar, 1976- 1983* (2003), ambas en coautoría con Vicente Palermo. Además ha compilado y editado numerosos libros, como *El derrumbe político en el ocaso de la convertibilidad* (2002) y *La Historia Reciente. Ensayos sobre la experiencia democrática argentina, también compilado junto a V. Palermo*.

El diálogo que sigue tuvo lugar en oportunidad de realizarse el IX Congreso Nacional de Ciencia Política, celebrado en la Universidad Nacional del Litoral y en la Universidad Católica de la ciudad de Santa Fe, en agosto de 2009.

**Fernando M. Suárez (FMS):  
¿Cómo llegaste a la historia política teniendo en cuenta que tu formación universitaria original se desarrolló en otras disciplinas?**

Marcos Novaro (MN): Bueno, en realidad fue por invitación. Estábamos trabajando con Vicente Palermo sobre el período menemista y escribimos un trabajo en el año '95, que se llamaba *Poder y Política en el gobierno de Menem* (Norma-FLACSO, 1996). Este trabajo llegó a las manos de [Tulio] Halperin [Donghi], y él nos invitó a hacer el tomo sobre la Dictadura de la colección que había empezado a republicar (*La Dictadura Militar, 1976- 1983*, Paidós, 2003), ya que había vuelto a tomar la idea de completar esa colección y llevarla hasta estos años, hasta la actualidad. En ese momento, más o menos a

mediados de los '90, empezamos a trabajar con la idea de hacer un libro de historia, que era algo que nunca se me había ocurrido hacer. Yo había pasado de la sociología a la ciencia política ya con ciertas dificultades. El de la ciencia política era un gremio en formación, entrar en él ya me había costado cierto esfuerzo de cambios en los filtros teóricos y hacerlo de nuevo hacia la historia también fue un proceso un poco largo. Tanto Vicente [Palermo] como yo lo que sabíamos hacer era análisis político, no pensar en términos históricos, por lo menos no con el rigor que nos estaba obligando esa tarea que nos estaba encargando Halperin. Nos llevó nuestro tiempo, pero a raíz de esa experiencia me convencí de que era lo que más me gustaba. Era una forma de recoger algunas

inquietudes que había dejado abandonadas con la sociología. Era tratar de integrar perspectivas diversas en un intento de explicar los vínculos entre los procesos políticos, económicos y sociales. Creo que esa idea ya estaba presente en algunas de las cosas que habíamos escrito antes con Vicente, al menos pienso que algunos de los trabajos previos ya no eran estrictamente politológicos. Teníamos en su momento la pretensión de que fueran estrictamente politológicos, pero en verdad no lo eran. Y por lo tanto, en ese esfuerzo, no sé si me convertí en un historiador, pero al menos creo logré articular distintas

etapas de formación y de trabajo, de un modo que me enriqueció. Después -en los trabajos posteriores a la publicación del tomo sobre la dictadura- yo seguí trabajando por mi cuenta, mucho más decididamente en la línea de la historia política. Y por eso los trabajos posteriores son más en esa clave.

**FMS: En ese sentido, ¿Cómo afrontas la multi-disciplina? ¿Qué te ha aportado? No resulta menor que un referente de la disciplina histórica como Halperin Donghi se haya fijado en ustedes para pedirles ese tomo, y después a vos el que acaba de salir publicado recientemente (*Argentina en el fin de siglo. Democracia, mercado y nación, 1983- 2001*, Paidós, 2009).**

MN: Sí, creo que tal vez fue porque eran períodos muy recientes sobre los cuales los historiadores se resistían a trabajar. Halperin tal vez lo hizo pensando que iba a encontrar más interés o más disposición en gente de nuestra formación, aunque no necesariamente más capacidad para mirar el largo plazo. También eso influyó en que esos tomos sigan siendo de alguna manera diferentes a los primeros de la colección, que eran de historia social, mientras estos son más de historia política. Halperin tuvo que aceptar que nosotros no íbamos a hacer historia social. Seguramente un historiador hubiera hecho algo diferente.

Yendo a la pregunta específica, creo que el eje de la cuestión probablemente esté en el hecho que la Argentina a partir de los años '50 o principios de los años '60 es un país que es muy difícil de pensar sin reconocer la centralidad y la enorme gravitación del proceso político, los avatares políticos y la inestabilidad política. No solamente en cuanto a la gravitación de determinados actores, sino de la incapacidad de los mismos para resolver conflictos que se prolongan, se estiran, van mutando pero no terminan nunca de resolverse. Esa me parece que es una de las

claves de la explicación: la ciencia política y la sociología política se vuelven más relevantes para la comprensión histórica. Tal vez eso explique tanto el interés de Halperin por nuestro trabajo como el hecho de que, tal vez, algo aportamos en términos explicativos, en sentido amplio, sobre lo que ha pasado en este país en los últimos 40 años.

**FMS: Una pregunta más general en ese sentido. Partiendo de tu caso personal, ¿Creés que tendrían que tender a integrarse de mejor manera las ciencias sociales en análisis más abarcativos y generalistas o deberían sostenerse las especificidades y particularidades de cada disciplina?**

MN: Yo creo que probablemente sería bueno que sucedan las dos cosas. Es bueno que haya, al mismo tiempo, estudios muy específicos sobre cuestiones muy puntuales y estudios más amplios integradores de problemáticas diversas. O sea, se critica a veces la hiperespecialización académica, fruto de cierta influencia internacional, donde la gente estudia cada vez cosas más pequeñas, con instrumentos más específicos, pero sin muchos recursos para integrarlos a miradas más amplias. No creo que eso sea necesariamente malo, en la medida en que se pueda lograr que profesionales muy especializados interactúen con otros más generalistas. Y lo mismo cabe para la relación entre las disciplinas. No tendría sentido promover un espíritu ecuménico obligatorio, que todos tengamos que estudiar historia, leer economía, saber sociología. Los politólogos no tienen por qué conocer todo lo que se escribe en sociología o historia. Pero, respetando la división del trabajo, que haya un área de multidisciplinariedad donde se crucen preguntas, perspectivas analíticas, y se ofrezcan relatos o explicaciones más integradoras es bueno para todos. Ayuda también a los especialistas, ayuda a los que cultivan cada disciplina en su especificidad.

**FMS: Pasando a otras cuestiones, ¿Cuál es la importancia de la Red de Archivos Orales (RAO) para la historia política en específico, y para las ciencias sociales en general, vinculadas centralmente a los estudios políticos?**

MN: Cuando empezamos a armar el proyecto del Archivo Oral tomamos el modelo del archivo del Instituto Di Tella que se había hecho a principio de los años '70, y que se interrumpió por distintas razones, en entrevistas que cubrían hasta los años '50. Nosotros también nos inspiramos en un proyecto -que se frustró- que había intentado el CEDES (Centro de Estudios de Estado y Sociedad) creo que en la década del '80, un proyecto que tampoco se pudo llevar adelante, pero que intentaba más o menos hacer esto. Y la idea básica era crear un registro de voces de los protagonistas que estaban envejeciendo muy rápidamente, incluso desapareciendo, y que constituían un recurso extremadamente útil y valioso, porque la disposición de fuentes documentales para algunos de los períodos más cercanos era aún más escasa que para el que cubría ese proyecto original. El mismo hecho de que los testimonios abarcaban varios regímenes dictatoriales que se habían ocupado de borrar incluso los archivos de ministerios y de agencias públicas, hacía más relevante esta búsqueda de fuentes orales, de recuerdos, de información que por otra vía iba a ser muy difícil encontrar. Concretamente esto lo comprobamos cuando tuvimos que encarar el estudio sobre la última dictadura, en un momento que creo fue bastante favorable para hacer entrevistas a esos actores (los protagonistas del período 1976- 1983), que fue la segunda mitad de los '90. Era una etapa en la cual se sentían liberados de toda persecución judicial y pública, y al testimoniar creían encontrar una oportunidad para "explicarse", incluso "reivindicarse". Entonces, nosotros nos beneficiamos por esa

comodidad que sentían muchos ex funcionarios y muchos militares que habían tenido protagonismo durante todo el Proceso, y tenían ganas de hablar. Eso en alguna medida nos sorprendió. Pasamos del asombro a buscarle un uso a esto y nos hicimos una pregunta más general sobre cómo darle forma a esta tarea de recopilación de testimonios. Así empezó el proyecto del archivo oral.

**FMS: ¿Encontraron resistencias con respecto al uso metodológico de las fuentes orales o con respecto a la historia reciente en las carreras de historia, en la disciplina histórica?**

MN: Yo no creo que hayamos tenido que superar muchas resistencias, en eso también tuvimos relativa suerte, porque nuestro trabajo coincidió también con una etapa en la cual entre los historiadores empezó a haber una apertura mayor tanto a la historia reciente como a la historia oral. Por los mismos años surgieron iniciativas de los propios historiadores referidas a historia reciente, y se produjo también un diálogo más fluido con otras ciencias sociales. Así, en las colecciones sobre historia argentina de los últimos años, no sólo se convocó a colaborar a profesionales de otras disciplinas, sino que se incluyeron las etapas más cercanas, tal vez fruto de la cercanía del Bicentenario, de la necesidad de atender una demanda social enfocada en la comprensión de las raíces del presente, y también de una problemática estrictamente política, la recurrencia de crisis que se remontan muy atrás. Como sea, no me parece que haya habido “resistencias”. Sí tal vez las hubo en cuando al enfoque que nosotros quisimos darle al estudio de la dictadura. Hubo una recepción digamos no muy favorable al hecho de tomar como fuentes valiosas los testimonios de los protagonistas de ese momento, de los “dictadores”, y reconocerles una utilidad explicativa. Eso creo que fue más problemático. En ese sentido creo que lo llamativo es que en la mayor parte de los

estudios hoy disponibles sobre la dictadura del Proceso, realizados en la perspectiva de la memoria o de la historia reciente, siguen estando ausentes esas voces, y tienen en cambio un rol protagónico, sino monopolístico, las voces de las víctimas. Nuestro trabajo era y es, en ese sentido, un poco disonante.

**FMS: En otro orden, ¿qué importancia le das a la divulgación como espacio de salida de la Universidad? Me refiero a participar en los blogs, como en el que publicás periódicamente (El Agente de Cipol – [www.politica.com.ar](http://www.politica.com.ar)), o a escribir en los diarios provinciales o nacionales ¿Cómo articulás las dos actividades, la científica y la de opinión política?**

MN: Hay mucha gente de la academia, de la vida universitaria, que está muy preocupada por no haber tenido un rol más activo, no digamos en términos políticos, sino en términos públicos, o sea como voz pública-académica. Y por hacer lo posible para que sus conocimientos contribuyan al debate público e influyan en el modo en que los actores políticos encaran sus problemas específicos. No es algo exclusivo de la historia, es una preocupación que abarca a todas las ciencias sociales, aunque en los últimos años se ha magnificado en el campo de los historiadores, por el uso cada vez más intenso de un discurso de tipo histórico para legitimar las decisiones políticas más variadas. Se da entre nosotros la paradoja de que el discurso de “ciencias sociales” circula fluidamente en el mundo político, pero la academia como tal influye muy poco, o directamente nada, en él. La dificultad para incidir sobre la legislación con mínima eficacia, y la facilidad con que los discursos académicos son manipulados por la política, se vuelven un mero instrumento de legitimación de fines políticos, la dificultad también para incidir “académicamente” en el modo en que se manejan las instituciones sobre las cuales y en las cuales los profesionales de ciencias sociales

trabajan, se puede observar en muchos terrenos en estos días, desde el INDEC (Instituto Nacional de Estadística y Censo), a la legislación sobre medios de comunicación, partidos políticos y sistema electoral. Hay una gran preocupación que creo que está plenamente justificada, y que se corresponde no con el hecho de que las universidades hayan permanecido “ausentes de la política”, sino de que se han politizado y en alguna medida se han hiperpolitizado de mala manera, y por lo mismo no han podido influir a través de sus recursos específicos en mejorar la vida política.

En el caso específico de la historia, se suma la enorme alarma que ha generado este éxito editorial-pedagógico de la historia de divulgación que no sólo es producida por personas que no pertenecen a la vida académica, sino que reniegan y rechazan un diálogo mínimamente razonable con la vida académica - [Jorge] Lanata, [Felipe] Pigna y compañía. Esta presencia constituye un desafío muy grande para la historia profesional, la obliga a buscar caminos nuevos para influir en el modo en que se enseña la disciplina en todos los niveles, desde la escuela primaria hasta las universidades, donde hoy por hoy hay mucha gente que lo único que sabe de historia argentina es lo que leyó en los libros de Pigna y de Lanata. Que los profesores de escuela secundaria prefieran cada vez más leer y usar esos materiales, y no materiales más tradicionales, u otros materiales más difíciles de asimilar, hechos por profesionales con credenciales académicas, me parece que es muy preocupante, y que esto sea promovido desde las reparticiones públicas lo es aún más.

Otra veta que hemos tratado de desarrollar en nuestro trabajo en el Centro de Investigaciones Políticas está relacionada más directamente con el análisis político y la promoción del debate sobre la política argentina de nuestros tiempos, con los instrumentos que ofrece el análisis político. Porque creemos que ellos ofrecen la posibilidad

de entender los problemas políticos de un modo más realista y estructural, y no simplemente como el resultado de intenciones morales de actores que tienen o no tienen voluntad suficiente para resolver las cosas, que creo es el modo establecido o de sentido común con que en nuestro país se tiende a pensar la política. Esta actividad nos lleva más directamente a desarrollar un rol de intelectuales-públicos, que tratamos de mantener de alguna manera separada de la actividad académica, aunque obviamente hay comunicación entre ambas. Porque una cosa es intervenir dando opinión y una opinión "informada" técnicamente, y otra muy distinta hacer trabajo académico. Me parece que las dos cosas se pueden hacer al mismo tiempo, pero hay que mantenerlas en la medida de lo posible separadas, tratar de no hacer confluír a las dos porque entonces se corre el riesgo de explicar lo que sucede o lo que puede suceder en función de lo que nuestras preferencias nos dicen que debería suceder, es decir, atribuirle al análisis político una función orientadora y pedagógica que creo no puede aspirar a tener. Lo cierto es que el análisis político sirve hasta cierto punto, para juzgar la acción, pero no para decirle a los actores lo que les conviene, eso supondría una suerte de imperialismo técnico, y de nuevo una suerte de manipulación, que más arriba criticamos y sabemos a dónde nos lleva. Creo que es bueno que la gente y los actores políticos sepan qué es lo que opinan los "expertos" o los intelectuales que escriben, pero también que puedan después de leer decir: "no estoy de acuerdo con lo que él quisiera que se haga en términos de políticas públicas o lo que sea, pero su análisis me ayudó a entender el problema que tenemos que resolver". Esa es un poco la cuestión, los límites del involucramiento político, de la politización. Creo que hay que tratar de evitar que las preferencias políticas invadan toda la discusión, que consuman la riqueza del debate, y a eso ayudamos si no comprometemos

todos los instrumentos del análisis en justificar nuestras preferencias como intelectuales.

**FMS: Es muy weberiano...**

MN: Bueno, algo de eso. Hay que tratar de ser fieles a ese mandato.

**FMS: Para finalizar te propongo que hagas una reflexión en cuanto a la actualidad política, y acerca de algunas problemáticas que creas son pertinentes para ser desarrolladas en el marco de la historia política reciente y en el intercambio con sociología política o las ciencias políticas.**

MN: Yo creo que hay un problema que es inmediato, que es el problema de las transiciones en la Argentina. Se ha abierto una transición, una nueva transición política, y nuestras transiciones dejan mucho que desear. Sería necesaria una reflexión histórica y politológica sobre el problema de las transiciones, sobre todo en períodos de declive de la autoridad existente. ¿Por qué hemos tenido gobiernos tan fuertes y períodos de ingobernabilidad y de crisis aun más intensos? Me parece que es una pregunta que es muy pertinente hacérsela hoy, es pertinente en términos de política comparada, poder hacer un ejercicio de comparación de transiciones podría ayudar a entender lo que se viene. Vale la pena hacer un esfuerzo por pensar cuáles son los problemas que recurrentemente se plantean, independientemente de la "perversidad de los actores", pienso en las especificidades de distintas transiciones y en las que sin duda va a tener ésta que estamos viviendo. Tratando de contribuir con ese análisis a una discusión que está muy verde, y que va a ser muy difícil que progrese, respecto a las posibilidades de que los actores cooperen en un período en el cual el centro político se debilita y las tendencias de los demás actores son más bien facciosas, en el sentido de esperar que ese debilitamiento sea lo más agudo posible como para poder recoger todos los pedazos sin correr demasiados riesgos, ni hacer

demasiado esfuerzo. Ese tipo de comportamientos facciosos y especulativos son muy racionales, pero racionales en términos individuales o de facción, siendo que colectivamente son muy irracionales, o irrazonables por lo menos. Y eso es una preocupación que en lo inmediato a mí me parece importante. Hemos planteado algunas de estas discusiones a través del blog, con la idea de tratar de fomentar, no sólo el diálogo, todo tipo de negociaciones políticas que apunten a reducir los costos de la transición.

# **PRESENTACIÓN DE COLECCIÓN DOCUMENTAL**



COMISIÓN PROVINCIAL POR LA MEMORIA, ÁREA  
CENTRO DE DOCUMENTACIÓN Y ARCHIVO: *COLECCIÓN 7*,  
UNIVERSIDAD NACIONAL DEL SUR (1957-1975), 2009.

POR PATRICIA A. ORBE  
(UNS - CONICET)

En el marco de las IV Jornadas de Historia Política realizadas en Bahía Blanca, fue presentada el viernes 2 de octubre del corriente año, la colección documental “Universidad Nacional del Sur” (1957-1975), recientemente realizada por el Equipo Técnico del Área Centro de Documentación y Archivo de la Comisión Provincial por la Memoria, en cuya representación asistieron las historiadoras Laura Lenci y Magdalena Lanteri. La colección N° 7 se suma a la serie de compilaciones temáticas que ha elaborado la Comisión sobre el anarquismo en nuestro país, el Movimiento Nacionalista Tacuara, la CGT La Plata, la CGT de los Argentinos, Kronos y Silo, la censura durante la última dictadura militar, la Petroquímica Sudamericana, la Hilandería Olmos y Mafisa, el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo y la visita a la Argentina de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos.

Este material sobre la casa de altos estudios bahiense, que estuvo al servicio de la represión estatal, hoy nos permite conocer, a través de la óptica de la inteligencia policial, otra mirada del pasado de una comunidad universitaria que ha perdido gran parte del acervo documental de sus primeras décadas de vida, bajo el signo de la intolerancia y el terror. Esta colección constituye un valioso aporte para los estudios sobre el pasado del Sudoeste Bonaerense, sobre el ámbito universitario local

y el movimiento universitario en particular, temáticas que, en los últimos años, han resultado de gran interés para las nuevas generaciones de investigadores. Asimismo, podría constituir una vía de acceso a la compleja dinámica político partidaria local y nacional signada de forma determinante por las tendencias juveniles, uno de los rasgos distintivos del período.

En este extenso corpus documental es posible reconocer que la Universidad Nacional del Sur fue desde sus orígenes un ámbito privilegiado en los informes del Servicio de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, por lo que su acontecer fue profusamente registrado en los reportes que elaboraban los responsables locales y remitían a las autoridades centrales de La Plata.

A lo largo de miles de páginas, podemos acceder a una mirada distinta a la proporcionada por otras fuentes, en torno a los acontecimientos desarrollados en los claustros a través de minuciosas descripciones a las que se sumaban, en numerosas oportunidades, interpretaciones y sugerencias de los informantes sobre actores individuales o colectivos de la UNS, así como valiosísimos panfletos y recortes de la prensa bahiense y nacional. Estos 17 tomos que abarcan desde el año 1957 hasta fines de 1975, constituyen un registro invaluable de las luchas de los universitarios, que reproduce de

manera muy vívida esos procesos que se produjeron en el escenario de la proscripción del peronismo y la redefinición de las fuerzas de seguridad en el contexto de la Guerra Fría. (Patricia Funes, Ingrid Jaschek, Revista Puentes, dic. 2005)

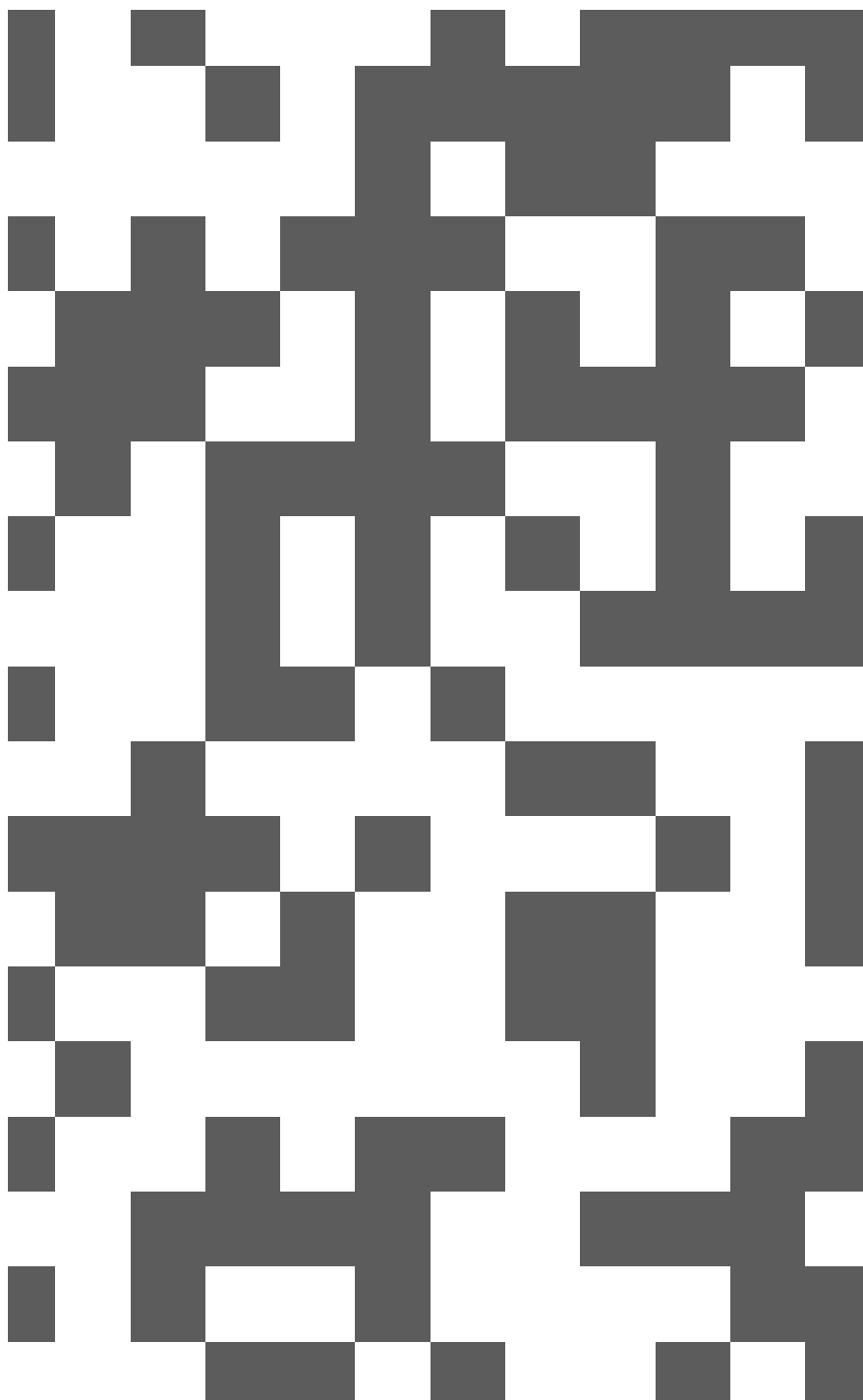
Los agentes de la DIPPBA marcaron y sentenciaron a través de sus informes a distintos militantes, especialmente estudiantiles, en su objetivo de prevenir y reprimir la protesta social, entendida como la peligrosa manifestación del “enemigo interno”. Investigar e informar eran concebidos como una forma de “conjurar una posible alteración pública”, en este caso, en el orden intelectual y educativo.

La Universidad bahiense, entendida desde esta óptica, como un escenario de difusión de “ideologías peligrosas” e “infiltración comunista” debía ser sometida a vigilancia policial y los testimonios de dicha tarea, convertidos en fuentes de acceso público gracias al esfuerzo de la Comisión Provincial por la Memoria, nos permiten escribir una nueva página del devenir institucional, cuyos sentidos pueden proyectar novedosas interpretaciones –más complejas, por lo tanto más ricas– sobre otras problemáticas del pasado nacional de las últimas décadas, sobre el cual tanto queda aún por investigar.

# Boletín Bibliográfico Electrónico

## Cómo citar

[Autor]. [“título del artículo”], *Boletín Bibliográfico Electrónico*, número 5, marzo de 2010, ISSN 1851-7099.



**Año 2. Número 5, marzo de 2010**